

Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, Colombia

AGUA

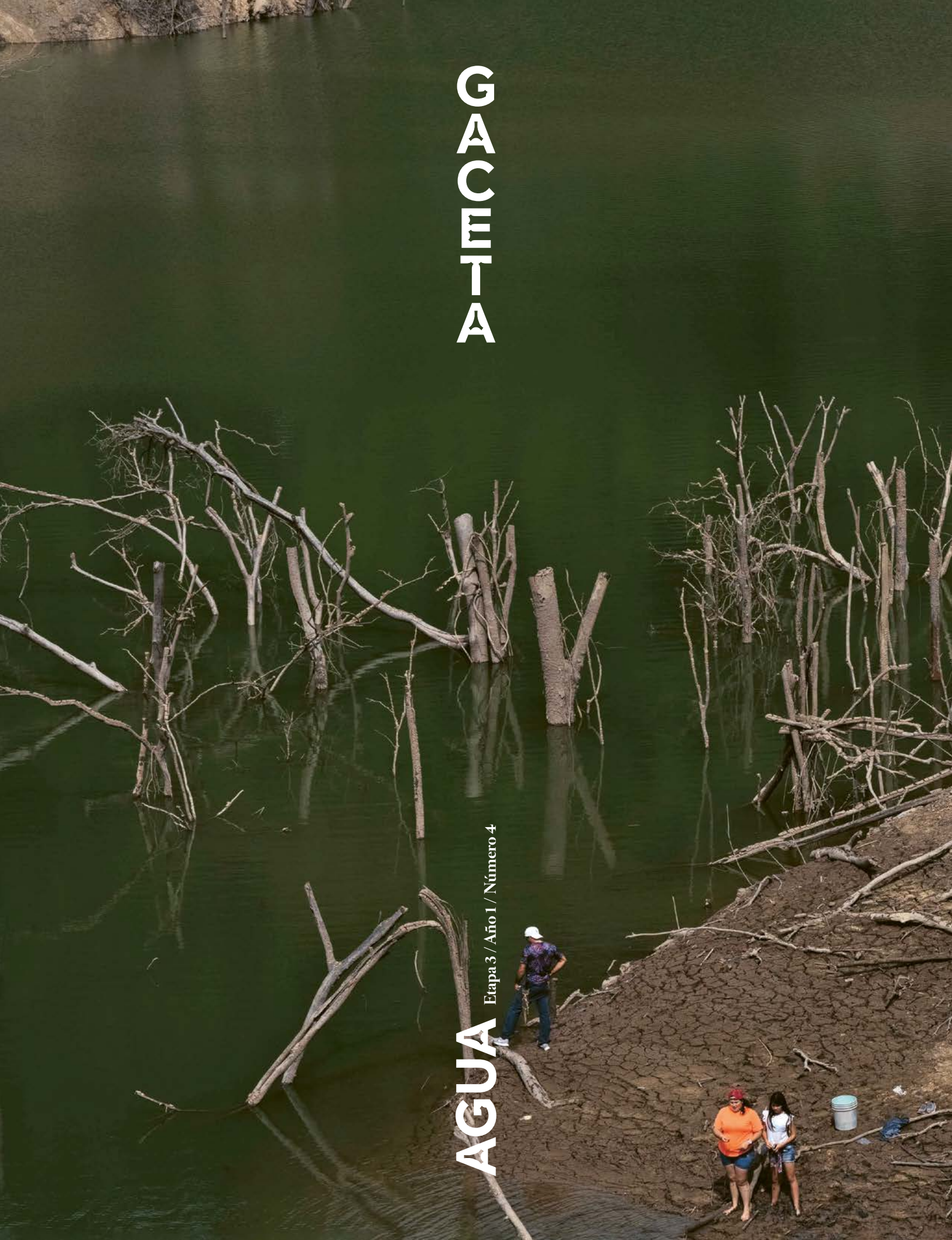
Etapa 3 / Año 1 / Número 4 / ISSN 3028-306X

GACETA

GACETA

AGUA

Etapa 3 / Año 1 / Número 4





Culturas

**Ministro de las Culturas,
las Artes y los Saberes**
Juan David Correa Ulloa

**Viceministro de los Patrimonios,
las Memorias y Gobernanza Cultural (e)**
Luis Alberto Sanabria Acevedo

**Viceministro de las Artes
y la Economía Cultural y Creativa**
Jorge Zorro Sánchez

Secretaría general
Luisa Fernanda Trujillo Bernal

Secretaría privada del despacho
Gina Jaimes Abril

**Jefe de la oficina de
Divulgación y Prensa**
José Ángel Báez Albarracín

**Directora de Audiovisuales,
Cine y Medios Interactivos – DACMI**
Diana Díaz Soto

GACETA
Etapa 3/ Año 1/ Número 4 / **AGUA**

Director
Daniel Montoya Aguillón

Editor general
Hugo Chaparro Valderrama

Editor adjunto
Sergio Zapata León

Editora web
Tania Tapia Jáuregui

Comité editorial
Isabel Botero, Mauricio Builes, Hugo
Chaparro Valderrama, Daniel Montoya
Aguillón, Tania Tapia Jáuregui, Marta Ruiz,
Sergio Zapata León

Asesor editorial
Francisco Javier Flórez Bolívar

Jefe de prensa
Thomas Blanco

Coordinadora administrativa
Vannessa Holguín M.

Textos
© de todos los autores
Narciso Beleño, Eloísa Berman Arévalo,
Alejandro Camargo Alvarado, Carolina
Cerón, Juan David Correa Ulloa, Andrea
Cote, Wade Davis, Ignacio Manuel Epinayu
Pushaina, Francisco Javier Flórez Bolívar,
Alfonso Hamburger, Paulo Ilich Bacca,
Víctor Negrete, César Pagano, Elizabeth
Rush, Diego Suescún Carvajal, Julián Trujillo
Guerrero, Patricia Vargas, Aura Elena
Velásquez Sevillano, Isabella von Bülow.

**Documentos fotográficos,
ilustraciones y obras de arte**
© de todos los autores
David Consuegra, Gregorio Díaz, Jairo
Escobar, Rose-Lynn Fisher, Víctor Galeano,
Rosario López, César David Martínez,
Camilo Mutis Canal, Óscar Muñoz, Natalia
Ortiz Mantilla, María Andrea Parra, Mateo
Pérez Correa, María Isabel Rueda, Marina
Sardiña, Tangrama, Gustavo Vejarano,
Miguel Winograd.

**Dirección de arte, montaje
y preparación digital**
Tangrama

Corrección de estilo
Liliana Tafur
Catalina Trujillo-Urrego

ISSN 3028-306X

Derechos reservados para los autores
Prohibida su venta



Atribución – No comercial – Sin derivar

Esta edición de **GACETA** se terminó de
imprimir en Bogotá en Panamericana
Formas e Impresos S. A. en octubre de
2024. Se utilizaron tipografías Maax
Micro y Romain BP Headline.

**Ministerio de las Culturas,
las Artes y los Saberes**
Calle 8 n.º 8-55, Bogotá
Teléfono: 601 342 4100
gaceta@mincultura.gov.co

portada *Ríos voladores* de **Gustavo Vejarano**,
2022. Los flujos aéreos masivos de agua que
vienen del océano Atlántico tropical, alimen-
tados por la humedad que evapora de la
Amazonía, son conocidos como «ríos volado-
res». Se desplazan a más de dos mil metros de
altura y pueden transportar más agua que el
mismísimo río Amazonas. Estos ríos de hume-
dad atmosférica viajan a gran velocidad y se
estrellan con la cordillera de los Andes, cau-
sando lluvias a más de tres mil kilómetros de
distancia en los territorios de América Latina.
Son vitales para la producción agrícola y la
vida de millones de personas en el continente.

p. 1 La temporada de sequía en Hidro-
sogamoso, Santander, pone en evidencia la
vulnerabilidad de la matriz energética y
la necesidad de su transformación. Foto de
Natalia Ortiz Mantilla.

→ **Salto III** de **Mateo Pérez Correa**. De la
serie *El Salto: Geografía de la mirada*, 2012.

p. 112 Bernardino Ravelo teje una nueva ata-
rraya para uso y sustento familiar en la Ciénaga
de Paredes, Santander. Foto de **Natalia Ortiz
Mantilla**.



descargue aquí
GACETA / AGUA

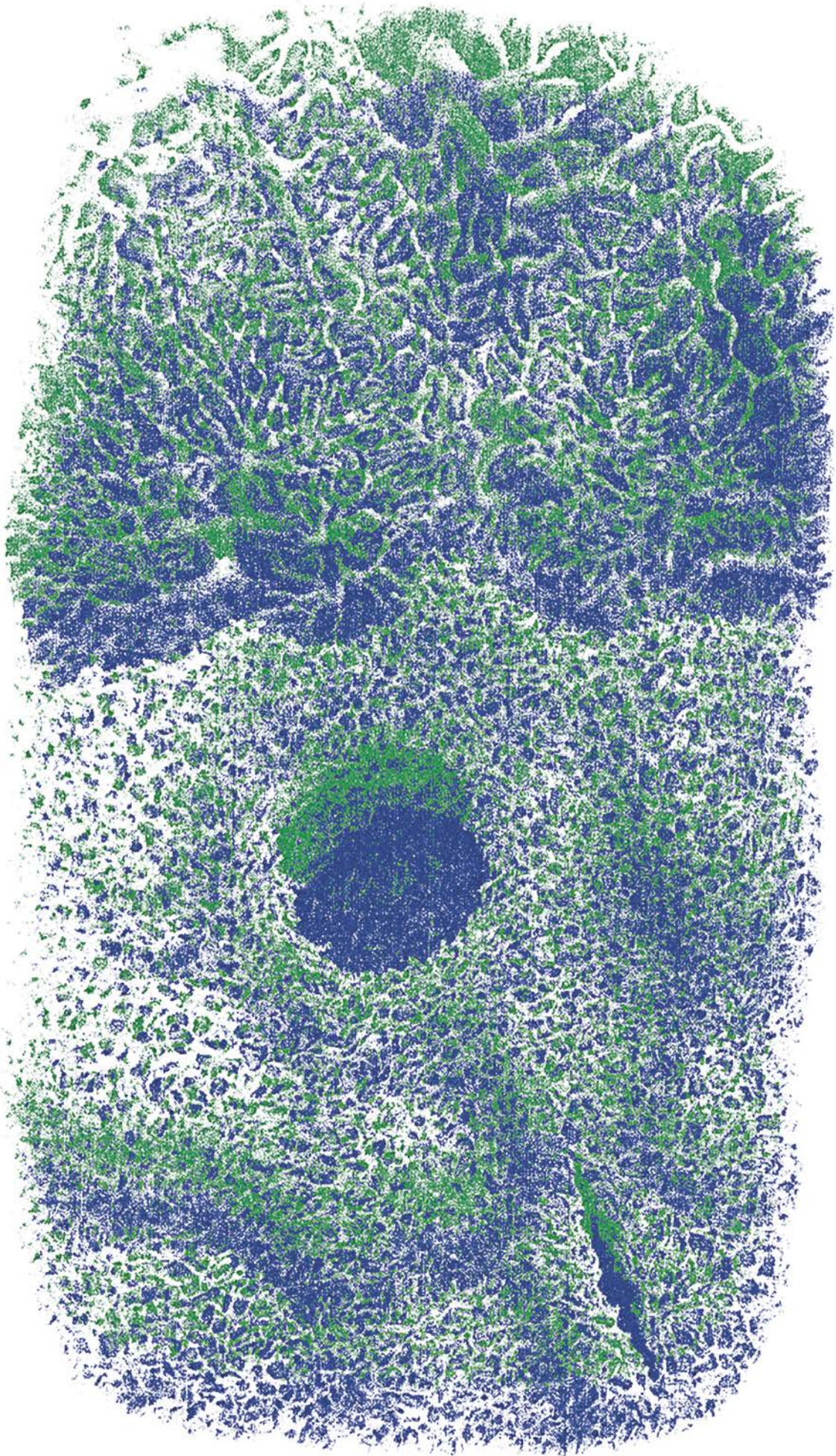




Un país de espaldas al agua	Francisco Javier Flórez Bolívar	10
Moldear la tierra, dominar el agua	Eloísa Berman Arévalo – Alejandro Camargo Alvarado	14
Agua llorada, agua soñada	Alfonso Hamburger	20
Origen sagrado	Wade Davis	27
El porvenir del agua	Carlos Hernández – Andreiev Pinzón – María Cecilia Roa García	33
Los alfabetos del agua	Paulo Ilich Bacca	40
El agua potable	Narciso Beleño Belaidés	45
La trama de la vida	Entrevista a Yayo Herrero	50
Entre nubes y silencio	Diego Suescún Carvajal	57
Tunjos que cobran vida	Patricia Vargas Sarmiento	61
Bajo el agua de la Salvajina	Julián Trujillo Guerrero	65
Hacia la Antártida	Elizabeth Rush	69
Hidrorresonar	Carolina Cerón	74
Invasión inesperada	César Pagano	81
Los caminos del agua	Aura Elena González Sevillano	85
Los wayuu y la interminable sed de vida	Ignacio Manuel Epinayu Pushaina	91
Puerto quebrado	Andrea Cote	95
Estrés hídrico	Isabella von Bülow	97

← El río Bogotá, que nace en los páramos del municipio de Villapinzón, Cundinamarca, ve sus aguas cristalinas contaminarse tras su paso por la capital. Luego de zambullirse en las alturas desde el salto del Tequendama, la espuma de los detergentes cubre su superficie. La fotografía fue tomada en 2014 a menos de un kilómetro después del salto. Foto de **Jairo escobar**.

Editorial	7
Agua	100
Colaboradores	102



Río del país amigo

El agua es la vida que se mueve tomando diversas formas. Es el principio de Gaia, ese ecosistema complejo y espléndido que nos convierte en un planeta azul. En ella jugamos, nos reflejamos, entendemos la variabilidad de la materia y comprendemos los ciclos que ocurren ante nuestros ojos: nubes y ríos aéreos, lluvias y escorrentías superficiales, lagunas —«esos ríos que se han quedado dormidos»—, fuentes subterráneas y ojos de agua, y pantanos paramunos que se suspenden en el aire como lloviznas y garúas que nos empapan o empiezan como hilos a correr hacia el mar. La memoria del agua nos sitúa y nos recuerda, una y otra vez, cuando es ausencia o cuando inunda, que sin entenderla deshonramos el comienzo de todo. «Primero estaba el mar. Todo estaba oscuro. No había sol, ni luna, ni gente, ni animales, ni plantas. Solo el mar estaba en todas partes. El mar era la madre. Ella era agua y agua por todas partes y ella era río, laguna, quebrada y mar y así ella estaba en todas partes. Así, primero solo estaba La Madre», dice una sentencia kogui en la entrada del Museo del Oro en Bogotá.

Hoy es urgente que volvamos a leerla, a hablar con ella, a recuperar el sentido de la vida en medio de tanta muerte en el mundo, para reversar la codicia y la destrucción propia de la modernidad capitalista de disolver todo lo sólido en el aire. Porque el agua se desvanece en apariencia, pero vuelve, regresa y nos responde cuando empezamos a comprenderla, a entender sus ciclos de vida, a verla como el hilo fuerte de nuestra sociedad y de nuestra condición como país.

El territorio colombiano hace parte de las últimas reservas de agua dulce del planeta, ubicadas en la Orinoquía y la Amazonía, ambas bañadas por los ríos andinos, y su oferta hídrica es seis veces mayor que la del promedio mundial. Pero encarna contradicciones económicas y culturales tan o más profundas que las del oro, analizadas en el número anterior de **GACETA**, hasta el punto de que el libro emblemático de las

paradojas del agua sobre la Tierra, escrito por Maude Barlow y Tony Clarke, se tituló *Oro azul. Las multinacionales y el robo organizado de agua en el mundo*.

Por todo ello, el Plan de Desarrollo del gobierno actual nos propone asumirnos como potencia mundial de la vida porque somos una potencia del agua. Esa tarea señala que nos ordenemos alrededor de ella. «Al agua, déjala correr», aconsejan las culturas campesinas. Y así lo han comprendido, desde hace siglos, culturas como los zenúes, que combinaron sus inmensos sistemas de canales con los terrenos elevados de cultivo en las zonas inundables de los ríos Sinú, Cauca y San Jorge; o de los tayronas, quienes nos alertan desde la línea negra de la Sierra Nevada sobre el sentido de las lagunas costeras, allí «donde nacen los ríos» cuando el agua inicia su ciclo de evaporación y precipitación justo en las montañas costeras más altas del mundo. O de los campesinos y pescadores criollos que forjaron los complejos culturales anfibios que consagró Orlando Fals Borda en su *Historia doble de la Costa*, como el futuro de los necesarios modelos adaptativos de nuestro bienestar como sociedad en la depresión momposina.

Así que reorganizar los modelos de ocupación y de uso en la necesaria convivencia con el agua es una urgencia cultural hoy. Comprender que el corredor andino, donde habita el 80 % de la población colombiana, solo dispone del 30 % de nuestra oferta hídrica como país, y que su ordenamiento territorial urbano se ha construido bajo la idea de la separación de los cuatro biomas que nos hacen uno de los países megadiversos del planeta —el Pacífico, el Caribe, la Orinoquía y la Amazonía—, pasa por una comprensión más profunda que nos relacione como especie a estos ecosistemas. Al contrario de la planeación gentrificadora, en realidad los une a través de los ciclos del agua que sustentan los nichos climáticos que nos caracterizan de forma singular, y que explican, por ejemplo, la riqueza del clima de la región cafetera a partir de la regulación de las

precipitaciones del Pacífico chocono contenidas por los bosques altoandinos de la cordillera Occidental; o la presencia en la sabana de Bogotá de lo que coloquialmente se reconoce como las cuatro estaciones en un solo día, producto de la combinación de los frentes climáticos de aquellos biomas cruzados y desenlazados por los ríos celestes y los frentes climáticos que se levantan desde sus cuatro puntos cardinales.

La idea ya muy discutida en el mundo entero de un sistema que se ha construido sobre un plan de crecimiento permanente y de acumulación financiera ha incluido, de manera dramática, los recursos naturales, que en el caso del agua es un derecho humano. Sin ella no es posible la vida. Por eso resulta absurdo que aún no superemos las conversaciones sobre sus usos domésticos, industriales y agrarios que marcan aquello que el estudio nacional del agua ha reconocido como las huellas urbanas hídricas azul, verde y gris por el uso del agua, que no solo es extraída intensivamente, exportada y contaminada combinando los usos mercantiles del agua embotellada o transformada en bebidas azucaradas, sino que es sepultada por el desarrollo urbanístico cementero encima de los mejores suelos del mundo, o contaminada por los residuos del modelo extractivo, industrial y financiero de crecimiento dominante.

Hemos convertido nuestros ríos en cloacas y en fronteras. Desde sus aguas contaminadas se evidencia el mayor de nuestros desastres: la cuenca del Magdalena, el río madre de nuestra nacionalidad, es la más deforestada del país: solo le hemos dejado el 5 % de sus bosques de niebla y de laderas altoandinas, y un reducido porcentaje de sus páramos originales, que, a pesar de todo, siguen siendo el 50 % de los existentes en el mundo; y hoy agonizan sus lagunas míticas de Tota, Fúquene, La Cocha y Guatavita.

El agua también ha sido deshonrada al convertirla en un territorio de guerra. Nuestros ríos son cementerios masivos de los despojos humanos de los desaparecidos, cuyos nombres hacen parte de la actual batalla pacífica pero radical por recuperar una narrativa polifónica en la memoria del país, que debe hacer conciencia sobre esos asombros originales pero presuntuosos de los españoles «descubridores», quienes lo bautizaron dentro de su tradición y su imaginario cristiano como el río Grande de la Magdalena. Quien tenga curiosidad, podrá descubrir el sentido de los múltiples nombres de ese río: los quechuas lo llamaron Guaca-Halo o «río de las Tumbas» al asociarlo con el complejo arqueológico de San Agustín, donde nace; los muiscas, Yuma, «Río del país amigo», al cual proveían de sal en un comercio permanente con los pueblos de las tierras bajas; los caribes, por su parte, lo llamaron Karakalí, «Gran Río de los caimanes», o Karihuaña; y los yariguíes de Tora, en el río medio, la actual Barrancabermeja, se referían a él como Arlí o «río del Pez».

En ese panorama se mueven hoy los esfuerzos por transformar nuestra relación con el agua, y acceder a ella. En el país todavía hay más de once millones de personas que no cuentan con acceso al agua potable, y aún hoy se discute de modo absurdo de hecho y de derecho si el agua es un bien común, un elemento esencial de la vida o una mercancía. Sus ecosistemas esenciales siguen siendo vistos como escenarios extractivos de materiales de construcción, o de recursos minerales y fuentes no renovables de energía, o, incluso, como muladares y zonas periféricas que deben ser incorporadas a las transformaciones urbanas.

Como se ve, es inmensa la tarea en que estamos empeñados como país y, por primera vez, como gobierno, así no hayan faltado a finales del siglo pasado políticas ambientales en las cuales hoy nos apoyamos, que en muchos casos perduran apenas como recuerdo después de haber sido desmontadas sistemáticamente por el desarrollismo a sangre y fuego que asoló al país en los últimos veinticinco años. Hoy abogamos por recomponerlas desde lo cultural, la política pública, las economías alternativas, desde el reordenamiento geográfico, asumiendo que todos los territorios nacionales son esenciales, y que la clave está en las adaptaciones a los designios de la naturaleza y a la crisis climática, y no en las ciegas transformaciones intensivas y masivas.

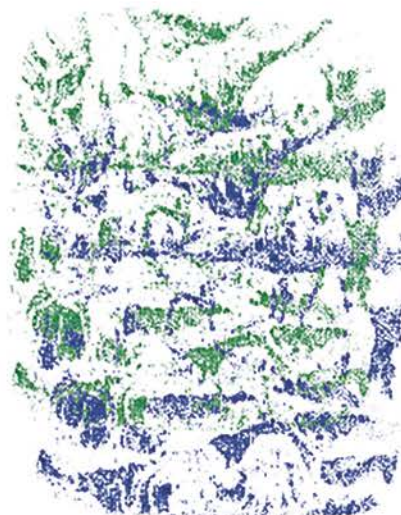
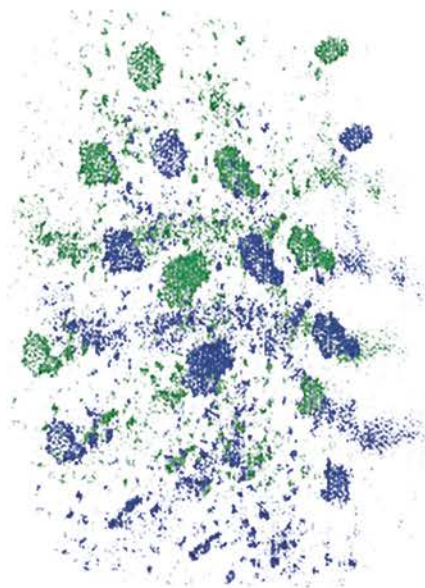
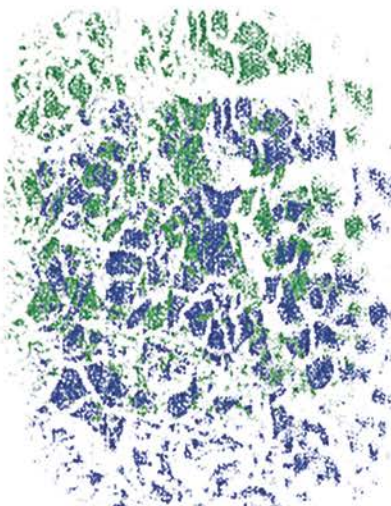
Y hacerlo es solo posible desde la relación con el agua, desde el hilo de nuestros ríos y cielos, para lo cual es preciso empezar reconociendo sus dimensiones culturales y sus escalas mayores: las de la poesía, sea en la oralidad de los ancestros amerindios, como aquel mito de los hermanos mayores los koguis, o en la literaria de nuestra tradición hispánica. Como la de Raúl Gómez Jattin, quien desde su canto levantado en su amanecer en el valle del Sinú nos sigue preguntando en el plano más íntimo de quien se siente perdido en el ciego y vanidoso mundo del capitalismo que hace la guerra y, al mismo tiempo, delira con la conquista del espacio como el abandono de la tierra, qué será de nosotros «si las nubes no anticipan en sus formas la historia de los hombres; y si los colores del río no figuran los designios del dios de las aguas».

Porque ante todo hemos sido un país de culturas regionales fluviales, más que marinas, a pesar de nuestras inmensas y diversas costas. Además de mirar hacia el mar, debemos partir por recuperar la dignidad desde la memoria del agua, que con sus movimientos nos señala lo que han sido sus cursos y sus territorios recortados por las apropiaciones fraudulentas de sus riberas y lechos desecados, bajo la forma de crecientes o sequías que generan riesgos y desastres cada año, como sentencias inapelables ante nuestra irracionalidad dominante; y construir la sustentabilidad profunda de nuestra sociedad, que pasa por reordenar al unísono el territorio y las mentes desde esa memoria del agua.

Allí está pues, el agua, como el mar, siempre recomenzando, en forma de olas, o de lluvia, ofreciéndonos nuevos puntos de partida para transformar esos destinos extraviados, y superar los sentimientos y las pasiones tristes con base en las potencias de sus ciclos. Como en el poema de Álvaro Mutis, donde se nos revela que la memoria del agua es en el fondo nuestra propia memoria:

Nocturno

Esta noche ha vuelto la lluvia sobre los cafetales.
Sobre las hojas de plátano,
sobre las altas ramas de los cámbulos,
ha vuelto a llover esta noche un agua persistente y vastísima
que crece las acequias y comienza a henchir los ríos
que gimen con su nocturna carga de lodos vegetales.
La lluvia sobre el cinc de los tejados
canta su presencia y me aleja del sueño
hasta dejarme en un crecer de las aguas sin sosiego,
en la noche fresquísima que chorrea
por entre la bóveda de los cafetos
y escurre por el enfermo tronco de los balsos gigantes.
Ahora, de repente, en mitad de la noche
ha regresado la lluvia sobre los cafetales
y entre el vocerío vegetal de las aguas
me llega la intacta materia de otros días
salvada del ajeno trabajo de los años.



pp. 6,9 *Rastros calcados de remolinos bajo las rocas*, de Camilo Mutis, 2020. Fotocopia editada a partir de una imagen microscópica del aparato digestivo humano. Hace parte del proyecto editorial *PÁRAMO* que entremezcla archivos de botánica, anatomía humana, memorias y mitos del páramo de Guerrero, Norte de Santander.

Un país de espaldas al agua

Las decisiones tomadas por el gobierno central en la historia de la república de Colombia no siempre han beneficiado a las tierras y a las aguas que están fuera del país andino. ¿Qué intereses afectan el desarrollo de las zonas anfibas?

Ordenar el territorio en torno a sus cuerpos de aguas, como lo estableció el actual Gobierno, parece —a primera vista— una obviedad en un país donde cerca del 80 % de su población vive en la cuenca del río Magdalena y el 20 % restante depende de los mares Pacífico y Caribe y de las cuencas de los ríos amazónicos y de la Orinoquía. Sin embargo, cuando se mira con detenimiento, esta forma de pensar y organizar el territorio adquiere una dimensión transformadora en una nación que, históricamente, ha dado la espalda a sus aguas.

Esta visión de nación empezó a configurarse desde el mismo momento en que se construyó la república. A partir de valoraciones cargadas de prejuicios raciales, culturales y geográficos, miembros destacados de la intelectualidad colombiana visualizaron las fronteras, incluidas las marítimas y fluviales, como espacios periféricos, alejados de un centro andino que se imaginaba cosmopolita y civilizado. Por esa vía, a lo largo del siglo XIX, las llamadas «tierras ardientes», en su mayoría bañadas por aguas, terminaron siendo catalogadas como atrasadas e incivilizadas, cuando, en realidad, por su condición acuosa, estaban revestidas de potencialidades geoestratégicas que fueron explotadas por centros imperiales.

Ejemplo de esto fue el destino que siguió Panamá, territorio que, pese a ser desde tiempos coloniales una codiciada bisagra para interconectar los océanos Pacífico y Atlántico, era presentado por escritores colombianos, entre ellos José María Samper y Salvador Camacho Roldán, como un territorio malsano y marginal. Como lo expresa con agudeza el historiador Alfonso Múnera, mientras que Estados Unidos «hacía de Panamá el centro del mundo, para la élite de la capital seguía siendo una tierra remota y poco apetecible». A juicio de Múnera, la separación de Panamá del territorio colombiano, en 1903, también debe entenderse como una expresión del desprecio de

integrantes de las élites andinas hacia territorios que consideraban degradados y alejados de la civilización. El trauma que supuso la fragmentación del territorio nacional, antes que traducirse en la reconfiguración de las representaciones negativas sobre las fronteras y las «tierras calientes», vino acompañado de un reforzamiento de los estigmas que históricamente pesaban sobre los cuerpos y las geografías racializadas. En efecto, durante la primera mitad del siglo XX, a la luz de las teorías eugenésicas en boga, los ríos y sus cauces, en tanto facilitaban la circulación de personas (entre ellas afrodescendientes e indígenas), fueron vistos como un peligro para una nación que aún soñaba con *blanquearse*. «Hoy sube, lenta e indetenible, la sangre africana por las venas de nuestros ríos hacia las venas de nuestra raza», expresó con preocupación, en los años veinte, el intelectual liberal Luis López de Mesa.

Impulsada desde la paramuna capital colombiana, esta visión de país se conjugó con la implementación de políticas centralistas en las que la histórica dimensión acuosa del territorio nacional también fue dejada de lado. Así sucedió a partir de la década del diez, cuando el Gobierno colombiano, en varias oportunidades, desvió recursos destinados a mejorar la navegación fluvial de sus costas hacia la construcción de infraestructuras de transporte en el interior del país. Lo propio ocurrió con los niveles de inversión sin precedentes que en materia de obras públicas se hicieron en los años veinte (cerca de doscientos cincuenta millones de dólares), los cuales, en su mayoría, se concentraron en la construcción de infraestructura que fue definitiva en el desarrollo vertiginoso de varios territorios andinos frente al resto de sus pares colombianos.

La conjugación de estos procesos de marginación y centralización, aunada a la predilección por el transporte terrestre que se registra con el desarrollo de la industria automovilística a partir de los años cuarenta, fue determinante para que el papel histórico jugado por mares, ríos, lagunas, ciénagas y demás humedales en la configuración de los territorios que hoy le dan forma a Colombia se borrara de la memoria nacional. Las historias tejidas en y a través de los cuerpos de aguas fueron sepultadas en el marco de esta perspectiva *terracéntrica* que se entronizó a la hora de pensar y narrar al país.

Hoy, pocos colombianos saben del reinado ejercido por el imponente río Magdalena como principal vía de comunicación entre los territorios del Caribe colombiano y los del interior del país. Habitados a que el Magdalena se describa únicamente como causante de inundaciones, desconocen que este río, en varios momentos históricos, hizo que poblaciones como Honda, Mompox o Magangué, hoy caracterizadas como espacios provincianos, se erigieran en importantes centros urbanos vinculados con metrópolis de Europa, el Gran Caribe y Estados Unidos.

Presos de las ficticias divisiones territoriales contemporáneas, un grueso de la población colombiana ignora las conexiones interregionales forjadas a partir de las complicidades de las aguas, tejidas desde el período colonial entre el Atrato y el Caribe a través de su encuentro en el golfo de Urabá. Estos encuentros llenaron de historias compartidas las realidades de espacios como Chocó (Pacífico) o Cartagena (Caribe). Así, al tiempo que los versos del poeta cartagenero Jorge Artel circulaban en la prensa chocona, en el universo creativo del escritor chocono Arnoldo Palacios aparecen personajes que soñaban con viajar a Cartagena.

Mucho menos familiarizados se encuentran algunos colombianos con el complejo sistema de manejo de aguas construido por los zenúes hace más de dos mil años en los actuales territorios de Córdoba. A través del establecimiento de canales en forma perpendicular a los ríos y caños, los integrantes de esta etnia lograron controlar el flujo de las aguas en tiempos de inundación y mantener la cohesión territorial. Este modo de relacionarse con los cuerpos de agua fue lo que el intelectual Orlando Fals Borda, a partir de la experiencia de las poblaciones de la Depresión Momposina, conceptualizó como «cultura anfibia». En uno de los tomos de su monumental *Historia doble de la costa*, este sociólogo barranquillero sintetizó la singularidad de esta cultura en los siguientes términos: «Combina la eficiente explotación de los recursos de la tierra y del agua, de la agricultura, la zootecnia, la caza y la pesca, como los malibúes que se quedaron en Santa Coa».

La poca conciencia sobre el carácter anfibio en gran parte del territorio colombiano, así como en torno a las aguas y sus pasados, se ha agudizado con la hiperurbanización de las principales ciudades del país. En el mundo de las grandes urbes, sus ciudadanos perdieron parte de esa memoria que los unía a los ríos, mares y demás cuerpos de agua, aunque siguieron dependiendo de ellos sin ser conscientes. Los mayores perjudicados de esta hiperurbanización han sido los ríos Magdalena y Cauca, que a diario reciben millones de metros cúbicos de aguas contaminadas provenientes de las grandes ciudades andinas. Por si fuera poco, los embalses y represas han reducido el caudal de estos dos grandes cuerpos de agua y puesto en peligro la cultura de miles de pescadores que ven cómo la población de peces se reduce. La deforestación pone en riesgo los ecosistemas de ambas cuencas. En menos de medio siglo, la extensa selva de los ríos Carare y Opón (Magdalena Medio) desapareció para darles paso a grandes extensiones de pasturas dedicadas a la ganadería. Hoy solo quedan unos pocos remanentes.

Las ciénagas ubicadas en la depresión Momposina y en el trayecto final del río Magdalena hacia su desembocadura en el Caribe se encuentran bajo

amenaza debido a las aguas contaminadas recibidas de los Andes y a la reducción del volumen de agua. A su vez, la ciénaga Grande de Santa Marta sufrió un rápido deterioro ambiental en la segunda mitad del siglo XX debido a la construcción de carreteras en la costa que cortaron el intercambio natural de agua salada del mar Caribe y agua dulce del río Magdalena, necesario para la supervivencia del humedal.

La tragedia de los humedales también se ha extendido a la Amazonía y la Orinoquía. La deforestación impulsada por la expansión legal e ilegal de la frontera agrícola y el acaparamiento de tierras para destinarlas a proyectos agroindustriales y la ganadería extensiva no solo ha puesto en peligro las selvas, sino las aguas que las bañan. En los últimos treinta años, los ríos amazónicos han padecido los daños causados por la minería ilegal. Ríos como el Caquetá han sido envenenados con mercurio. Los estudios que sustentaron el fallo del Tribunal de Cundinamarca que ordenó al Gobierno descontaminar este cuerpo de agua, encontraron que los niveles de metal en peces y miembros de comunidades indígenas estaban por encima de los niveles normales.

En este contexto, organizar el territorio alrededor de las aguas, antes que una obviedad, es una acción revestida de una carga transformadora.



→ «Recuerdos de la 4ª Semana Cultural. Homenaje a la gente linda del Urabá chocoano!» [sic]. La pesca artesanal, hecha con trasmallo, arpón o anzuelo en los ríos, lagunas y las costas de Colombia, se han visto afectada por las prácticas extractivistas de la minería, los monocultivos y la ganadería extensiva, para la que se talan miles de hectáreas de bosque anualmente. Foto de **Jairo Escobar**.



Qui
Recuerdos de la
4ª Semana Cultural
Homenaje a la gente linda
del Uraba chocoano!
J.M.V.

AGUA

Moldear la tierra, dominar el agua

Una larga historia de caos ambiental y violencia ha convertido al canal del Dique en una encrucijada para los habitantes que viven en la zona y para los proyectos de desarrollo de la región.

El canal del Dique atraviesa ciento quince kilómetros de tierras inundables en los departamentos de Atlántico, Sucre y Bolívar, y conecta el río Magdalena con la bahía de Cartagena. Históricamente es un espacio atravesado por relaciones complejas entre la gente y el agua, el Estado y el capital, la violencia, el racismo y los modos de vivir y resistir de las poblaciones rurales y la diáspora africana.

Por esas aguas viajan pescadores y pescadoras, sedimentos, peces, desechos, barcasas con hidrocarburos, plantas, escombros, dragas y cuerpos de víctimas de la violencia. Las cosas, los seres y la gente que transitan por allí llevan sus propias historias, sus rutas y sus destinos, que no siempre coinciden con lo que diversos actores del Estado y la industria han imaginado para el Dique. En el canal se imagina el futuro según las ilusiones del desarrollo, el progreso y la adaptación al cambio climático.

Progreso

La construcción del canal del Dique tardó seis meses. Entre marzo y agosto de 1650, el trabajo forzado de miles de indígenas, negros libres, esclavizados, peones de haciendas, prisioneros y piratas logró la vertiginosa desviación del 10 % del caudal de las aguas del río Magdalena hacia el occidente. Se conectó el río con la red de ciénagas y caños que llegan hasta la bahía de Cartagena, los mismos que durante esa época servían de rutas de escape para hombres y mujeres que huían de la esclavitud. La importancia estratégica de la construcción del Dique era evidente para las autoridades españolas: se trataba de superar la difícil comunicación entre el norte y el interior del virreinato y, de esta manera, consolidar un eje de expansión colonial norte-sur y garantizar la integración de la capital con el litoral, el mar Caribe y el mundo atlántico. El beneficio para las élites regionales, en cambio, fue objeto de disputa dada la notable

caída de los precios de mercancías comercializadas en Cartagena.

La historia del Dique durante el periodo colonial fue de enormes pero inconstantes esfuerzos por combatir la fuerza de la naturaleza. Las malezas, los sedimentos y la caída dramática del caudal del Magdalena en tiempos secos hicieron que largos tramos del canal fueran ineficaces y detuvieran el comercio con el interior. Hubo fracturas intencionadas como los bloqueos con hierbas y árboles, organizados por dueños de mulas, arrieros y mercaderes interesados en mantener precios altos en Cartagena. A pesar de la implementación de ingeniosas soluciones tecnológicas como inclusas y malecones por parte de ingenieros de la Real Armada durante el siglo XVIII, e incluso con el apoyo de la élite mercantil cartagenera hacia finales de ese siglo, el sueño de la conexión comercial entró en un horizonte de dilaciones y proyectos inconclusos.

Los siglos XIX y XX trajeron promesas de modernidad e integración comercial con el Caribe y el mundo atlántico. Sobre el Dique se plasmaron las destrezas, los diseños y las infraestructuras de la ingeniería hidráulica norteamericana, la inversión estatal y los esquemas administrativos de concesiones privadas, que se encontraron con burocracias, sedimentos e incumplimientos empresariales. En la primera mitad del siglo XIX, el inminente declive del puerto de Cartagena frente al emergente puerto de Sabanilla, en el departamento del Atlántico, hizo que las autoridades cartageneras se esforzaran por encontrar soluciones para garantizar la navegabilidad del Dique y así traer progreso a la región. En la década de 1840, ingenieros norteamericanos diseñaron una nueva canalización con compuertas y una nueva boca sobre el río Magdalena, la cual se hizo a través de contratos con empresarios privados que intentaron –fallidamente– detener las hierbas y arenas arrastradas por el río. En 1867 se otorgó una concesión con derechos de exclusividad en la navegación a la Compañía de Vapores del Dique de Cartagena, la cual se encargaría de su canalización y limpieza. Frente a los constantes incumplimientos, la concesión fue revocada.

La inauguración del canal de Panamá en 1914 renovó el deseo de sumarse al horizonte de progreso caribeño y la fe en la ingeniería hidráulica norteamericana. Se contrató al Cuerpo de Ingenieros del Ejército de los Estados Unidos para desarrollar los estudios que dieron pie al contrato en 1923 entre el Gobierno colombiano y la firma norteamericana The Foundation Company. La empresa garantizaría la navegabilidad a lo largo del año y el paso de vapores de mayor tonelaje, pero ambos objetivos fueron logrados a medias. Durante las décadas restantes del siglo XX, el territorio acuoso del Dique fue objeto de innumerables intervenciones para dominar el agua y moldear la tierra: obras de rectificación, ampliación, profundización, corte de variantes, cierre de cauces antiguos, construcción

de caños, relleno de zonas inundables, etc. Estas intervenciones ocasionaron, entre otras, la llegada de aguas dulces a la bahía de Cartagena en 1934 y los problemas de sedimentación en los estuarios. Las reducciones de curvas del canal y el consecuente aumento de la fuerza de su caudal fueron nefastas para los territorios adyacentes. La interrupción de los sistemas naturales de amortiguación de las crecientes y el traslado –cada vez con más fuerza– de los sedimentos hacia las ciénagas, que garantizan los modos de vida locales y la disponibilidad de agua para los habitantes de la ciudad de Cartagena, han contribuido a la desconexión de los ciclos de la vida ecológica, social y económica de la zona. El resultado de este proceso ha dejado en una situación vulnerable a quienes habitan el Dique y ha hecho que su infraestructura sea inestable, además de catastrófica.

Boquetes

Se habla poco sobre noviembre de 2010, cuando se rompió el canal del Dique. Aquel año, el fenómeno de La Niña enfrentó otros procesos climáticos y esto incidió en el aumento de las precipitaciones en el país: entre más llovía, más aumentaba el nivel del río Magdalena y del canal. Para los habitantes al sur del departamento del Atlántico esto fue aterrador, pues presintieron que el Dique podía colapsar. No era la primera vez que esto sucedía. En 1984 se había abierto otro «boquete» en la misma zona, en un momento en el que desaparecía uno de los experimentos de reforma agraria y modernización agrícola más importantes de la época. Y, durante la década de 1970, otros boquetes obstaculizaron el desarrollo de la agricultura comercial, tal como el Gobierno de la época, con el apoyo del Banco Mundial, lo planeó.

En la historia de la zona, los boquetes han sido hitos que dividen periodos de visibilidad e invisibilidad de la región. Antes de 2010, el sur del Atlántico aparecía poco en el panorama nacional. De hecho, esta zona es una de las más pobres del departamento, donde además hay poca inversión a gran escala si se la compara con otras zonas aledañas. Sin embargo, a causa del boquete, en 2010 esta región se convirtió en uno de los laboratorios para la implementación de políticas de adaptación al cambio climático a nivel nacional. La ruptura del Dique generó una situación catastrófica para cientos de familias de la región, cuyas formas de vida estaban conectadas con el trabajo de la tierra y la cría de animales como las vacas lecheras. La inundación destruyó esa conexión agraria al despojar temporalmente a la gente de su tierra y al forzarla a deshacerse de los animales que lograron salvarse y que vendieron a precios irrisorios. Casi un año después, cuando el agua ya se había retirado de la tierra, cientos de personas volvieron a sus parcelas a reconstruir lo perdido, pero en esta ocasión la reconstrucción fue un proyecto de interés nacional.

La adaptación al cambio climático se tradujo en la canalización de recursos para reconstruir la economía agraria y las infraestructuras del bienestar como colegios y hospitales. El canal del Dique se convirtió en una zona estratégica para la *adaptación*, una idea que en ese entonces ya era popular en el mundo, pero que en las instituciones del Estado colombiano aún estaba en proceso. Para muchas personas del sur del Atlántico, el discurso del cambio climático no necesariamente les permitió entender lo que había sucedido, pues el origen de la tragedia fue la ruptura del canal del Dique, algo que no era extraño para ellos. Así que reflexionar sobre la inundación era la consecuencia de algo abstracto llamado cambio climático que requería primero esclarecer por qué el canal del Dique no estaba en buen estado. La respuesta a esa pregunta no obedecía necesariamente a un fenómeno global, sino a las acciones y omisiones a nivel local. Muchas personas sabían que el Dique iba a colapsar, pero quienes tomaban decisiones en ese momento no hicieron algo al respecto, según los testimonios en la zona.

Con el tiempo, la memoria de la tragedia se desvaneció del panorama nacional, pero dejó una huella que continúa viva y que, al parecer, generará un gran impacto: el megaproyecto del canal del Dique. Más de un siglo de intervenciones infraestructurales desembocaron en un año crucial, 2010, tanto por la magnitud del impacto de la ruptura como por el megaproyecto que surgió de este evento. Se trata en primera instancia de un sistema de esclusas que regularán el paso de agua y sedimento desde el río Magdalena hasta la bahía de Cartagena. Inicialmente, el proyecto, diseñado por el consorcio de una empresa colombiana de ingeniería y una de Países Bajos, fue una apuesta por la recuperación de los ecosistemas naturales de la zona, incluidas las ciénagas que habían desaparecido. Este enfoque era muy llamativo en un contexto de degradación ambiental y catástrofe, pero con el tiempo diversos sectores sociales en el Dique iniciaron un proceso de denuncia pública sobre los posibles efectos negativos que la obra tendría en las economías domésticas y en los paisajes productivos de cientos de familias rurales.

Reflexionar sobre la inundación era la consecuencia de algo abstracto llamado cambio climático que requería primero esclarecer por qué el canal del Dique no estaba en buen estado. La respuesta a esa pregunta no obedecía necesariamente a un fenómeno global, sino a las acciones y omisiones a nivel local. Muchas personas sabían que el Dique iba a colapsar, pero quienes tomaban decisiones en ese momento no hicieron algo al respecto.

Se teme que la filtración de agua salina desde la bahía de Cartagena afecte las formas de vida de campesinos y campesinas que trabajan la tierra, quienes han tenido que enfrentar los efectos de una sociedad desigual, que concentra la riqueza y sus beneficios en pocas manos, y de la violencia que se llevó a familiares y amigos, cuyos cuerpos, en muchas ocasiones, desaparecieron en las aguas turbias del canal del Dique.

Cuerpos

En 2020, el exjefe paramilitar Uber Banquez, alias «Juancho Dique», reconoció ante la Comisión de la Verdad su participación directa en múltiples masacres. Muchos de estos cuerpos fueron arrojados a las aguas del canal. Confesó que durante el dominio territorial del frente Canal del Dique, del bloque Montes de María de las AUC, la práctica de tirar cadáveres al agua fue sistemática y generalizada, como también lo fue el descuartizamiento de los cuerpos antes de ser arrojados a ella: sus restos no flotarían, pues caerían lentamente con el sedimento en el lecho del canal.

El Grupo de Análisis de la Información de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) estima que de 1991 a 2015 hubo entre 6.765 y 9.638 desapariciones forzadas en la zona del Dique y un total de 121 puntos donde se ocultaron cadáveres tanto en el cuerpo de agua como en fosas comunes de fincas ubicadas a lo largo de sus orillas. Según cifras de la Fiscalía, los crímenes de desaparición forzada y homicidios en la región, entre 1973 y 2023, ascienden a 23.479.

El control de la región del canal del Dique por parte de las AUC estaba directamente relacionado con las conexiones que ofrece el agua. El Dique fue una ruta de salida de drogas ilícitas hacia la bahía de Barbacoas en el Caribe y de ahí hacia el Darién y Centroamérica, y una ruta de entrada de armas que luego serían transportadas a los Montes de María y hacia el interior. Las rutas legales del petróleo se entrecruzaron con intercambios ilegales y consolidaron redes de contrabando de gasolina dominadas por los paramilitares. El conocimiento geográfico y de navegación de pobladores ancestrales fue utilizado para sostener las economías de la guerra. Paralelo a esto, la población local fue sometida a largos confinamientos debido al régimen estricto de control social por parte del frente, a las «caletas» que se construyeron y al transporte de muertos, drogas y armas por los que se inmovilizó a la gente para evitar testigos e interrupciones, una situación que obligó a miles de personas a desplazarse hacia Cartagena.

La Ruta del Cimarronaje, una red de más de doscientas organizaciones sociales de la región, ha liderado el proceso de acompañamiento, denuncia y visibilización de las causas y los derechos de las víctimas del canal, en colaboración con la Comisión de la Verdad, que realizó importantes esfuerzos por esclarecer y hacer públicas las atrocidades cometidas durante décadas contra sus pobladores. El informe de

la Comisión sobre los impactos del conflicto armado en la región permitió innumerables encuentros y testimonios, así como también silencios de dolor e indignación. La violencia en el canal del Dique no solo se materializó en crímenes puntuales sino en un profundo y prolongado silencio institucional que borró a este territorio, a su gente y a sus muertos de la historia pública sobre el conflicto armado en Colombia. Los análisis de la Comisión y de la Ruta Cimarrona dan cuenta de la naturaleza racial de esta violencia sobre cuerpos y territorios, que ha sido característica del conflicto armado y evidencia el trato desigual de las vidas negras y sus experiencias.

Esto define las promesas de progreso que han acompañado el interés nacional en el Dique. Es por eso por lo que la Ruta del Cimarronaje solicita a la JEP medidas especiales para garantizar el respeto por las víctimas en el marco del actual proyecto de Restauración de Ecosistemas del Canal del Dique.

En una coyuntura de renovada visibilidad de la región y con la notoria concesión de 2.8 billones de pesos otorgada en noviembre de 2022 a la empresa española Sacyr, la JEP dictó medidas cautelares para garantizar la búsqueda, identificación y entrega digna de los restos de personas dadas por desaparecidas en esta zona. Además, ordenó a las gobernaciones diseñar e implementar una ruta de la memoria a lo largo del canal del Dique que reconozca

el poblamiento histórico de la región y la memoria de su violencia. En mayo de 2024 fue aprobado el Protocolo Arqueológico Forense para el proyecto, así como los lineamientos nacionales para la protección de cuerpos de presuntas víctimas del conflicto armado en proyectos de infraestructura de transporte en el país y un plan de lucha contra la impunidad en el canal del Dique, un lugar en el que las ilusiones del desarrollo económico, en relación con la crisis ambiental a nivel global, se encuentran con otro tipo de sedimentos, curvas y vegetaciones: los cuerpos de miles de desaparecidos, las memorias de sus familiares y los aparatos de la justicia transicional.

Las infraestructuras del presente son en sí mismas procesos fragmentados con horizontes difusos que deben gestionar restos forenses y coexistir con las memorias materiales y simbólicas de la guerra.

Se supone que el Dique conecta, comunica, permite el flujo de bienes de importancia nacional, pero los esfuerzos para que esas conexiones funcionen de forma eficiente, sin el exceso de sedimentos, de otras formas de ver la vida o de cuerpos fuera de lugar, constituyen una historia de tensiones, conflicto y violencia. En el Dique no solo hay conexiones; también hay desconexiones y fracturas. Se tejen con la transformación del paisaje y la manera de gobernar la naturaleza, la gente y el espacio por experiencias desiguales y diversas, muchas de ellas borradas de la memoria de la nación y la región.

La violencia en el canal del Dique no solo se materializó en crímenes puntuales sino en un profundo y prolongado silencio institucional que borró a este territorio, a su gente y a sus muertos de la historia pública sobre el conflicto armado en Colombia. Los análisis de la Comisión de la Verdad y de la Ruta Cimarrona dan cuenta de la naturaleza racial de esta violencia que ha caracterizado el conflicto armado y evidencia el trato desigual de las vidas negras y sus experiencias.

municipio	extintas	en deterioro	causas
San Pelayo	Ciénagas Pérez, Puerto Nuevo, Marín, Pelayito y Bange y el pozo Arteaguero.	Ciénaga La Pacha.	Canalización, sedimentación y contaminación por agroquímicos.
Cereté	Ciénagas La Pozona, La Ceibita, Wilches, Chuchurubí, La Coroza, Los Pobres y La Pisínga.	Ciénagas Corralito, El Víchal y el caño Bugre.	El caño Bugre, amenazado por sedimentación, invasión de sus orillas para viviendas, contaminación por desechos humanos y actividad agropecuaria. Corralito y El Víchal por desecación y contaminación.
San Carlos	Ciénagas La Coroza y Carrizal y los caños Remedía Pobre y El Hato.	Ciénagas Playa Rica y Charco Ají.	Desecación y contaminación.
Ciénaga de Oro	Ciénagas La Gran China, Malagana, Mimbres y las Zapalerías del Bugre.	Ciénagas Sábalo, Sabalito y Punta de Yáñez. Caño Aguas Prietas.	Las ciénagas por sedimentación y contaminación; y el caño por contaminación de la cabecera municipal y sedimentación.
Montería	Ciénagas Martinica, Cedro Cocido, El Tronco, El Vidrial, El Cerrito, Los Araújos, Sierra Chiquita y Caño Viejo Palotal. Los caños El Bien Común, El Vidrial y La Caimanera.	Ciénagas de Jaraquíel, Betancí, Berlín, Sierra Chiquita, Los Araújos y Furatena.	Ciénaga de Betancí afectada por un muro de concreto que le impide su desembocadura al caño Betancí, cambiándole su funcionamiento natural. La de Jaraquíel por deforestación y desecación y la de Berlín por ocupación humana y sedimentación. Las restantes por expansión incontrolada de urbanizaciones.
Ayapel		Ciénagas de Ayapel, Palotal y Marralú.	Ciénaga de Ayapel por contaminación y explotación minera. Palotal y Marralú por desecación y contaminación.
Canalete		Río Canalete.	Por deforestación, sedimentación y sobrepoblamiento ganadero en su valle.
Pueblo Nuevo		Ciénagas Arcial y Cintura.	Deforestación y contaminación.
Delta del Sinú: San Bernardo del Viento, San Antero y Lórica	Complejo cenagoso del delta del Sinú en la bahía Cispatá donde hoy funciona el distrito de riego Córdoba número dos.	Se mantienen los caños Muerto, Sicará y Grande con cultivos tradicionales y piscicultura.	Cultivos de palma africana y arroz y expansión urbana incontrolada.
Bajo Sinú: los del Delta, más Cotorra, Chimá, Purísima, Momil, San Pelayo		Complejo cenagoso del Bajo Sinú.	Desecación, contaminación por agroquímicos, deforestación y ocupación de viviendas.

Inventario de aguas en el valle del Sinú

Víctor Negrete – José Galeano Sánchez



Agua llorada, agua soñada

Aunque el agua sea un prodigio natural en La Mojana, al norte de Colombia, la paradoja amenaza a su comunidad anfibia: no hay un buen servicio de agua corriente que refresque las casas.

I

Desde la ventanilla del avión —como en la canción de Adolfo Pacheco Anillo, *El tropezón*—, en el pecho se siente que algo grande está allá abajo, una revolución entre el amor y el desengaño. Un espejo de aguas refractarias, que simulan un vidrio roto en mil pedazos. Se siente que alguien superior debió haber partido aquella alfombra verdeazulosa a cuchilladas. Algo grande, quizás una mano gigante, dibujó aquello que los investigadores bautizaron con lo primero que se les vino a la cabeza, «un sistema hídrico en forma de espinazo de pescado»: La Mojana.

Había que percatarse de que aquellos surcos intrincados, de laberínticos zapales, cansados de tanta fertilidad y desperdicio, no estaban allí por estar. Los indios fueron felices en La Mojana por siglos y no por obra del azar. Tuvieron que ser máquinas gigantes, como las que construyeron las pirámides de Egipto, tan ingeniosas como las manos que dibujaron las pintas y bocetos del sombrero zenú, vultiao, cuyos rombos abren desde el primer círculo una especie de abanico, donde se inspiró la gracia del cumbiambero o del hombre que atraviesa la sabana a caballo y revienta la corraleja. Todo comenzó con un punto negro en el centro de un círculo blanco, que da apertura al símbolo de Colombia. Pura matemática, como los sonidos del corazón. Nunca estuvimos solos y, aunque se comercializaba en familia, nuestros indígenas se iban lejos. Así fuese con señas.

Desde una canoa que cabecea en los barrancos del río Cauca, buscando salirse de madre por el ímpetu de la creciente, era imposible apreciar aquel espejo por el chorro de Caregato, un animal malamañoso que vomitó toda su furia en noviembre de 2021 sobre la margen izquierda. Nadie lo ha podido detener, se ha tragado todo el presupuesto que bien ha podido servir para llevar agua potable a más de quinientas mil personas que sobreviven alrededor

de aquel paraíso que se hunde ocho milímetros al año, como si debajo de la superficie hubiese una chupa gigantesca que trata de engullirlo todo: vacas, taruya y pescado. Una verdadera represión puesta allí para evitar que el cieno que baja desde el nudo de Paramillo llegue al mar en Bocas de Ceniza.

Ni la imaginación de Gabriel García Márquez, que llegó a Sucre a curarse de un espasmo a sus diecisiete años y colgó su hamaca bajo un bosque de mangos, en la orilla del caño Mojana, pudo describir el embrujo de estas quinientas mil hectáreas, en el país de las aguas, según lo bautizó el profesor Isidro Álvarez. Son tierras que bañan quince municipios en cuatro departamentos, el 72 % en tierra de Sucre, además de Córdoba, Bolívar y Antioquia. Algunos le dicen «el Nilo de Colombia» y su desarrollo podría convertirla en la despensa agropecuaria de América.

II

En La Mojana sucreña prevalecen aún los héroes extranjeros, cuyas estatuas tapizan los parques populares, pero ninguno como José de Gavaldá, un sacerdote español que durante veinte años, antes de morir de un infarto fulminante en plena misa, abrió la famosa «Boca del Cura» en el río Cauca, entre Majagual y Guaranda. Desde entonces nadie ha podido controlar sus aguas, rebeldes y sinuosas, siempre tirando para la margen izquierda. Gavaldá está en todas partes, muchos años después de muerto. Un barrio, un colegio, un corregimiento y una boca del río llevan su nombre.

Las inundaciones, tan terroríficas que se convirtieron en una especie de subcultura, cambiaron la historia de estos pueblos y su gente. Acostumbrados a vivir en el agua, se acomodaron en su espera, en su forma cíclica de ir y venir. Los niños aprenden primero a nadar y después a caminar. Como cuando llueve en algunos pueblos vallenatos, el agua motiva canciones de amor. La creciente se convierte en una fiesta y el Gobierno envía mercaditos por tres meses. Quien distribuye los mercados recauda buenos votos porque la gente, con cierto nivel de analfabetismo, no los recibe como un deber del Gobierno, sino como una ayuda clamada. El asistencialismo los subyuga. En este sentido, el agua no es un derecho, sino un disfrute pasajero para nadar y divertirse. Y el que venga detrás que apure.

III

Cuenta la historia que La Mojana fue una tierra muy productiva, con grandes ingenios azucareros, que atrajo extranjeros: italianos —los Gentile—, españoles —los Sajona—, siriolibaneses —los Cure o los Nassar—, y muchos más. Llegaban grandes embarcaciones a las ciénagas y ríos de un complejo acuático mágico, lleno de leyendas y mitos, con personajes propios, curanderos y yerbateros capaces de hacer expulsar un animal

vivo del vientre de un hombre, que abrió la imaginación de Gabriel García Márquez en *La Marquesita de La Sierpe*, *Los funerales de la Mamá Grande*, *La mala hora*, *El coronel no tiene quien le escriba* y *Crónica de una muerte anunciada*.

Hacia 1936, cuenta el ministro natural de Majagual, Francisco Gómez Osorio, hubo una epidemia extraña entre los habitantes de la región, que ya no disfrutaban «los entierros bonitos», un ritual con música y licor para despedir a los difuntos porque morían tantas personas que las campanas de la iglesia de Majagual, el pueblo más alto de la zona, no dejaban de repicar.

Gavaldá lideró la gesta de sanación. Vio que las aguas estancadas estaban podridas en las dehesas. Ni siquiera un fuerte aguacero podría lavar aquella podredumbre. La peste los diezmaba. Fue cuando se le ocurrió la prueba de la canoa, que soltaron libre, al vaivén de las aguas, un poco más arriba de Majagual, y empezó a cabecear sola por el río Cauca, siempre buscando la margen izquierda.

Un grupo de voluntarios empezó a cavar con pico y pala una abertura de dos metros. El agua se tiró de largo, las tierras se lavaron, la pandemia se detuvo, pero las aguas nunca volvieron a ser controladas. En 1973, el gobernador Apolinar Díaz Callejas ordenó cerrar la boca del Cura, pero las inundaciones no se detuvieron. Por el contrario: fueron letales y se convirtieron desde entonces en un argumento para la promesa de matrimonio de todos los candidatos a la presidencia de la república, aunque siempre han dejado a La Mojana como a las novias de Barrancas.

Hubo un presidente, Juan Manuel Santos, que viajó un 8 de agosto, horas después de su posesión, a Majagual, Sucre, como símbolo de su amor a la región. Más tarde, Santos no dudó en declarar que aquel fue el peor día de su vida. Durante el Gobierno de Andrés Pastrana se creó un Plan de Adaptación que, con el tiempo, se convirtió en otro chorro incontrolable, como la propia boca del Cura, de Arelis, del Mono o Caregato, que ha sido la más rebelde.

De allí en adelante la propia naturaleza daría señales extrañas y durante la inspección de un «dique seco», que buscaba conectar a Sucre con Antioquia, las aguas estuvieron a punto de llevarse en andas a un gobernador, que vio impávido cómo los terraplenes se abrían a sus pies y el río tiraba de largo.

Las aguas desmadradas provocaron muchos fenómenos, como la pobreza y la desbandada de capitales, tanto humanos como tecnológicos. Quienes tuvieron maneras de irse se fueron a vivir a otros lugares y llevaron a sus hijos legítimos a las universidades. Los naturales o hijos bastardos se quedaron para ponerle el pecho a la situación, pero siempre les enviaron interioranos —sabaneros o montañeros— para los grandes proyectos, como en el caso de Caregato, que no lo han podido cerrar en tres años. Se estima que cerca





de medio billón de pesos se tragó el río a través de un Plan de Adaptación en el que han participado varios gobiernos.

Los indígenas, con una sabiduría lejana, controlaban las aguas y las ponían a su servicio sin violentar las leyes naturales y sobre las terrazas que construían, de una fertilidad asombrosa, levantaban sus ranchos y rozas. Allí tenían la vitualla, el pescado y la vivienda. Eran unos ingenieros hidráulicos asombrosos.

El cura Gavaldá la pensó bien, pero la cultivó mal. Los tres ríos que confluyen en esa depresión arrastran tanto sedimento que hace desbordar las aguas. Gavaldá no hizo lo que pide la ingeniería: una compuerta para abrir y cerrar la boca. Tampoco se hizo un dragado. Y con los terraplenes que se fueron haciendo por muchos años para proteger a los pueblos, el río empezó a subir de nivel, mientras las urbes fueron quedando por debajo de los ríos y caños, lo que se convirtió en un problema con las aguas negras y los alcantarillados, igual que con el agua potable. El estudio de los mil estudios sobre La Mojana, contratado por la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), a un costo de un millón de dólares, siempre recomendó el dragado, un dique seco y las compuertas. Todo fue una ilusión. Los últimos contratos para cerrar Caregato, en el Gobierno actual, a un costo superior a 126.000 millones de pesos, no funcionaron. Las aguas siguen de largo y el invierno no para.

IV

Lo único que lamentaría Judith Montes al morir sería irse para el otro mundo y dejar los trastos de la iglesia católica en las cajetas de cartón donde están guardados desde 2011, cuando el pueblo de Doña Ana, en San Benito Abad, que pasaba nueve de los doce meses del año bajo las aguas, fue trasladado a tierra firme, en un terreno de seis hectáreas, a hora y media en chalupa del antiguo, donde apenas quedaron los vestigios de que allí hubo un asentamiento que parecía flotar en las tempestades del mundo.

Fue el primer pueblo de Colombia en ser erradicado del agua. Doscientos once familias, que nunca pisaban tierra firme. Los niños no gateaban, nadaban. No querían salir de allí. Para garantizar que no volverían, los ingenieros ordenaron destruir sus casas y

tambos. Solo quedó en pie la iglesia, cuya torre, que a lo lejos sobresale como un punto negro, es apenas un referente para llegar. El cementerio desapareció bajo la cruz más alta y el único colegio en pie es un nido de serpientes.

Aunque el nuevo Doña Ana es un pueblo modelo, con casas de material amplias y de patios inmensos para sembradíos, un buen colegio que recoge alumnos de varias veredas en canoas, zonas verdes, parques y una planta para el tratamiento de las aguas servidas y un acueducto, la gente aún no se acostumbra porque desde que recuerdan siempre pisaron en las aguas y se habituaron a vivir con las serpientes y los peces. De eso vivían. El gobierno de Jorge «Tuto» Barraza tuvo que hacer una especie de consulta, que por poco pierden, porque en realidad ellos no habían visto otro mundo que no fueran las aguas. Es lo que el sociólogo Orlando Fals Borda llamó «la cultura jico-tea», la vida de un hombre anfibio.

El principal cambio fue el crecimiento desmesurado de la iglesia evangélica, que hoy tiene un templo de casi una cuadra, mientras los santos de yeso, los candelabros y los demás trastos de la iglesia católica, igual que su campana, están en las mismas cajetas de cartón donde fueron llevadas.

Casi quince años después, los de Doña Ana todavía viven de la pesca, la agricultura en menor escala, porque no tienen tierras, y del rebusque. Aunque ya no se inundan, aún añoran los tiempos en que los peces saltaban de las aguas a la olla con solo asustarlos. La pesca escasea en esos lugares por el incremento de pescadores y el uso de los grandes trasmallos que cazan tanto el pez grande como el pequeño. Los asnos fueron cambiados por motocicletas mientras hombres armados vigilan que no entren «extraños». Ellos son los encargados de dar permiso para entrar o salir. A nuestra visita, la planta de tratamiento de aguas, administrada por un voluntario de la comunidad, estaba fuera de servicio por falta de mantenimiento.

El ejemplo de Doña Ana, el primer pueblo reubicado en La Mojana sucreña, parece darle la razón al presidente Gustavo Petro: la reubicación de estos pueblos lacustres sí es posible, pero no es fácil.

V

Con ciento dos kilómetros de playas en el mar Caribe, inmensas ciénagas, grandes depresiones, caudalosos ríos, variados arroyos y formaciones subterráneas de miles de años, Sucre es uno de los departamentos más ricos en reserva acuífera de Latinoamérica, pero su servicio es un problema histórico. Algunos observadores lo califican como «un problema político».

La cobertura real del agua potable es del 44.8 %, aun cuando las redes cubran el 83 % de una población cercana al millón de habitantes, siendo los depósitos subterráneos lo que prevalece con un 92 %,

Los indígenas, con una sabiduría lejana, controlaban las aguas y las ponían a su servicio sin violentar las leyes naturales y sobre las terrazas que construían, de una fertilidad asombrosa, levantaban sus ranchos y rozas. Allí tenían la vitualla, el pescado y la vivienda. Eran unos ingenieros hidráulicos asombrosos.

mientras las autoridades siguen en la disyuntiva de traer el agua de los ríos Magdalena, San Jorge y Cauca, incluso del Sinú, o generar grandes represas que podrían ser contaminantes, pero que, sin duda, son aguas más tratables. Se necesita una revolución del agua, como en Bolu, India, donde se convirtió el desierto en un jardín.

La formación Morroa, que atraviesa tres departamentos del norte del país, le da una calidad incuestionable al agua. En los últimos años ha enfrentado procesos negativos como la contaminación de las fuentes y la disminución de la producción de los pozos. En Sincelejo, donde el acueducto lo opera desde hace veintidós años una empresa privada, se lograba agua llorada a solo dos metros de profundidad, después se pasó a cien metros y ahora hay que conseguirla hasta más de mil metros de profundidad, lo que encarece sacarla. Es un agua cruda y caliente, cuya labor de tratamiento cada día es más costosa.

La idea de que el agua de la formación Morroa se agota es un mito y definir una nueva fuente de abastecimiento para los 300.000 sincelejanos, que son el 40 % de la población de Sucre, es una respuesta urgente.

Una acción de cumplimiento del Tribunal Administrativo de Sucre a la empresa Empas, que es el ente oficial y veedor, que también afecta a la operadora Veolia, firma privada de capital español, se constituye en una pieza maestra de cómo abordar el agua como un derecho a la vida, pero sin cumplimiento total.

La mayoría de los veedores del agua, señores de más de setenta y cinco años, como Guido Buevas, que ya cumplió ochenta y dos, creen que van a morir sin

ver el sueño dorado de un verdadero servicio de agua en un departamento que está entre los cinco de mayor espejo acuático en Colombia.

Guido trata de transmitir sus conocimientos sobre el agua a sus nietos porque cree que no hay relevo generacional entre los veedores, donde tampoco hay mujeres. Mientras tanto, el agua en su Sucre se sueña y se llora.

Algunas zonas como La Sabana y Montes de María sufren más en los tiempos de sequía, porque sus fuentes son superficiales y se agotan en los veranos, mientras que La Mojana, San Jorge y El Morrosquillo, sustentan sus fuentes en formaciones subterráneas, ciénagas y afluentes abundantes.

En ningún municipio de Sucre se presta un servicio de veinticuatro horas continuas, siendo su capital Sincelejo, donde más dinero ha invertido el Gobierno en los procesos de regularización y donde un expresidente de la república dijo haberse tomado el vaso de agua más caro de su vida: quince mil millones de pesos.

En la búsqueda de fórmulas de optimización del agua en los hogares, cuando no se tiene servicio de agua industrial, la privatización ha estado al orden del día. Las esperanzas de un proceso de consolidación del servicio, a través de empresas sustentables y sostenibles, recaen en el Plan Departamental de Agua (PDA), cuyo proyecto empezó con un gran déficit y su formulación fue bastante cuestionada.

A pesar de los escollos, Sucre, que bebe agua llorada, sueña con un plan de agua que le garantice un mejor nivel de vida.

pp. 22 Nueva Venecia es un pueblo palafítico en la Ciénaga Grande de Santa Marta. Este lugar, conocido por sus casas que parecen flotar sobre el agua, no tiene calles tradicionales. En su lugar, los habitantes se desplazan entre las viviendas en canoas, dominando el arte ancestral de bogar. Esta técnica se practica cuando las aguas están bajas, utilizando un palo largo que se inserta hasta el fondo de la ciénaga. La fuerza ejercida sobre el lecho es la que impulsa la canoa. Foto de **María Andrea Parra**.

pp. 23 La Barra es una playa emblemática del Pacífico colombiano, situada dentro del Parque Nacional Natural Bahía Málaga, en el departamento de Valle del Cauca. En esta comunidad, la pesca es una tradición que ha sido transmitida de generación en generación. En la imagen se ve a un hombre transportando una bolsa de peces a lo largo de los senderos de La Barra. Foto de **María Andrea Parra**.

En ningún municipio de Sucre se presta un servicio de agua constante, siendo su capital Sincelejo, donde más dinero ha invertido el Gobierno en los procesos de regularización y donde un expresidente de la república dijo haberse tomado el vaso de agua más caro de su vida: quince mil millones de pesos.



Origen sagrado

A través del recorrido entre el nacimiento del río Bogotá y su desembocadura en el Magdalena se nos ofrece una reflexión sobre la manera en que destruimos las fuentes hídricas y la resiliencia de la naturaleza que, a pesar de nuestra indiferencia, logra recuperar la vida. Una oportunidad para devolver al agua su carácter divino.

Este texto hace parte de la exposición «Llovizna» de Ana González.

Luego de su nacimiento a más de tres mil metros de elevación en el páramo de Guacheneque, al norte de Cundinamarca, en tierras sagradas de los muiscas, el río Bogotá desciende al altiplano como un pequeño arroyo de montaña, claro e inmaculado. Tras su paso por humedales, formaciones geológicas que lo filtran y purifican como una esponja natural y antaño acogían aún más aves silvestres que hoy, el río Bogotá se funde con varios afluentes que, a su vez, se originan en otros páramos; Guerrero, Sumapaz y Chingaza. No es fácil imaginar un comienzo más auspicioso para un río, una génesis igual de inocente y pura.

Desafortunadamente, muy pronto el río se topa y recorre una ciudad capital de más de ocho millones de habitantes, donde se produce cerca de un tercio de la economía nacional. Bajo ella, el Fucha, el Tunjuelo, el Soacha, el Salitre y muchos otros tributarios del río Bogotá, cada uno más tóxico que el anterior, discurren enterrados bajo pavimento y concreto. Tan pronto caen desde los cerros Orientales, que forman el telón de fondo de la ciudad, estos preciosos arroyos son envenenados a pocos kilómetros de su nacimiento. Los residuos de curtiembres y maderos, desechos industriales, sedimento y barro proveniente de ladrilleras y fábricas de cemento, aguas negras tratadas parcialmente, plástico y basura... todo va a parar al río que, cuando consigue escapar de la ciudad para zambullirse desde las alturas del Salto del Tequendama, está biológicamente muerto, desprovisto de oxígeno y sin signos de vida macrobiótica. Tras una caída de tres mil metros en apenas cincuenta kilómetros, alcanza el Magdalena en Girardot ligeramente revitalizado, un signo de la extraordinaria resiliencia de la naturaleza. No obstante, es más una lechada de desechos que un río, bombeando directamente al caudal del Magdalena grandes concentraciones de cadmio, cromo, mercurio, zinc, arsénico y plomo, sin mencionar la cantidad de desperdicios

Traducción: Sergio Zapata León

humanos que no dan respiro a los millones de colombianos que viven aguas abajo.



La magnitud de la contaminación que entra al Magdalena en Girardot presenta una oportunidad extraordinaria. Si pudiera encontrarse una manera de atajar el flujo de contaminantes que acarrea el río Bogotá, Colombia podría avanzar mucho en la meta de limpiar por completo el Magdalena, especialmente si otras ciudades y municipios de la cuenca imitaran el ejemplo de la capital. Aunque esto parece un sueño imposible, consideremos la historia de dos ríos, ambos en peores condiciones que el Magdalena, apenas una generación atrás: el Hudson, que desemboca en el Atlántico justo debajo de la ciudad de Nueva York; y el Támesis, que atraviesa Londres en su corto recorrido hasta el océano.

Hasta la década de 1960, el Hudson y, virtualmente, todos sus tributarios eran arterias industriales, teñidas con aguas negras y desperdicios y envenenadas con metales pesados, pesticidas y químicos. No era seguro nadar en él, mucho menos comer de sus peces o beber de su agua. Grandes corporaciones de enorme infraestructura industrial dominaban la política y la economía de la cuenca y, sin la menor reserva, usaban el río como vertedero. Durante cien años, la General Motors operó una planta de ensamblaje de automóviles que consumía un millón de galones de agua diarios, que luego devolvía al río sin tratarlos. Todo el desperdicio producido por esta fábrica era vaciado directamente en el Hudson. En aquella época solía decirse que uno podía identificar la pintura usada a diario en la línea de ensamblaje de los carros según el color que tuviera el río.

Pero, alrededor de 1970, todo cambió: un pequeño ejército de ciudadanos decidió defender el Hudson y, mediante una combinación de acciones legales y políticas, enfrentaron a las corporaciones hasta que consiguieron salirse con la suya. Los principales responsables de la contaminación fueron obligados a modificar sus prácticas y a pagar por el costo del drenaje y la rehabilitación del río. Para el asombro de ecologistas, pescadores, agricultores locales y

los propios líderes de las corporaciones, el Hudson dio muestras de mejora en cuestión de meses, a una velocidad tal que incluso los peores responsables de su contaminación se unieron a la cruzada, felices de aliarse a sus previos antagonistas y ser testigos del renacimiento de un río que se convirtió en símbolo nacional. Hoy, los niños nadan y pescan en las orillas del Hudson; las familias se reúnen en playas que antes estuvieron teñidas de brea y desperdicios industriales; y criaturas silvestres han aparecido de nuevo en sus costas. En 2016, un turista divisó algo que nadie había visto en más de un siglo en Manhattan: una ballena jorobada retozaba en las aguas del río.

La historia del Támesis es igual de dramática. Durante siglos, los londinenses trataron el río como si fuera una letrina pública, vertiendo en sus bajos aguas negras y desperdicios industriales por igual. Para la década de 1950 el río sobre el que descansa el peso de la historia del Imperio británico era poco menos que una cloaca a cielo abierto, sin peces, incapaz de sostener cualquier forma de vida, carente incluso de la más mínima traza de oxígeno en sus aguas, kilómetros arriba o abajo del puente de Londres. En 1957, el Museo de Historia Natural de la ciudad declaró oficialmente que el Támesis estaba biológicamente muerto. En contraste, hoy alberga al menos ciento veinticinco especies diferentes de peces, las garzas y cormoranes se alinean en sus márgenes, a diario ocurren avistamientos de focas y delfines, e incluso se han visto ballenas remoloneando bajo los puentes de la ciudad.

Estas historias de renacimiento y salvación ahora son comunes debido a que gentes de todo el mundo han abrazado sus ríos como símbolos de patrimonio y orgullo. Si los británicos han podido recuperar el Támesis, los estadounidenses el Hudson y los franceses el Sena, con seguridad Colombia puede revitalizar el Magdalena, el río que dio nacimiento a la nación. Los costos no tienen por qué ser prohibitivos. El primer paso simplemente consiste en reducir las actividades contaminantes. Si eso ocurre, el río Magdalena se encargará del resto.



Los muiscas creían en un solo creador, Chiminigagua, fuente de luz y origen del sol, de la luna y de todas las estrellas. El primer ser humano fue una mujer que emergió de un lago al norte de Tunja, llevando de la mano a un pequeño niño que creció para convertirse

En todas partes los seres humanos menospreciamos el agua y ofendemos a ríos y lagos, olvidando que el agua dulce está entre los más escasos y preciados bienes. Si pudiéramos almacenar en un bidón toda el agua de la tierra, la que es apta para beber apenas equivaldría a una cucharada.

p. 26 Zona en la que confluyen los departamentos de Arauca, Boyacá y Casanare en el Parque Nacional Natural El Cocuy. Allí se alberga un área protegida cuya altura máxima alcanza los 5.330 metros de altura sobre el nivel del mar. Entre los uwa, pobladores originarios de este territorio, las aguas de la Laguna Mayor son la morada de una divinidad a la que es mejor no perturbar. Por eso, evitan acercarse a ellas. Foto de **Jairo Escobar**.

en su marido y el padre de sus cinco hijos, los ancestros primordiales de los muiscas.

Para esta cultura, la tierra en sí misma era percibida como sagrada, un vasto y expansivo templo en el que ciertos bosques y lagos estaban consagrados a la divinidad, al punto de que ningún árbol podía cortarse ni podía extraerse agua de esos parajes. Los arroyos y las cascadas eran considerados lugares originarios, sitios liminales, portales hacia lo divino. Durante las fechas auspiciosas los sacerdotes lideraban grandes procesiones a estos santuarios naturales, hacían ofrendas de oro y depositaban esmeraldas en los lagos sagrados de Guatavita, Guasca, Siecha, Teusacá y Ubaque.

Para los muiscas el agua encarnaba la pureza espiritual, tal y como la encarna hoy para los arhuacos, quienes consideran que todo permanece en balance. El aire se convierte en viento, el viento se condensa en las nubes, la lluvia cae desde las nubes y recorre la tierra a través de los ríos hacia el mar, desde donde asciende otra vez, llevada por el viento. El hielo se forma para que pueda enfriar el océano, que se hace demasiado caliente cuando escasea el agua dulce. Y si el océano se enfría demasiado no podrá brindar la energía que ilumina y vivifica el mundo. Cuando un río encuentra el mar, estas energías se funden igual que lo hace el *hayo*, la hoja sagrada de la coca, al mezclarse dentro del poporo hecho de totumo con la cal que viene de las conchas marinas.



Hubo un tiempo en que los mamos arhuacos peregrinaban desde la desembocadura del río Magdalena hasta su nacimiento. En un viaje de más de mil quinientos kilómetros remontando el río, realizaban ceremonias y hacían ofrendas en las que le cantaban al agua, pidiendo por su salud y bienestar en cada parada a lo largo del curso del río. Era su manera no solo de cuidar al Magdalena, sino de reconocer la dimensión que tenía para otras naciones indígenas que actuaban como senescales cósmicos. Los ríos, según los arhuacos, son un reflejo directo del estado espiritual de la gente, un indicador infalible del nivel de conciencia que posee una comunidad. Los ríos, dicho de manera simple, son el alma de la tierra que atraviesan.

Una vez los mamos alcanzaban el nacimiento del Magdalena, luego de muchas semanas y meses de viaje, ofrecían plegarias al río antes de establecer su campamento, entonando cantos en su honor. Desde la perspectiva de los mamos, para que Colombia pueda liberarse de sus violencias, para que pueda limpiar y liberar su alma, debe devolverle la vida y la pureza a un río que, a pesar de haber sufrido durante mucho tiempo, le ha dado tanto a la nación. En palabras de Jaison Villafañe —un artista que hace parte de la comunidad arhuaca de Guncé y de la familia

Villafañe en la Sierra Nevada de Santa Marta—, «para limpiarnos a nosotros mismos debemos limpiar los ríos y, para limpiar los ríos, debemos limpiarnos a nosotros mismos».



En todas partes los seres humanos menospreciamos el agua y ofendemos a ríos y lagos, olvidando que el agua dulce está entre los más escasos y preciados bienes. Si pudiéramos almacenar en un bidón toda el agua de la tierra, la que es apta para beber apenas equivaldría a una cucharada.



Gastamos billones enviando misiones espaciales en busca de evidencia de agua en Marte, o de hielo en las lunas de Júpiter, pero despilfarramos la riqueza de las naciones en proyectos que comprometen las limitadas reservas de agua dulce en nuestro propio planeta azul. Para la fe cristiana el agua representa la pureza espiritual, y con agua bendita, derramada en forma de cruz sobre sus frentes —o sumergiéndolos por completo en bañeras sacramentales— se bautiza a los niños, que emergen bendecidos por la promesa de la salvación. Y aun cuando bendecimos a nuestros niños con la preciada esencia obtenida de cuerpos de agua vivos, no concebimos algo diferente a profanar esos mismos ríos vertiendo en ellos desechos humanos en una escala y de una manera que solo puede ser descrita como vergonzosa.



Vivimos en un planeta de agua. Dos átomos de hidrógeno ligados a un átomo de oxígeno, multiplicados por el milagro de la física y la química se transforman en nubes, ríos y lluvia. Una gota de agua en la palma de la mano resbala, contenida por una pared de átomos de oxígeno en constante tensión superficial. Derramada sobre el suelo, cambia su forma para adaptarse a lo que sea que toque, si bien no se adhiere ni liga a nada excepto a sí misma. Las exclusivas propiedades físicas del agua les permiten a las lágrimas resbalar sobre la piel, al sudor perlar la nuca y a la sangre fluir en un torrente. Una exhalación se condensa en sutil neblina. El agua lluvia se desliza en forma de riachuelos a través de las grietas en la arcilla. Arroyos escurridizos. Ríos de hielo que flotan endurecidos.



El agua puede cambiar de estado convirtiéndose en gas, sólido o líquido, pero su esencia no puede ser creada o destruida. La cantidad de humedad en el planeta no ha cambiado a lo largo del tiempo. El agua

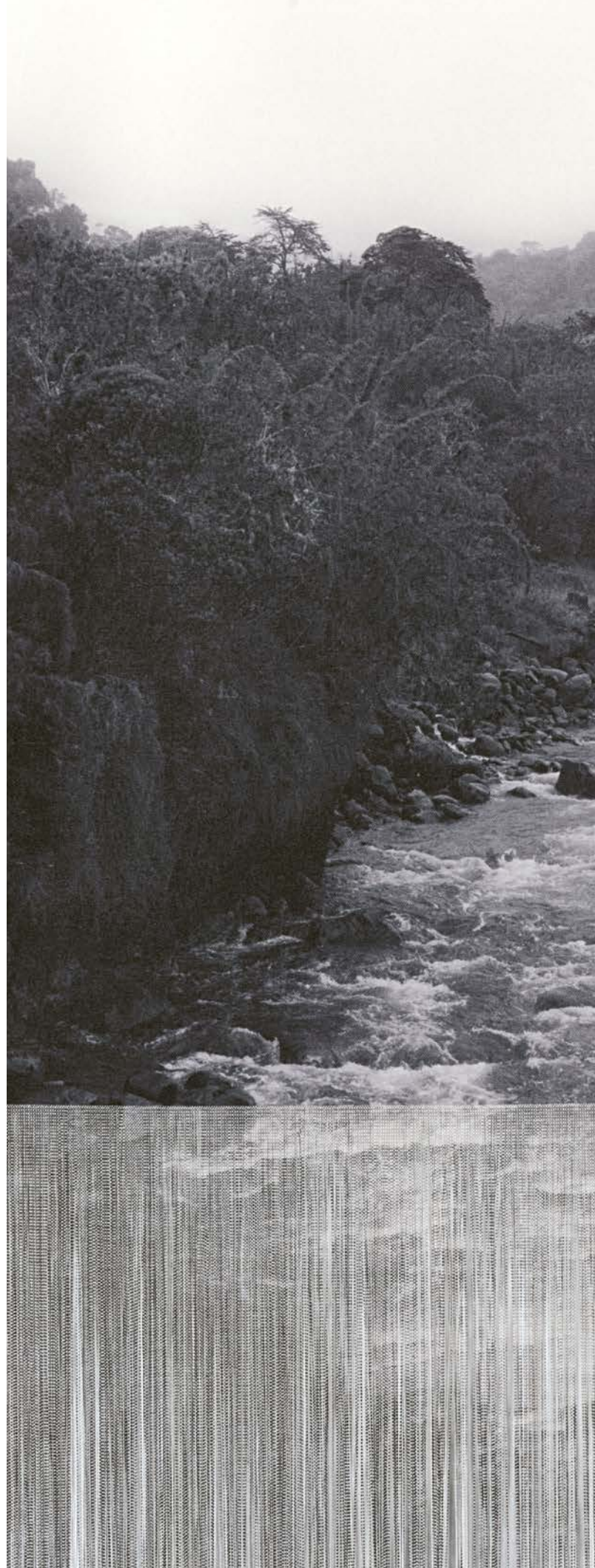
que sació la sed de los dinosaurios es la misma que desemboca en el océano hoy, que ha nutrido toda la vida sintiente desde la creación. El sudor de nuestra frente, la orina de nuestra vejiga, la misma sangre de nuestro cuerpo, al final, permearán la tierra hasta convertirse en parte del ciclo hidrológico, en un proceso sin fin de evaporación, condensación y precipitación que hace posible nuestra existencia. El agua no tiene principio ni fin. Al resbalar desde una mano hasta el río retorna al punto de origen, conecta los eones de aquella distancia cronológica imposible, cuando los cuerpos celestiales, quizás cometas congelados, colisionaron y llevaron el elixir de la vida a un planeta desierto que giraba en el interminable vacío estelar.



Un cuerpo puede vivir sin alimento durante semanas. Sin agua, la supervivencia se mide en horas. En el Sahara, donde no existe, el delirio llega en una noche y por la mañana la boca se abre a la arena y al viento, mientras los ojos se sumergen en otra realidad y los pulmones emiten extraños cantos. Los contrabandistas de Mauritania dicen que lo mejor del líquido de frenos es que les permite mantenerse alejados del ácido de batería. Como escribió el poeta W. H. Auden: «Miles han vivido sin amor, pero nadie ha vivido sin agua».



En el desvarío de nuestro tiempo hemos olvidado la sabiduría de los ancestros, mujeres y hombres que, en cada cultura, a través de la historia de la humanidad, reconocieron el agua como un regalo de lo divino.



→ *Serranías del dios de la noche*, 2024 de **Ana González** (detalle). Impresión por sublimación sobre lona (parcialmente deshilada). Esta obra hace parte de la exposición «Llovizna», realizada en la Sala de Arte Bancolombia (curaduría de Rafael Londoño), 2024. Foto de **Tangrama**.





El porvenir del agua

La invención de un mercado que vende agua embotellada, más que una garantía de pureza, es la evidencia de un bien común hecho negocio.

¿Cómo las industrias del agua han transformado el territorio?

Carlos Hernández: ¿Hay escasez de agua en Colombia?

María Cecilia Roa: Tenemos que considerar tres grandes factores: el fenómeno de El Niño, la estación seca y el cambio climático. Tres aspectos que nos hicieron considerar la escasez de agua tanto en varias regiones del país como en Bogotá. Lo que se traduce en un fenómeno social que agrava la situación.

¿Cuál es la diferencia entre la escasez de agua en las zonas urbanas y las rurales?

Andreiev Pinzón: Colombia tiene una deuda: debe conocer los acueductos y a los gestores comunitarios del agua. En las ciudades y en el campo; en Villavicencio, en Ibagué, en los municipios de Arauca, en Bogotá... Donde pueden darse casos tan escandalosos como el de La Calera, por la privatización del agua y por las concesiones, pues la escasez puede ser socialmente construida: tiene que ver con el cambio climático, pero también con la geografía que determina la cantidad de agua a la que puede acceder un pueblo. Así que los tres factores que señalaba la profesora Roa y ciertos modelos de desarrollo hacen que las ciudades sean más vulnerables. Pero el agua viene del campo, de la montaña, del manantial. Me

pregunto entonces acerca de los conceptos que tenemos sobre el agua. ¿Creen que viene de la llave? Se nos olvida el ciclo hídrico y las comunidades indígenas, campesinas, afro, que han cuidado las fuentes de agua.

¿Por qué sucede esto?

AP: Desde la Constitución del 91 hasta el presente es un modelo de recuperar y ganar rentas. El agua se ha convertido en una mercancía. Históricamente, desde hace un siglo, las comunidades han autogestionado el territorio y el agua con una visión solidaria, por la que no se excluye a nadie. El agua está así entronizada en la vida rural y campesina. Se utiliza para las gallinas, el pancoger, la huerta y se fija familiarmente una tarifa, que no se cobra y se divide entre el número de familias que la utilizan. Se trata de algo más que un acueducto convencional de tubos, tratamiento y distribución.

¿Podríamos ahondar en los acueductos comunitarios y en los concesionarios que tienen un poder económico mucho más fuerte?

MCR: Tendríamos que hablar sobre la asignación del agua y las concesiones, que son muy desiguales en Colombia. Basándonos

en un estudio que hicimos con una colega hace diez años, en el que analizamos una base de datos que recopiló el economista ambiental Guillermo Rudas, sobre todas las corporaciones autónomas regionales, calculamos lo que es el Gini del agua, un indicador de desigualdad del ingreso, que en Colombia se utiliza también para la tierra, y el resultado nos demostró que el agua está distribuida, en términos de concesiones, peor que la tierra. Esto considerando que las concesiones son un indicador parcial porque no todo el mundo las tiene. Hay comunidades y usuarios a los que no les interesa tener una concesión porque implica unos costos y un procedimiento, así que hay gente a la que no le interesa o que simplemente no puede acceder a ella, porque es difícil y hay que tener estudios de disponibilidad del agua que muchas comunidades no pueden hacer.

¿Y esto qué significa para las personas que no tienen una concesión: se quedan sin agua o cómo la consiguen?

MCR: No es que se queden sin agua, pueden usarla, pero no tienen una concesión, no los refrenda el Estado para usarla, aunque sea un derecho humano y un bien común. Al agua podemos acceder todos: no significa que por no tener una concesión no se pueda tener agua. De hecho, la gran mayoría de los usuarios directos del agua no tienen concesiones. Estas son para los que tienen la capacidad de gestionarlas. Y aunque el Gini sea un indicador imperfecto, porque solamente se ocupa de aquellos que pueden tener una concesión, te muestra muchas cosas. Cuando hicimos el análisis estudiamos las regiones y nos dimos cuenta de que hay algunas en donde las concesiones muestran más desigualdad que en otras partes del país. Por ejemplo, en los Llanos Orientales los usuarios más grandes tienen una

concentración enorme de agua. Por eso hicimos un estudio más detallado en la zona.

Por el número de concesiones se puede ver que el sector agrícola es el que más tiene, seguido por el sector doméstico, el comercial, el industrial y las hidroeléctricas. ¿Qué conclusiones se podrían sacar de esto?

sacan el agua para generar energía y vuelve al río transformada, menos fría o interrumpiendo el flujo de un río. También tenemos que considerar el uso de los cuerpos de agua o del agua que recibe desechos. El agua que diluye contaminación o desechos. En Colombia, la gran mayoría de las ciudades no tienen plantas de tratamiento, así que los desechos que salen de



María Cecilia Roa García es profesora de la Universidad de Los Andes, doctora en Recursos Naturales, Ambiente y Sostenibilidad. Actualmente, participa en investigaciones sobre transición energética en América Latina, medios de vida anfibios en contextos de desarrollo urbano, cambio climático y las relaciones del Estado con el agua en territorios energéticos de Colombia. Todas las fotos de **Gregorio Díaz**.

MCR: Hay que diferenciar el uso consuntivo del agua cuando se utiliza sacándola de un cuerpo hídrico, para regar, consumir o utilizar en un proceso industrial. Eso es un uso consuntivo. Y hay un uso que es no consuntivo, como, por ejemplo, el de las hidroeléctricas, que

los hogares van directamente a los ríos. Algo similar a lo que sucede con la industria extractiva del petróleo. Cuando se saca petróleo no sale en forma pura, sino mezclado con mucha agua y, a medida que los pozos envejecen, el petróleo tiene más agua. Lo primero

que se hace entonces es separar el agua de producción, como se le llama al agua del petróleo, un agua con la que se debe hacer algo porque no sirve. Una de las cosas que se hace en los Llanos Orientales, en muchos de sus ríos, es usarlos como receptores de esos vertimientos de aguas de producción, muy contaminadas, con metales pesados, muy calientes, que alteran totalmente el ecosistema hídrico.

¿Cómo podría detenerse esto?

AP: Ese es el gran tema del agua. Algo que debe detenerse. Se han ocultado evidencias científicas. La privatización por contaminación es muy alta. Sucede entonces algo perverso. Lo vimos en las guerras del agua de Cochabamba que originaron la resolución general número 15 de las Naciones Unidas sobre el derecho humano al agua. A los grandes negociantes del agua les interesa que gran parte esté contaminada; que el río Bogotá sea una cloaca, que Bogotá haya contaminado su cuenca en los años setenta y que se haya hecho un gran trasvase de agua: eso es lo que hacemos con Chingaza, que es la cuenca del Orinoco, aguas prístinas que le dan a Bogotá un agua magnífica, como la de un manantial. Por eso el agua de Coca-Cola se llama Manantial y nos la venden como un agua muy pura. Pero quiero decirles a los bogotanos que el agua que sale de su llave es mucho más pura, pues viene de un ecosistema más protegido, de alta montaña, que tiene la filtración natural de los páramos. Así que hay que proteger lo público o lo público comunitario, porque hay un arraigo con el territorio, con el ciclo hídrico, en lagunas, en ríos, en corrientes subterráneas, y una mejor relación con los ciclos de la naturaleza. Por eso es terrible el negocio, la venta de agua en bloque. Es algo que se tiene que discutir socialmente. Bogotá, en algún momento, le dijo a la región: «No se preocupen, construyan, nosotros les damos agua». Pero eso

implicó un estrés hídrico a las fuentes de captación donde están las lagunas y los embalses. Bogotá tiene siete u ocho millones de habitantes mal contados y le da agua a diez millones de habitantes. Bogotá desordena el territorio en todo Cundinamarca, pelea con la producción campesina de alimentos, pelea con los municipios cercanos. Chingaza tiene efecto en nueve municipios, pero casi todos tienen

escasez y déficit hídrico a pesar de tener las mayores fuentes de agua.

¿Cuál sería la solución para que los municipios pudieran administrar sus propios recursos hídricos?

AP: La gestión del agua debe ser más democrática y con otra concepción del ordenamiento territorial. La subordinación de lo rural a la ciudad ha sido conflictiva entre



Andreiev Pinzón es sociólogo e integrante de la Red Territorial de Acueductos Comunitarios de Bogotá y Cundinamarca. Coordinador de proyectos para Colombia de la Asociación Equidad, Sostenibilidad y Derechos Ambientales (ENDA).

Deberíamos pensar en cómo podríamos hermanarnos con el Amazonas. La vaporación que hay en su selva hace que esta franja no sea desértica, que haya mucha y muy buena calidad de agua disponible en las zonas altas de los Andes, pues la vaporación de lo que se llaman ríos voladores es atrapada por el páramo, así que todo lo que pasa en el Amazonas repercute en Bogotá. Andreiev Pinzón

Bogotá y la región. Deberíamos hacer consejos de cuenca participativos con las comunidades, los científicos, en los que la academia participara y que el desarrollo fuera más endógeno. La Calera tiene un estrés hídrico impresionante. Tiene la mayor captación de agua, que es Chingaza, como Fomeque, Choachí y otros municipios, y estos deberían participar activamente para gestionar el agua con cuencas y microcuencas. El ordenamiento territorial ambiental debe estar basado en un análisis hídrico que sea democrático, no diseñado por las empresas.

¿Qué opina de la gestión pública del agua, hablando específicamente del caso de Bogotá? ¿Tendría esto una solución?

MCR: En Bogotá parece que no viéramos cuánta agua consumimos. Es distinto el uso doméstico del agua, que es pequeño comparado con el uso agrícola o industrial. Pero cuando la estrategia es restringir el uso doméstico, se pierden de vista los grandes usuarios. Pero esto no quiere decir que nosotros no seamos usuarios. Sin embargo, lo que tendríamos que hacer es considerar que hay otros usos del agua que no vemos cuando el racionamiento se hace solamente en la ciudad. Deberíamos pensar en el agua virtual, un concepto que se utiliza para entender cuál es el consumo del agua.

¿Por ejemplo?

MCR: Por ejemplo, el agua que se necesita para producir un kilo de carne... ¿Qué tanto consumimos virtualmente a través de la carne, de nuestra dieta o de otros consumos que hacemos? Tenemos que aprender sobre la dependencia que tenemos del agua. Estoy totalmente de acuerdo con Andreiev: el agua es lo que nos conecta con absolutamente todo, con la comida, con el espacio. Bogotá es una ciudad que fue construida sobre los ríos y los tapó, se

dejó de relacionar con ellos, les dio la espalda. Por eso creo que la escasez de agua que estamos viviendo es una oportunidad para retomar esa relación, pues nos hemos alejado tanto que los niños creen que el agua viene de la llave, algo muy triste.

¿Cuál es nuestra responsabilidad en el ahorro del agua?

que administran otros. Así que, por supuesto, hay distintas responsabilidades. Hay consumos intangibles o virtuales. Como sucede con los zapatos o los *jeans*, con las cosas que deben tener ciclos de uso: debemos ser conscientes del consumo. Se suele decir que la responsabilidad es de los ciudadanos. Pero ¿cómo se usa el agua en la agricultura? ¿Cuál es el problema de los agrotóxicos? ¿De los venenos que van al agua? Nos



Carlos Hernández es periodista. Participa en este número tras haber publicado en *Vorágine* el reportaje «La Calera: agua para Coca-Cola y Bogotá, pero no para su gente». Ha ganado en equipo los premios Gabó y Simón Bolívar por investigaciones sobre violencia en contextos de protesta social.

AP: Fals Borda decía que somos seres anfibios. Y el ser anfibio es algo fragmentado en las ciudades, donde perdemos nuestra relación con los ciclos del agua. Por eso los campesinos tienen otra sensibilidad y otra cosmovisión del agua. En las ciudades nos parece algo ajeno

dicen que las mediciones se toman en aguas abiertas y que las concentraciones de mercurio, de plomo o de níquel se disuelven y están dentro de la norma. ¿Y el consumo de las concesiones de agua? ¿No es costoso? El metro cúbico en Bogotá para los estratos del uno al tres está

hacia los dos mil pesos mientras que Coca-Cola no paga sino setenta pesos por un metro cúbico de agua. Es más rentable en cualquier parte del mundo vender agua que gasolina. El agua se usa para todo. Hay una responsabilidad y tenemos que estar atentos a los cambios de rumbo que tendrá la humanidad ante la escasez de agua por el cambio climático. Hay que hablarlo con los hijos, en las familias, hermanarnos con el agua y no dejarla en manos de los sabios que saben cómo hacer negocios, pero no la cuidan.

¿Y por qué pagan tan poco los grandes concesionarios? Supimos hace poco del caso de Coca-Cola en La Calera, que extrajo cincuenta y seis millones de litros de agua en 2016, por los que pagó seiscientos mil pesos.

MCR: El agua no es un bien privado, pero lo que pagan las empresas y los usuarios no es el valor por el agua sino por el derecho a usarla. La tarifa que se paga es para cuidar la fuente de agua, porque supuestamente lo que se hace con las contribuciones de los usuarios del agua que tienen una concesión es que ese dinero se reinvierte en el cuidado de la cuenca, porque el agua no es un negocio, no es un bien privado. En otros países, como en Chile, donde el agua sí es un bien privado, eso ha causado un desastre monumental, pues hay ríos enteros que están concesionados y se transa el agua con empresas privadas, incluso por encima de la capacidad y el flujo que tenga el río. Pero en Colombia no es así. Nosotros hemos protegido el agua porque aquí hay un movimiento social muy fuerte, preocupado porque el agua siga siendo un bien común. Y aún así nos hemos acostumbrado a comprar agua y, además, a comprar botellas de plástico, a financiar el combustible fósil que se necesitó para sacar esa agua de quién sabe dónde hacia el lugar de consumo. Se trata de una privatización perversa que contamina cuando

compramos agua embotellada. Y hemos aceptado esa privatización comprando botellas de agua en vez de llevar cada uno la suya.

AP: El consumismo nos convenció de que el agua embotellada es más limpia que el agua de los sistemas públicos. En Estados Unidos la privatización comenzó con esta creencia. Por eso es importante que se hable de esto en la escuela y en los hogares; que sepamos, tras hacer pruebas microbiológicas, que puede ser mejor el agua del sistema público que el agua de las embotelladoras.

¿Tiene sentido que esa industria exista? Tendríamos que considerar cómo se valora que en zonas donde no hay agua potable la solución sea tomar agua en botella.

MCR: Cuando se necesita consumir agua embotellada es porque el agua de un territorio ya se la apropiaron de diferentes maneras. Se apropiaron de la calidad del agua y no se consume directamente de la fuente o del distribuidor local, siendo mucho más seguro en apariencia tomar agua embotellada, lo que también me parece una privatización perversa porque se hace por la contaminación para que el consumidor no pruebe el agua local sino un agua que además produce mucha basura.

¿Qué conflictos existen por el agua en Colombia?

MCR: Hablemos de Buenaventura. La gente ha hecho, si no estoy mal, catorce o diecisiete paros por el agua, pues aunque Buenaventura tenga una de las mejores aguas del país, no hay servicio las veinticuatro horas y llega cada dos días. Algo inaudito en una ciudad con semejantes fuentes de agua, como son los nueve ríos que fluyen hacia la bahía de Buenaventura. La razón para que no se tenga agua es porque se ha desviado para los usuarios del puerto, para que los barcos

que llegan con carga puedan tener el lastre necesario cuando van a salir, llenándolos con agua dulce. La prioridad de los puertos es algo histórico en Buenaventura, algo por lo que ha muerto mucha gente, por lo que murió el defensor de derechos humanos Temístocles Machado. Una de sus luchas fue destapar el racismo que hay en el Pacífico, que hace que estas ciudades no tengan acceso al agua.

AP: ¡En Colombia no hay departamento que no tenga conflicto por el agua!

Hablemos de las hidroeléctricas, que se promocionan como una solución para tener una matriz energética limpia, aunque también han generado muchos conflictos.

AP: Lo que se está tratando de imponer en Colombia son las pequeñas centrales hidroeléctricas, que aunque generan emisiones, son menores. Pero esto está ligado a mercados de energía, que se han despojado de cierta soberanía nacional porque dependen de ventas en bolsa. Por eso en Colombia es posible entender por qué se produce energía sin que el precio baje, porque en la empresa productora tienen seguridad en la bolsa energética y saben cuánto vale un kilovatio y cuáles pueden ser las ganancias. Y también está la energía térmica cuando hay escasez de agua, porque el agua mueve turbinas. Así que quiero señalar lo que advirtió Pedro Arrojo Agudo, relator especial de las Naciones Unidas sobre los derechos humanos al agua potable y al saneamiento, en su último informe sobre la financiación del agua, sobre los genios que están poniendo el agua en los mercados de la bolsa y proyectándola hacia mercado futuros. Cuando les den el visto bueno vamos a vender cinco mil metros cúbicos de agua para que una empresa los usufructúe en cinco

o diez años, y que otra empresa, por ejemplo, en Bogotá, diga «está bien, hemos comprado a Cundinamarca diez veces la cantidad que Coca-Cola ha venido comprando». Se va a privatizar el agua. Usaremos una tarjeta como la de Transmilenio para que carguen a las casas cinco mil pesos de agua. Así que los mercados futuros del agua son un problema. Hay varios en el mundo. El primero, aquí en Latinoamérica, fue en Quito. En Colombia hay muchos fondos de agua: treinta y dos de los sesenta y cinco que hay en la región. Y mientras se privatiza el agua, nosotros llevamos una vida normal, de mucho consumo y poca conciencia frente a lo que está sucediendo.

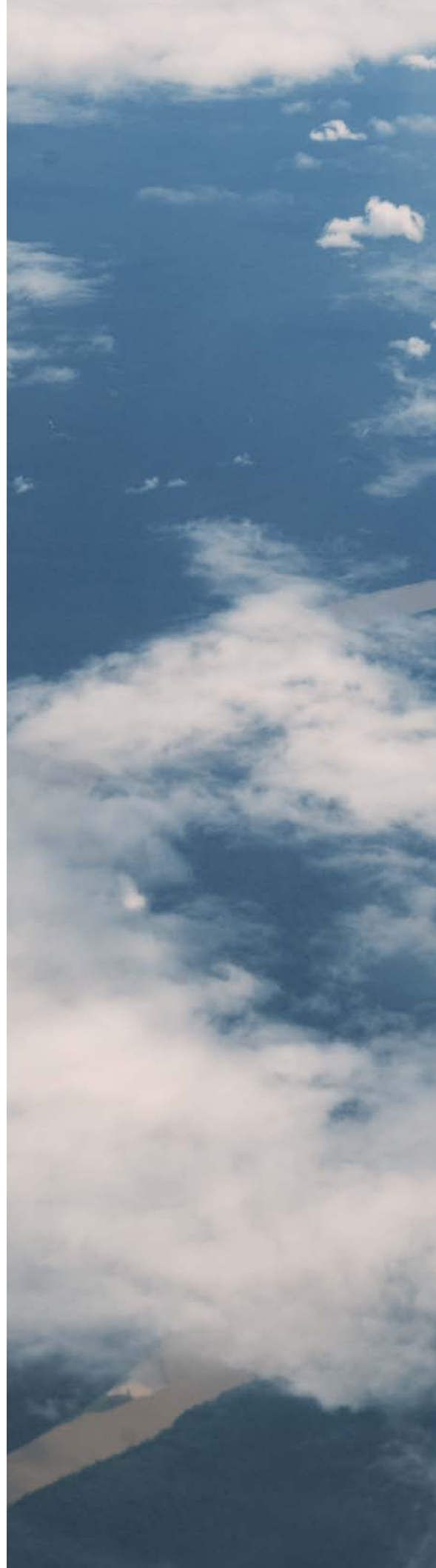
¿Qué experiencias positivas se podrían rescatar con el agua?

MCR: Los acueductos comunitarios. La mejor gestión del agua la hacen estos acueductos. El agua se mueve por la gravedad y suele usarse la que está más cerca. Los

acueductos comunitarios protegen entonces las fuentes de agua, los nacimientos, los arroyos, las quebradas, los caños, los jagüeyes. Son un modelo de gestión que se preocupa por cuidar el origen del agua y por hacernos entender que el agua nos une. Comprender que el agua es la vida nos hace cuidarla y ser éticos recíprocamente con ella: a mí el agua me da, entonces la cuido. Es algo de lo que se preocupan los acueductos comunitarios, de conectar al ser humano y acercarlo a la naturaleza. Pienso entonces en las hidroeléctricas, en la forma como transforman el flujo del agua cuando la represan y la distribuyen. Algo riesgoso porque al represar el agua con estas infraestructuras tan grandes, la gente que queda abajo está expuesta a riesgos muy altos. Tenemos entonces que mirar a esos pueblos que han quedado por debajo de las represas y a los ríos que han perdido su libertad porque están llenos de represas. Sucede con el Amazonas, es algo muy doloroso ver ese río tan grande represado.

p. 32 Mientras los ecosistemas de bosque altoandino y páramo con dificultad cumplen su función de capturar y entregar el agua, las amenazas latentes cada día cierran el cerco paso a paso: potrerización para ganadería, cultivos de papa, urbanización, minería legal e ilegal y bosques de pinos a nivel local. El cambio climático y el calentamiento global hacen lo suyo también. Páramo de Guerrero, Cundinamarca. Foto de **César David Martínez**.

→ Foto aérea del río Amazonas, de **María Andrea Parra**. Mientras se cerraba este número de **GACETA**, debido a las fuertes temperaturas, la falta de lluvias y la disminución del caudal hidrográfico de la Amazonía, el río Amazonas alcanzó su nivel más bajo en los últimos cincuenta años. Sin agua en la Amazonía, los ríos voladores no llegan hasta la región Andina. Los sistemas de conocimientos y los saberes ancestrales realizan trabajos en un esfuerzo por recuperar el caudal original de sus ríos. El territorio está cerca de un punto de no retorno.





Los alfabetos del agua

«Hacer la paz con la naturaleza» es para el pueblo Awá una forma de vida en el departamento de Nariño. Mediante un complejo sistema de sabiduría ancestral, estudian el comportamiento de los ríos para estructurar las leyes de su comunidad.

Mis padres y mis tíos me enseñaron cuando era niño que no se podía gritar en los páramos porque las personas del agua se molestan y envían neblina y lluvia. No en vano, en Nariño es usual escuchar que los ríos y las lagunas tienen ciudades subterráneas en las que habitan sus guardianes y las personas que conocen los alfabetos del agua. Estas historias —en la tradición oral de los Andes, la costa y la ceja de selva del suroccidente colombiano—, recrean los derechos de estos seres y la responsabilidad que contraen aquellos que entran en contacto con las fuentes de agua.

Hace un par de años tuve la oportunidad de retornar a estos conocimientos, que había practicado inconscientemente con mis amigos de infancia en nuestras caminatas al volcán Chaitán (Azufra), cuyo cráter es una laguna verde ubicada a más de cuatro mil metros de altura en mi natal Túquerres. Recordar estos derechos bioculturales, practicados desde tiempos inmemoriales por pueblos indígenas de diferentes latitudes, se dio en el marco del reconocimiento del territorio del pueblo Awá como víctima del conflicto armado en el Caso 02 de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP).

Entre 2021 y 2022, Dejusticia y la Corporación Chacana colaboraron con el pueblo Awá del departamento de Nariño en la construcción de herramientas metodológicas para analizar e implementar la decisión de la JEP. Se trató de una traducción interlegal desarrollada en espacios pedagógicos que incluyeron talleres y la utilización de metodologías de acción participativa para explorar la forma en que se percibían las afectaciones de la violencia desde la jurisdicción indígena y la jurisdicción del Estado.

En compañía de Boris Delgado, con quien crecimos en Túquerres alrededor del agua —lo que nos llevó a recorrer el lago Titicaca en Perú y Bolivia en 2005 y 2016—, nos propusimos develar la forma como se sienten las afectaciones territoriales desde la cosmología awá. Para ello se crearon espacios comunitarios

con el objetivo de identificar cartográficamente las implicaciones del reconocimiento del territorio del pueblo Awá como víctima de la violencia.

Para Delgado, en las tradiciones indígenas *mapear* no es tanto *delimitar* un territorio como recuperar lo intangible, pues trazar mapas es reflejar la esencia anímica y simbólica de un territorio. Llamó a la fusión de lo geográfico y lo emocional *cartografías anímicas*. Trazó un puente entre las afectaciones territoriales causadas por el conflicto armado y su ubicación territorial en términos emocionales —la alegría, el miedo, la tristeza—.

Lo anímico del territorio incluyó caminatas a ciegas, tacto con piedras y reconocimiento de sonoridades bioclimáticas. Delgado analizó la relación entre las marcas territoriales y las referencias bioculturales, lo que siente el territorio con lo que perciben las comunidades. Sus hallazgos muestran que el territorio siente temor y rabia donde se han dado confinamientos, siembra de minas antipersonales y ejecuciones selectivas. Por otra parte, descubrió que el territorio se sana en los lugares donde se sigue practicando la medicina tradicional y donde florece la lengua materna.

Estos ejercicios biosensoriales son típicos del pensamiento awá cuando la posibilidad de hablar con no humanos y espíritus es algo cotidiano. A través de los años, Delgado encontró —o quizás simplemente recordó—, que las leyes del pueblo Awá están profundamente conectadas con los ríos, considerados elementos sagrados que limpian el territorio y aseguran la presencia cultural y espiritual de las comunidades.

La memoria de la niñez de Delgado se recreó a través de la memoria colectiva del pueblo Awá junto al río Vegas, un lugar clave en la cosmología awá, cuyas aguas reflejan su derecho e historia. Cerca al corregimiento de Altaquer, por donde atraviesa el río, las autoridades awá, en un esfuerzo por recuperar el control de su territorio, crearon una cartografía cultural para comprender mejor las dinámicas del crimen y las implicaciones espirituales de la violencia en sus resguardos.

Este tipo de investigaciones, en las que el territorio es el principal protagonista, evidencian que la guerra ha generado graves rupturas en la relación entre los ríos y las comunidades. Las minas antipersonales, sembradas por grupos armados en los caminos que bordean los ríos, han limitado la movilidad y han convertido a los espacios sagrados en lugares peligrosos. La violencia ha afectado no solo la vida física de las personas, sino también su conexión espiritual con el entorno, creando una sensación de miedo y distanciamiento hacia sus fuentes de agua.

Hablando con Floriberto Canticus Bisbicus y Paknam Kima Pái, autoridades del pueblo Awá, conocedores de las fuentes de su derecho propio, pude comprender mejor por qué los ríos son una fuente de

derecho en su jurisdicción. Para los pueblos indígenas el territorio es el principal cuerpo de derecho, pues en su pensamiento y forma de ser no existe la separación entre naturaleza y cultura: las fuentes de su derecho son el producto de la naturaleza y las manifestaciones culturales que surgen en el diálogo entre las comunidades humanas y no humanas de su territorio.

Floriberto y Paknam conciben al gran territorio awá como fuente primaria de su derecho propio integrando sus cuatro mundos cosmogónicos. Su justicia «camina de las raíces hacia arriba», transitando entre el Maza Su=Ishkum Awá —el mundo de abajo o de la gente que come humo—; el Pas Su=Awáruzpa —el mundo donde viven los inkal Awá—; el Kutña Su=Irittuspa —el mundo de los muertos—, y el Ampara Su=Katsamika —el mundo de los dioses—.

En este tiempo y espacio, la jurisdicción awá abarca lo no humano, lo humano y lo espiritual, integrados en el *Katsa Su*. Para aplicar su derecho, las autoridades del pueblo Awá deben conocer las leyes que rigen sus cuatro mundos y observar las contingencias de un conflicto armado. Según Paknam, la conexión de estos cuatro mundos le da vida al sistema jurídico Attim Awá, configurando, desde mi punto de vista, una teoría territorial indígena en la que lo jurisdiccional es un saber práctico.

En la cosmología awá lo jurídico se aplica interpretando el comportamiento de los ríos como fuente jurídica para establecer leyes territoriales. Así, las resonancias entre la naturaleza y la cultura dan a luz derechos bioculturales afincados en la vida de las comunidades. Según Floriberto, «Attim Awáruzpa Katsa» se traduce como Gran Territorio Ancestral de la Nación Awá, son espacios de vida Attim Awá (persona originaria: “Attim” significa ‘originaria’ y “Awá” significa ‘gente’ o ‘persona’), también autodenominados inkal Awá (gente de la selva o montaña). El territorio es símbolo de armonía y equilibrio con los cuatro mundos (Ampara Tit Su)».

El «Attim Awá» tiene varios significados. Según Paknam, se traduce como «derecho mayor» o «derecho propio». En este sentido se puede establecer una relación directa entre el gran territorio (Attim Awáruzpa Katsa Su) y los espacios de vida en los que habitan las personas originarias (Attim Awá). De forma tal que el derecho no solo habita en las personas de los cuatro mundos, sino que es además su manifestación práctica o jurisdiccional. El *Katsa Su*, que se divide en cuatro espacios con sus propias leyes, tiene directrices compartidas para lograr el buen vivir (Wat Uzan) del territorio.

«Ish kum Awáruzpa Su» es el mundo subterráneo de los seres Ish kum Awá o personas pequeñas que comen humo, entre ellas, las lombrices (pantuz), los comejenes (uramtuz), los armadillos (utamtuz), las hormigas (imtuz) y las hormigas arrieras (kukin). Este «Su», entre otras, establece leyes de derecho

propio en el trato entre las personas humanas y las personas animales, y entre las personas humanas y las personas de los otros reinos de la naturaleza como los vegetales y los hongos. Igualmente, leyes de convivencia y unidad política que transmiten las personas pequeñas de este mundo a las personas de Awaruzpa Su.

«Awaruzpa Su» es el mundo de los Attim Awá, que incluye a los humanos y a todas las personas de la naturaleza, entre otras, la gente árbol (Katparuz, Tiruz Awá), la gente piedra (Katsa Uk Awá), la gente río (Pi Awá), la gente de la selva y la montaña (inkaltas Awá), la gente lluvia (Atu Awá), la gente nubes (Wanish Awá), la gente agua (Kuazi Awá), la gente viento (Inkua Awá), la gente arcoíris (Pikamta Awá) y los espíritus de la montaña (inkaltas Izputtuz). En este «Su» se establecen leyes ambientales y de

«Su Sakattuzpa Su» es el espacio de los seres supervitales de los mundos del *Katsa Su*, entre ellos, la gente sol (Pā Awá), la gente luna (Patapcha Awá), la gente estrella y los astros (Kimpāruz Awá), la gente trueno (Ippa Awá), la gente arcoíris (Pikamta Awá) y de aquellas personas que se transformaron en seres espirituales (izput). El ordenamiento del cosmos enseña las leyes de la siembra y la cosecha, del arte, la arquitectura y la crianza de la vida en general.

Los ríos son una de las fuentes más importantes de derecho propio del pueblo Awá al conectar los cuatro mundos del *Katsa Su*. Por esto se da la continuidad de los ciclos hidrológicos de evaporación oceánica, el intercambio de humedad entre las nubes y la selva, y la formación de los llamados «ríos voladores», que evocan su ley natural y se materializan en la búsqueda del equilibrio ecológico. En la cosmología awá, el mundo



convivencia para mantener el equilibrio del *Katsa Su*, entendiendo que la cultura de la gente de la selva y la montaña puede dialogar con la cultura de las otras gentes que habitan el territorio. Aquí aparecen, entre otras, las leyes del agua, de la música, del relacionamiento con los espíritus, los alimentos, las aves y los insectos.

«Irittuzpa Su» es el mundo en el que habitan los muertos (seres katpa y Attim Awá) y desde el que se establecen las leyes del *ethos* del pueblo Awá para transmitir los conocimientos culturales de generación en generación, las formas para fortalecer la soberanía alimentaria y, por tanto, del sistema económico propio, el robustecimiento de la autodeterminación política y la integración del mundo espiritual del conocimiento de la vida y la muerte como ciclos complementarios que permiten construir una sociedad más justa y equitativa.

no humano también tiene cultura, de forma tal que antes de ejecutar cualquier acción en una fuente de agua se debe pedir permiso.

Esta realidad es un llamado a promover la interdisciplinariedad en el trabajo de la JEP. La guerra es violenta tanto para el ecosistema como para el cuerpo y el ánimo. La ecología, por su parte, debe impactar las teorías del poder, de la raza y del colonialismo. Si bien es importante que la JEP investigue los móviles económicos y militares que provocaron delitos contra la naturaleza, no es menos importante que avance en determinar cómo los actores armados entendieron la relación entre los pueblos indígenas y su territorio.

En agosto de 2022 coincidí con Paknam, Floriberto y Delgado durante una semana en la comunidad kankuama de Chemesquemena, en la Sierra Nevada de Santa Marta. Durante las mañanas y las tardes compartíamos espacios pedagógicos en un curso

de consulta previa de Dejusticia con pueblos indígenas de diferentes regiones del país. En las noches, las autoridades del Corazón del Mundo que asistían al evento nos propusieron analizar las sesiones del día en sus kankurúas, casas ceremoniales para compartir la palabra. Según nos dijeron, una traducción sencilla de sus fuentes de derecho se podría resumir en hacer la «paz con la naturaleza».

Para el pueblo Awá, hacer la «paz con la naturaleza» ha sido una forma de vida aplicada desde una justicia multiespecie para la que el cuidado de la naturaleza es un requerimiento de justicia social que supera los legados generacionales del colonialismo y el racismo. Esto es algo central para comprender con una distancia crítica el reconocimiento de los derechos de la naturaleza, toda vez que no todas las personas han sido tratadas como completamente humanas ante la ley.

de interdependencias ecológicas. En tal sentido, las agencias de los reinos multiespecie implican compromisos creativos de dignificación recíproca. Por otra parte, los textos de la jurisdicción awá suponen un entrelazamiento de voz y escritura que produce relatos en imágenes, diseños, pinturas y notaciones musicales.

En la jurisdicción awá el *Katsa Su* es un espacio donde los impactos anímicos de la guerra podrían sanarse si sus comunidades tuvieran la posibilidad de seguir armonizando sus prácticas culturales con su cuidado. En cada paso, en cada suspiro, el *Katsa Su* revela sus misterios. Los ríos cuentan historias milenarias, las montañas resplandecen con las sabidurías ancestrales y el subsuelo esconde secretos que solo los corazones atentos pueden descubrir. En estos sitios, considerados sagrados, las autoridades tradicionales develan los principios de su derecho propio.



La relación entre la naturaleza y la cultura, y la proyección de derechos bioculturales, suponen la necesidad de volver a las enseñanzas de las primeras luchas ambientales. Al mismo tiempo que pueblos enteros eran afectados por las industrias extractivas dejando a sus comunidades en riesgo de exterminio, se generaban metodologías de investigación para sobreponerse a su desaparición. Ese es el caso del pueblo Awá, que en la estructuración del informe de *Ecologías de la guerra* nos enseñó a reflexionar y a soñar con la perspectiva de sus cuatro mundos.

Sin embargo, no debemos olvidar que uno de los desafíos más apremiantes de los estudios multiespecie es el riesgo de ventriloquía, que en este caso va más allá de las críticas a la antropología y a la etnografía por hablar en nombre de los otros. ¿Quién podría hablar por los ríos? Por un lado, la jurisdicción awá practica sus relaciones sociales y jurídicas en el marco

La «paz con la naturaleza» precisa alianzas estratégicas entre indígenas y no indígenas; entre mujeres de diversos movimientos sociales, artistas interdisciplinarios e intelectuales interculturales. En la jurisdicción awá, la relación entre dos o más factores sociales se aplica a sus mundos cosmológicos al considerar la afectación mutua entre dimensiones que van más allá de lo humano. En el caso particular del Caso 02 de la JEP, esta relación, según el líder awá Floriberto Canticus, no solo une el mundo de la naturaleza con el de la cultura, sino también la materialidad con los sueños.

↑ *La Llorona* (2013). Siguiendo este viejo relato colombiano, la artista **María Isabel Rueda** construye una secuencia de visiones oníricas, inquietantes y misteriosas en torno a una madre que llora desesperadamente a sus hijos y los busca en las aguas de un río que baja de la Sierra Nevada de Santa Marta, ese lugar que alberga las nieves perpetuas y que es la madre de todo.



El agua potable

Con base en dos entrevistas hechas por Amparo Cadavid en 2021, Beleño Belaides narra su historia como campesino, líder social y minero de la serranía de San Lucas. GACETA presenta una versión de este testimonio, publicado originalmente en *El libro del agua del sur de Bolívar* (2024). Menos de una semana después de conocerse su texto, Beleño Belaides fue asesinado.

En las cimas de la serranía de San Lucas hay yacimientos de agua enormes que a uno lo rejuvenecen cuando se sienta a mirarlos por horas. La contaminación está abajo, a kilómetros de estas fuentes, porque en ellas no se permite ninguna labor. El agua que se utiliza en todos los asentamientos baja de este sector. Son fuentes totalmente limpias, como lo demostró el estudio que hicimos hace más de quince años con el profesor Jesús Olivero de la Universidad de Cartagena, sobre la contaminación de las aguas en varios lugares del departamento de Bolívar por el impacto del mercurio en las ciénegas de la serranía y cerca de Cartagena.

La incidencia de las organizaciones sociales en el territorio ha sido notoria. En el área de la Federación Agrominera del Sur de Bolívar hasta el momento no ha trabajado la primera retroexcavadora. Se puede decir que el impacto es por los pequeños mineros, pero en el río Boque no hay ninguna organización social que haya impedido el trabajo de las retroexcavadoras y por eso está vuelto nada desde su nacimiento hasta donde muere. ¡Nadie se ha interesado en proteger eso y menos las autoridades militares! ¡No lo van a hacer! La federación lo denunció cuando había quinientas retroexcavadoras en la serranía de San Lucas. Denunciamos con coordenadas de cada una de las «retros» y ninguna autoridad hizo nada. La retroexcavadora no es una máquina que la pase una persona en un bolsillo: las pasan en tractomulas por las cabeceras municipales y se consumen cientos de galones de combustible diarios que salen de los municipios, pero nadie hace nada. Hay una complicidad de parte de las autoridades existentes para lo que ha sucedido en la serranía de San Lucas con respecto al agua y la contaminación de sus fuentes.

El bosque y las minas

Hace quince años se establecieron unas leyes agromineras que no eran de la federación, sino de la región; eran como la constitución de la región por la cual tenía

Narciso Beleño Belaides
(q. e. p. d.)

que regirse cada habitante. Tuvimos problemas con eso por el tema jurídico porque tenía que ser redactado por abogados expertos y, con la persecución, las organizaciones sociales hemos abandonado un poco esa propuesta por los aspectos jurídicos. Esas leyes señalaban que en la serranía de San Lucas no se podía avanzar en la frontera minera y se establecía que en las áreas que ya habíamos intervenido, fácilmente y bien trabajada la minería, se podría producir por doscientos años sin que se tocara un centímetro de bosque.

Algunas organizaciones, como la nuestra, decidieron que no se tumbara un metro más. Las áreas que se intervinieron son las que se pueden seguir explotando, pues la federación prohíbe el trabajo minero en el territorio donde está.

¿Reserva forestal o económica?

La Ley 2.^a de 1959, que declara la Zona de Reserva Forestal del Río Magdalena (ZRFRM), fue una idea de los políticos de esa época y abarca gran parte del territorio de la serranía de San Lucas. A partir de la cota 200 todo terreno es reserva forestal. Eso no ha servido de protección para la serranía porque se encuentran fincas desde aquí de Santa Rosa hacia arriba que tienen propiedad legítima, no propiedad legal, porque está la Zona de Reserva de Ley 2.^a. Y hay cientos de hectáreas que fueron deforestadas en su tiempo y hoy son fincas. La ZRFRM ha impedido que el campesino pueda tener la propiedad de su finca y que tenga créditos para mejorar su producción.

Por ejemplo, en Santa Rosa hay una pequeña ganadería, tiene cacao y café desde hace varios años, pero ningún campesino puede acceder a un crédito por estar en la Zona de Reserva.

En cuanto a la minería, levantar la reserva forestal de una hectárea vale mucho y eso impide que un pequeño minero pueda solicitar un área al Ministerio de Minas para trabajar en la ZRFRM. Sin embargo, las grandes empresas sí lo pueden hacer. En el tema de la protección no es una gran ventaja la existencia de una Zona de Reserva Forestal. A pesar de eso, cada comunidad tiene miles de hectáreas que protegen, se hayan declarado sitios sagrados o se hayan declarado zonas de no labores mineras y agrarias.

Haciendo una comparación de la deforestación en el tiempo podría decirse que de lo que se encontró a comienzos de los años noventa, en la zona de la federación, se ha deforestado un 15 %, pero desde hace quince años esta deforestación paró en nuestras zonas.

Si destruimos el territorio, ¿a qué vida digna nos estamos refiriendo? ¿Cómo vamos a permanecer en él si ni siquiera tenemos el agua que es vital para vivir?

Quien tiene la culpa es quien entrega la riqueza

Hace doce años parte de la Teta de San Lucas se le había dado en concesión a la empresa San Lucas Gold, por lo que hubo una confrontación muy grande entre la Federación y el Ministerio de Minas. Quien tiene la culpa es quien entrega la riqueza, no quien la pide. Este es un patrimonio nacional que hay que cuidar. Y no se puede entregar en concesión para que en treinta años lo destruyan. Una concesión de explotación minera que involucra maquinaria pesada y producción a gran escala es destructora, acaba con la montaña en muy poco tiempo y tenemos que evitarlo.

Prohibimos que se tumbara montaña a cinco kilómetros de la Teta. Es decir, colonizar una finca, tumbiar, quemar y sembrar está totalmente prohibido. Pero parte de la Teta ha sido dada en concesión. ¡Así que nosotros cuidando y el Estado entregando a quien pida lo que nunca se debía entregar!

Existen otras concesiones para explotación minera en la serranía. Una de ellas es de la Anglo Gold, que aparece como La Quedada. Según ellos, es una empresa colombiana muy pequeña que se formó con un capital de doscientos mil dólares, como aparece en los papeles. Al principio conversaron con nosotros. Decían que si les cedíamos el 100 % de las áreas que tenía la federación, recibiríamos el 10 % de las utilidades que produjera la compañía anualmente, pero que teníamos que aportar el 10% de la inversión que se necesitara para la prospección, la exploración y el montaje de esa empresa.

Nos dimos cuenta de que La Quedada era una rama de la Anglo Gold Ashanti, la tercera empresa más grande del mundo en la minería del oro. Allí comenzó el rechazo de esa compañía en la región, la cual tenía quinientas mil hectáreas en la serranía de San Lucas. Rompimos relaciones con ellos y las comunidades rechazaron su presencia en el territorio. Nunca hubo amenazas, ni violencia, pero sí un rechazo manifiesto a la presencia de una gran compañía.

Ecología vs. corrupción

Lamentablemente no se puede negar la corrupción que hay en Colombia y que es grandísima y afecta a la Corporación Autónoma Regional del sur de Bolívar. Hay muchas autoridades que nos visitan, otras envían a sus funcionarios al territorio y ahí es donde está el quiebre: nadie dice la verdad, se dejan sobornar, piensa uno, y la cosa queda ahí.

Parece ser que desde la corporación se destinaron unos recursos para hacer un estudio de mitigación de los impactos que hemos hecho. En sus laboratorios se identificaron algunas plantas que pueden atrapar el mercurio que está regado y se hará

p. 44 Stills de la obra *Línea del destino*, 2021, de Óscar Muñoz.

pp. 48-49 Río Apaporis en la desembocadura del Cananari, Vaupés. Foto de María Andrea Parra.

un piloto para saber si esto funciona o no. Nos tenemos que poner de acuerdo para empezar a trabajar. Aunque el exceso de dinero en la serranía ha traído grandes males...

El asesinato de una niña evangélica

Nosotros nos opusimos a la existencia de los sitios de prostitución en la serranía. Durante mucho tiempo no dejamos construir casas de prostitución. Pero en los sitios donde hay mucho dinero ocurre esto. La serranía de San Lucas ha tenido el infortunio de ser una región muy rica que ha manejado dos mercados que generan recursos: la coca y la minería. Hay otros lugares donde hay grandes empresas patrocinadas por paramilitares como en Norosí, Buena Señá, la parte alta de Río Viejo, en toda esa zona hay mucha prostitución. En el sector de nosotros también. Y eso lleva a que muchas niñas caigan. Asociado a esto está la drogadicción. Los jóvenes, los niños y las niñas son seducidos por personas mayores y los inducen a la prostitución. A nosotros nos asesinaron a una niña, hace cuatro años, y el crimen quedó impune. Era una niña evangélica, estudiante de Santa Rosa. Los rumores dicen que miembros de su familia que pertenecían a la asociación de Mina Caribe decomisaron una droga que iba a ser distribuida en el sector y que por venganza mataron a la niña sin que tuviera que ver en el asunto.

Hoy es casi imposible impedir la prostitución en nuestra zona porque hay manos metidas de gente que no es de la región y esto es un buen negocio para ellos. Por eso en los centros coqueros y en los grandes centros mineros hay prostitución, muchas veces juvenil e infantil. Es uno de los grandes problemas que enfrenta nuestra organización, pero no podemos solos. Hasta hablar de esto públicamente es un riesgo que uno se echa encima.

El caudal de la coca

Es triste decirlo, pero en las zonas donde las organizaciones sociales no tienen influencia, la deforestación sigue por la siembra de coca. Duele, pero es así. Es un asunto difícil de enfrentar cuando se trata de gente que viene de otros lados. Aunque también hay campesinos de aquí que están sembrando coca. Pero en su mayoría es gente que viene desplazada de otros territorios. Son mafias que se dedican a eso y están deforestando para sembrar coca.

Creo que la serranía de San Lucas en su totalidad no alcanza al 20 % de deforestación, pero si el tema cocalero sigue avanzando, el desastre en la serranía va a ser enorme. En la minería todas las comunidades de pequeña minería tomaron la decisión de no avanzar la frontera minera. Pero está la coca. Y que esto tenga solución no está en manos de las organizaciones sociales, porque estamos hablando de grupos armados que manejan ese negocio y facilitan las condiciones a los campesinos dándoles recursos para hacerlo.

En el territorio hay dos cosas que suceden por la siembra y el manejo de la coca. A los pequeños campesinos que sembraban plátano o yuca, a quienes la sacada de la cosecha de la finca y su comercialización no les dejaba casi nada de ganancia, les ofrecían sembrar coca para mejorar sus ingresos y las dos hectáreas que tenían de plátano ahora son de coca. Y en los territorios más o menos extensos que son de las mafias que llegan de afuera —aunque también hay gente de la región—, tienen sembradas veinte o treinta hectáreas de coca y esto es la causa de la deforestación. Tienen distintas formas para camuflarse. No siembran las veinte hectáreas juntas, sino que las dividen en diez sectores y eso confunde mucho porque son cultivos pequeños que parece que fueran de campesinos, pero al final uno solo de ellos tiene veinte, treinta o cuarenta hectáreas.

El Gobierno hizo algunos acuerdos con los campesinos en el marco del Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos Ilícitos, que exigía que ellos cambiaran sus sembrados de coca por sembrados de otras especies de alimentos tradicionales de la región. En ese entonces los beneficiarios del programa no podían tener más de dos hectáreas sembradas de coca, porque el campesino no tiene capacidad para sembrar más de eso. El problema fue que el Gobierno no cumplió la parte de esos acuerdos y el minero y el campesino volvieron a sembrar coca para sobrevivir. Y en esos territorios donde se siembra coca la violencia es tenaz porque todos los grupos que están en la región entran a disputarse el territorio por las ganancias económicas. Pero para el campesino las ganancias con la siembra de la coca son mínimas. Quienes ganan realmente son los poderes que comercializan la coca a escala internacional.

En síntesis, hay que anotar estos dos aspectos en el tema de la coca: el aumento de la violencia y la falta de interés del Gobierno para sustituir los cultivos. Además, hay que tener en cuenta que hay un reemplazamiento permanente en la región con personas que quieren sembrar coca, y quien se oponga es su enemigo. Por eso la solución a este problema no está en manos de las organizaciones sociales: nosotros no tenemos armas y esta gente utiliza armas para imponer sus intereses. Es un tema espinoso que toca los intereses de mucha gente.

Si usted quiere sembrar, bueno, en media hectárea siembre, no necesita más, no necesita tumbar diez hectáreas de montaña. Si usted quiere hacer minería, haga minería, pero no la haga al lado de la quebrada porque contamina el agua. ¿Tiene que usar químicos? Bueno, pero tiene que usarlos con cuidado para que no lleguen a las fuentes de agua.





La trama de la vida

En un contexto social en el que se busca con desespero la expansión del capital no hay espacio para la vida. La eliminación de nuestro rededor en beneficio del crecimiento económico ha puesto en riesgo, entre muchos otros bienes naturales, el agua. ¿Estamos dispuestos a sacrificarlo todo por ello?

¿Cómo se podría definir la relación que tenemos actualmente los seres humanos con el agua?

Se puede englobar en la relación que tenemos con el resto de la trama de la vida: una relación de conflicto. Pero decir «los seres humanos» es muy amplio; en realidad, no todos los seres humanos tenemos esta manera de acercarnos a la vida. Hay pueblos y comunidades que histórica y ancestralmente han tenido una buena relación con la naturaleza. Son más bien las sociedades construidas bajo el prisma y la lógica de la mirada capitalista las que terminan estableciendo una relación conflictiva con el agua, con el oxígeno, con la naturaleza y, en general, con toda la trama de la vida.

El problema que tenemos es que el capitalismo se ha convertido básicamente en una especie de fundamentalismo religioso, ofreciendo una lógica sacrificial con tal de que la economía crezca. Después de unos siglos de funcionar bajo esta lógica, sobre todo desde las economías occidentales, nos encontramos ante una profundísima crisis ecosocial, representada con claridad en una crisis del ciclo del agua. Estamos ante el declive de las energías fósiles y minerales debido a una dinámica de extractivismo brutal. Enfrentamos el calentamiento

global, que no es más que el cambio en las reglas del juego que organizan todo lo vivo. Está en riesgo el conjunto de la vida y también, obviamente, la vida humana.

Usted misma ha dicho que pareciera que los humanos estamos dispuestos a sacrificarlo todo con tal de que la economía crezca... En contravía han surgido diferentes movimientos y teorías que hablan de «decrecimiento». ¿En qué consiste el decrecimiento y cómo puede llevarse a cabo?

El decrecimiento no es una propuesta política, tampoco es una propuesta ética, es simplemente el contexto material en el que sí o sí se va a desenvolver la vida. No la de las ocho mil millones de personas que habitamos en este planeta, sino la de todo el resto del mundo vivo que, quieran o no, va a vivir con menos energía, menos minerales, menos recursos de la tierra, menos tierra fértil. El capitalismo ha deteriorado toda la base material y ha agotado una buena parte de esos bienes finitos. Por tanto, el decrecimiento no es, como digo, una propuesta política, sino el contexto en el que se va a desenvolver la vida en común. La clave es cómo vamos a afrontar ese contexto. Si se lo dejamos al mercado, la lógica es muy simple: quien tiene dinero para

pagar lo que desea, lo consigue, y quien no tiene dinero para pagar lo que desea o necesita, se queda sin ello. Si se lo dejamos a ese mercado con una política y corte, digamos, neoliberal y colonial, lo que sucede es que nos abocamos de forma directa a que se instalen sociedades con organización fascista en las que aquellos sectores de la población protegidos por el poder económico, político y militar satisfacen sus deseos, mientras que el resto de la gente se va quedando en los márgenes de la vida.

Ahora, ¿cómo decrecemos si el propósito fuera sostener vidas dignas y decentes para todo el mundo? Tenemos que pensar en dinámicas de redistribución de la riqueza, políticas que garanticen la cobertura de las necesidades y condiciones de vida a todas las personas y en una organización de la vida en común basada fundamentalmente en la prioridad de sostener vidas dignas para todas. El decrecimiento muchas veces se ha organizado bajo el lema de vivir bien con menos; pero resulta que mucha gente no puede vivir con menos, que lo que realmente necesita es más y, por tanto, la clave es cómo se reparte lo que hay y cómo se hace que aquellos sectores de la población, que llevan siglos consumiendo mucho más de lo que hay en sus propios territorios, aprendan a vivir con lo que pueden proveer sus propios territorios.

¿Qué tiene que ver el agua en todo esto?

El agua es un bien absolutamente imprescindible para que exista la vida. Nuestro cuerpo está compuesto en un 65 % por agua, si nos escurren queda bastante poquito. Pero no solamente es que nuestro cuerpo esté compuesto por agua, es imposible pensar en la producción de alimentos sin agua, es imposible pensar en la fabricación de un par de pantalones sin agua. Es imposible pensar en actividades diversas, como pueden ser la agricultura, el

turismo o la industria, sin agua. No hay vida humana posible sin agua. En realidad, no hay ningún tipo de vida posible sin agua. Por tanto, en un contexto de cambio climático en el que en muchos lugares la disponibilidad del agua decrece, nos enfrentamos a que no esté fácilmente disponible ni para las actividades humanas ni para las personas. Pongo por ejemplo España: el sur y el este de la península ibérica se están desertizando a pasos agigantados y el norte del país está adquiriendo una dinámica mediterránea. Allí tenemos una economía que usa el agua de una forma despilfarradora. Se han construido campos de golf en lugares que son verdaderos seccarrales. Hay territorios en donde se ha instalado un cultivo de regadío en zonas que históricamente fueron de secano, donde, por ejemplo, nunca hubo problemas para cultivar aguacate, pero debido a la demanda de los países enriquecidos, de repente se instala un monocultivo de aguacate tan grande que comienzan a presentarse problemas por el acceso al agua.

Este contexto irracional de uso del agua pierde de vista el hecho de que el agua se organiza en un ciclo que, aunque sea renovable, no se renueva a la velocidad que le gustaría al metabolismo agrourbano industrial. Entonces se da una tensión, un conflicto entre la naturaleza y la vida humana, entre sociedades humanas, entre pueblos, países y

comunidades que vamos a tener que abordar, por las buenas o por las malas. Por las buenas es con un diálogo que permita pensar cómo usar una fuente como el agua de una forma racional y justa. Por las malas quiere decir que, aquellos que tienen poder político o militar, se van a adueñar de las fuentes de agua, dejando a otros pueblos, a otras personas sin ella.

¿Cómo podemos, quienes estamos inmersos en estas dinámicas –porque al fin y al cabo la mayoría de nosotros vivimos o hemos vivido en centros urbanos inmersos en este tipo de dinámicas capitalistas–, ver más allá de esta realidad e imaginar un futuro diferente?

Una cuestión absolutamente clave es mirar la realidad cara a cara. Cuando se habla de decrecimiento, los sectores políticos progresistas de izquierda prefieren callar, prefieren no hablar de decrecimiento porque dicen que la gente, cuando tiene miedo o cuando se agobia, se despolitiza. Yo creo que sucede todo lo contrario: tengo bastante confianza en la inteligencia de las personas y en su capacidad de ver las cosas. En mi experiencia, cuando la gente ve que un bien como el agua, que todo el mundo sabe que es absolutamente crucial, escasea o está en riesgo, es mucho más proclive a poner en marcha dinámicas que protejan esa fuente.

Este contexto irracional de uso del agua pierde de vista que el agua se organiza en un ciclo que, aunque sea renovable, no se renueva a la velocidad que le gustaría al metabolismo agrourbano industrial. Entonces se da una tensión, un conflicto entre la naturaleza y la vida humana, entre sociedades humanas, entre pueblos, países y comunidades que vamos a tener que abordar, por las buenas o por las malas. Por las buenas es con un diálogo que permita pensar cómo usar una fuente como el agua de una forma racional y justa. Por las malas quiere decir que, aquellos que tienen poder político o militar, se van a adueñar de las fuentes de agua, dejando a otros pueblos, a otras personas sin ella.

Todo esto supone un conflicto entre quienes se apoderan de lo que es de todos y todas y se benefician económicamente con ello. Es absolutamente necesario que, desde la política pública y también desde la gente, nos organicemos en movimientos sociales y que se hable de estas cuestiones y se expongan con toda su crudeza. Hay que decir que, afortunadamente, una buena parte de la gente ya es bastante consciente de ello, aunque no le sepa poner un nombre o no lo sepa explicar con nitidez, pero intuitivamente sabe que tenemos un problema.

Otro elemento es educativo, y no me refiero a educativo solamente en el plano escolar. Hay una cuestión clave que es la de recuperar, sobre todo en los entornos urbanos, la conciencia de que los humanos somos seres radicalmente codependientes. Es decir, no podemos vivir al margen de lo que la naturaleza produce. Somos seres interdependientes que no pueden vivir en solitario, que necesitan de la comunidad para poder mantener la vida. A partir de esa conciencia sí que podemos empezar a imaginar, a tratar de ver un futuro diferente. Hay que construir una esperanza activa que se cimenta cuando imaginamos el futuro y nos ponemos en marcha hacia él con pasos concretos, pequeños.

Usted ha escrito en sus libros que necesitamos recuperar mitos y ficciones para componer un relato cultural más armónico con la materialidad humana y nuestra relación con la naturaleza. ¿De qué ideas deberíamos alimentarnos para construir ese nuevo relato?

Hay que recuperar la conciencia de que formamos parte de la trama de la vida. La cultura occidental ha aprendido y ha enseñado a mirar el planeta y los cuerpos que lo habitan desde la exterioridad, desde la superioridad y desde la instrumentalización, como si la

vida humana no formara parte del resto de la trama de la vida, como si fuera más importante o moral y políticamente superior del resto de la vida; o como si el resto de la vida, el resto del mundo vivo y los materiales y la energía fueran meros instrumentos al servicio de ese ser humano occidental. Esa arrogancia que nos ha hecho pensar que flotamos por encima y por fuera de la tierra y de los cuerpos

violencia terribles. Esto ha generado una dinámica de ecocidio y genocidio en los territorios.

Se trata de una forma de entender el conocimiento y la ciencia basada en la lógica del dominio. Es decir, había que conocer para dominar la tierra y a otros seres vivos. Todo esto se envuelve en una dinámica que supedita el beneficio a una idea de progreso que ha estado basada en



Yayo Herrero es antropóloga, ingeniera, profesora y activista ecofeminista española. Foto de Lina Rozo.

ha estado sostenida sobre una serie de ficciones. Una de ellas tiene que ver con la colonialidad: la cultura capitalista no hubiese sido posible de no ser por una dinámica de saqueo que empezó hace ya varios siglos con la invasión de lo que hoy llamamos continente americano y que continúa, a mi juicio, hasta el día de hoy, con una fuerza y una

una ilusión de falsa emancipación: la posibilidad de vivir emancipados de la tierra, de nuestro propio cuerpo, de sus límites y de su final, que es la muerte. Así, vivimos de alguna manera también emancipados del resto de las personas.

Esto se organiza con una lógica patriarcal que se instala sobre una especie de fantasía de la

individualidad: la creencia de que los seres humanos somos seres individuales. Esto solo se puede mantener y sostener cuando se esconde, se somete y se invisibiliza el trabajo de muchos seres vivos que son los que sostienen la vida. Esta es una lógica de muerte y necesitamos una lógica de la vida.

Un nuevo relato supone reconocernos como seres vulnerables cuyas necesidades no se pueden satisfacer si no es insertos en sociedades y en organizaciones que son colectivas, tal y como lo es la trama de la vida. Debemos luchar contra la ficción de la fantasía de la individualidad, luchar contra la ficción de vivir por fuera y por encima de la naturaleza y luchar contra la ficción de ser seres autónomos que no necesitan a nadie. A partir de ahí podemos generar otro marco de relación, otra forma de entender los mitos, de entender los relatos, de entender la cultura.

¿Qué es el «ecofeminismo» y cómo se relaciona con el agua?

No es más que un movimiento social y una corriente de pensamiento que se hace fuerte o se nutre a partir, precisamente, de la consciencia de que la vida humana es una vida ecodependiente. Las miradas ecofeministas, que son diversas, se nutren de ámbitos sociales, como pueden ser el de la ecología y la política. Muchos pueblos originarios saben que no es posible vivir sin naturaleza, que no hay tecnología ni economía que se pueda mantener al margen de la naturaleza. Es decir, nadie puede reproducir el agua o fabricar energía; podemos generarla en una central nuclear, pero previamente hará falta uranio. Podemos generarla en una refinería de petróleo, pero previamente hará falta el petróleo. Al petróleo o al uranio no los fabrica nadie, simplemente se extraen del suelo. Por tanto, las miradas ecofeministas son muy conscientes de esa

ecodependencia y de esa sujeción de la vida humana a los límites físicos de la tierra. Pero esa mirada codependiente es también consciente de que los seres humanos nacemos medio crudos. Que para poder ser y convertirnos en seres medianamente autónomos hace falta una enorme cantidad de atención y de cuidados, de afectos y de conocimientos proporcionados por otras personas. Una criatura recién nacida no sobrevive a sus primeros años de vida si nadie la cuida, luego crecemos y nos olvidamos de eso, pero volvemos a encontrarnos esa dinámica en el momento de la vejez. Esa atención a los cuerpos vulnerables y finitos ha sido proporcionada mayoritariamente por mujeres a lo largo de toda la historia, no porque las mujeres estemos mejor dotadas para ocuparnos genéticamente de otros cuerpos, sino porque vivimos en sociedades patriarcales en las que la obligación del cuidado de los individuos se asigna de forma no libre a las mujeres, quienes se ocupan de unas tareas invisibles, muchas veces despreciadas por la economía, a pesar de que se trata de tareas que, si dejaran de hacerse, directamente impedirían la reproducción de la vida. Esto repercute en la propia reproducción capitalista: su precondition es la producción de vida y la producción de vida la realiza la naturaleza en sus ciclos naturales. La mirada ecofeminista dice: «Ojo, somos ecodependientes y somos

Un nuevo relato supone reconocernos como seres vulnerables cuyas necesidades no se pueden satisfacer si no es insertos en sociedades y en organizaciones que son colectivas, tal y como lo es la trama de la vida. Debemos luchar contra la ficción de la individualidad, luchar contra la ficción de vivir por fuera y por encima de la naturaleza y luchar contra la ficción de ser seres autónomos que no necesitan a nadie. A partir de ahí podemos generar otro marco de relación, otra forma de entender los mitos, de entender los relatos, de entender la cultura.

interdependientes y, por tanto, necesitamos construir sociedades dignas en donde la vida se viva bien». Muchas de nuestras sociedades no tienen en este momento como principal propósito el sostenimiento de vida digna, pero sí tienen como principal propósito el crecimiento económico; y este, con demasiada frecuencia, se hace precisamente a costa de la vida digna; la convierte en un subproducto del crecimiento económico.

En Colombia suele repetirse la frase, que además está dentro de este número de GACETA, de que somos un país que se ha desarrollado de espaldas al agua. ¿Es lo anterior un rasgo cultural? ¿Colombia es un caso único al respecto?

Conozco muchas ciudades y pueblos que se han construido, por así decirlo, de espaldas al agua. Mi ciudad, Madrid [España], ha empezado a mirar el río Manzanares, que es un río muy humilde y muy pequeño, realmente hace muy poco tiempo. Es una ciudad brutal, enorme, que si tuviera que pivotar sobre el agua que la atraviesa, sería absolutamente inviable. Las ciudades hoy consumen una enorme cantidad de agua que no se produce dentro de la propia ciudad, y tiene que ser traída de otros lugares. Esto pasa exactamente igual con los alimentos, con la energía, prácticamente con todo. Si no hubiera ese flujo enorme de camiones cisternas

que todos los días meten en la ciudad aquello que hace falta para estar vivos, las ciudades se desplomarían. La vida urbana se ha construido de espaldas a la naturaleza, como si no la necesitara. El caso del agua es un caso tremendo, porque ya no es solamente que no la mire, ni reflexione sobre las fuentes de agua, sino que genera una dinámica que la contamina.

No me sorprende que en el mundo estemos viviendo un repunte de movimientos políticos de ultraderecha y movimientos políticos de corte, digamos, neofascista. Es la respuesta neoliberal y capitalista a la crisis ecosocial. Lo que necesitamos son respuestas basadas en los derechos humanos, en la redistribución, en el respeto a la vida y en el respeto y el cuidado de los territorios.

¿Cómo podríamos cambiar nuestra política pública y desde qué lugares podemos aprender un mejor manejo del agua?

En primer lugar, necesitamos tener buenos diagnósticos. Es decir, hay que ir a la raíz del problema, no intentar resolver algunos de sus síntomas. A partir de ahí tendremos que pensar en qué es una transición ecosocial justa, ofreciendo un proceso planificado, deseado y compartido por la población, que tiene como principal objetivo la garantía de condiciones de vida dignas para todos. Esto que parece un planteamiento teórico nos marca una línea de política pública radicalmente diferente. La política pública tiene que meter en la misma agenda la garantía de condiciones de vida digna y la crisis ecosocial. Porque si no es la misma agenda, si no van de la mano, lo que te encuentras es que, cuando tratas de resolver necesidades humanas sin tener en cuenta el contexto material en el que se desenvuelven, agudizas los propios factores de crisis; y, al no poder resolverlo, generas una dinámica de desafección política terrible.

Por otra parte, si fijas la agenda solamente en la crisis ecológica y no te ocupas de las condiciones de vida de la gente, lo que generas es un tremendo rechazo a esas políticas. Eso implica pensar en cómo gestionar el decrecimiento de la esfera material de la economía, a la vez que atiendes condiciones para que la gente acceda a los mínimos de energía, para que haya educación pública y sanidad. Es un reto enorme.

Para buscar estas soluciones es fundamental organizar asambleas ciudadanas a todos los niveles desde una comunidad, un barrio, desde una ciudad hasta un municipio, en donde se debata sobre los problemas y la transición ecosocial justa. De no hacerlo, de fracasar y de no ponerlo en el centro, lo que sucede es que en la desafección o la desesperación de la gente se termina abriendo la posibilidad de que lleguen ya no solamente gobiernos de ultraderecha, sino dinámicas absolutamente disparatadas. Hay tanta gente tan desesperada, tan decepcionada y tan desafecta de la política que llega un momento en que un personaje, que en otro momento hubiera parecido delirante o hubiera parecido absolutamente anacrónico o fuera de lugar, de repente tiene un hueco. Es un fenómeno global.

Por tanto, trabajamos en una propuesta de transición ecosocial justa. Por el momento con poco éxito, todo hay que decirlo; pero sí con bastante capacidad, cada vez más, de extensión por abajo. Eso es muy importante porque los gobiernos solamente podrán hacer las cosas que hay que hacer en la medida de que haya una cierta masa crítica que quiera y desee esos cambios, dispuestos también a pelearlos y lucharlos en la calle.

Esto último que mencionas apela a tu experiencia y cómo has tenido contacto con los movimientos sociales de base. En ese sentido, ¿cómo pueden las personas que

vivimos en medio de las dinámicas de dominación de las ciudades gestionar estas nuevas relaciones con el agua?

Precisamente en países donde hay sociedades campesinas y donde hay pueblos originarios, nos encontramos con pueblos y con comunidades que históricamente han sabido relacionarse con sus fuentes de agua de una forma muy armónica. Hay que mirar, con mucho respeto y con muchas ganas de aprender, aquellos pueblos que han sabido vivir a lo largo de su historia relacionándose bien con el agua, con el bosque y con el territorio. No quiero decir con esto que las soluciones estén solo en el pasado o en la tradición. A mí me gusta mucho una escritora vasca que dice que la tradición puede ser fuente de inspiración, pero nunca cárcel o morada. Y yo creo que es verdad que la tradición y las formas de organizarse pueden ser una tremenda fuente de inspiración. Naciones Unidas, cuando está hablando de soluciones basadas en la naturaleza, no está haciendo más que copiar muchas prácticas ancestrales de muchos pueblos que son ancestrales y son contemporáneas.

Muchas veces estas conversaciones pueden tornarse bastante fatalistas y oscurecer el horizonte. ¿Cómo tenerlas manteniendo y cultivando la esperanza?

En cuanto miramos alrededor, vemos que hay muchísima gente experimentando cosas. Lo fatalista es tratar de resolver un problema que es estructural y es grave con las mismas lógicas que condujeron a que se creara. Eso ya no es solamente fatalista, sino, desde mi punto de vista, es bastante estúpido. La clave es mirar para otro lado y me parece que lo que sí es importante desde la política pública es disputar el relato. No es solo una disputa de relatos, es una disputa material. Pero el relato y la cultura son claves.

Hace poco participé de un proyecto de investigación en el que reunimos a personas de movimientos de gente muy precaria. Cuando les preguntamos qué malestares vivían en su vida concreta, hicieron un diagnóstico superprofundo de la crisis ecosocial. La gente en el fondo sabe que las cosas no van bien. Esto es lo que genera desafección y lo que genera fatalismo: ver que sus gobiernos o que la sociedad que hay a su alrededor no aborda los problemas que ellos detectan que existen y que son estructurales. Por lo tanto, debemos nombrar las cosas y nombrarlas con valentía, desde la convicción de que las personas tenemos y hemos tenido antes las capacidades para organizarnos de otra manera. Sin eso es muy difícil que podamos abrir nuevos caminos.

¿Cómo podemos llegar a encontrar una solución a relatos que están totalmente enfrentados: el relato capitalista que destruye y usufructúa la vida, y una idea más interdependiente sobre los usos del agua?

La posibilidad de armonizar o de hacer compatibles el capitalismo y la conciencia de una vida interdependiente en este contexto de crisis ecosocial ya desatada no es posible. Actualmente hay un conflicto entre el capital y la vida: están en contraposición y, en este momento, hay que elegir una cosa o la otra. Elegir por la vía del capitalismo es priorizar la dinámica del crecimiento. Cada cosa material que crece lo hace a costa de vidas en el presente y en el futuro y eso hay que ponerlo encima de la mesa con toda su crudeza.

En cuanto miramos alrededor, vemos que hay muchísima gente experimentando cosas. Lo fatalista es tratar de resolver un problema que es estructural y es grave con las mismas lógicas que condujeron a que se creara. Eso ya no es solamente fatalista, sino, desde mi punto de vista, es bastante estúpido.



Entre nubes y silencio

Se dice que los frailejones deben su nombre a los frailes que durante la Colonia cruzaron montañas y páramos. Más allá de su apariencia mística, en este artículo se describe la importancia de «los dueños de la montaña».

Las primeras especies de frailejones fueron identificadas hace aproximadamente doscientos años. En 1801, Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland hicieron las primeras observaciones de frailejones en una expedición por Suramérica, particularmente en los páramos venezolanos. Sin embargo, el género *Espeletia Mutis ex Humb & Bonpl* fue formalmente descrito y publicado por Bonpland en el libro *Plantae Aequinoctiales* (1808), dando créditos a José Celestino Mutis, quien hizo una primera descripción, que no fue válida. *Espeletia* fue un nombre otorgado en honor a José Manuel de Ezpeleta, virrey de Nueva Granada entre 1789 y 1797. Cabe aclarar que se han descrito otros géneros de frailejones como *Espeletiopsis*, *Ruilopezia*, *Coespeletia* y *Libanothamnus*, pero la taxonomía de estos géneros actualmente ha cambiado. Por otro lado, a estas plantas se les llama frailejones por la semejanza con los frailes o monjes que en la época de la Colonia llegaron a Colombia atravesando montañas y páramos.

Cuando se levantaron los Andes

Existe un interés particular por los frailejones: en los últimos treinta años se han descrito alrededor de veinte especies del género *Espeletia*. A pesar del esfuerzo de José Cuatrecasas por avanzar en el conocimiento de este grupo de plantas, aún se continúan registrando nuevas especies, ya que faltan zonas de páramo por explorar. Los páramos, donde el viento canta y susurra al oído, donde el cóndor abre sus alas, donde el agua corre libre entre piedras y donde habitan los frailejones, los dueños de la montaña... Los páramos son ecosistemas dominados por plantas herbáceas, musgos, líquenes, arbustos y plantas arrosetadas, que generalmente tienen hojas pequeñas y carnosas; los páramos andinos, biomas neotropicales que se extienden por la cordillera de los Andes, desde Venezuela hasta Perú, abarcando alrededor de

tres millones de hectáreas, de las cuales Colombia tiene un poco menos del 50 %, que corresponde al 2-3 % de la extensión del país. Ecosistemas que se ubican por encima de la línea de árboles de los bosques altoandinos y por debajo de las nieves perpetuas, y se originaron a partir del levantamiento de la cordillera de los Andes.

Y aunque la interacción entre el clima, el suelo y la vegetación los convierte en proveedores de servicios ecosistémicos como la regulación hidrológica y climática, además de su alta diversidad de plantas, quizás lo más importante del páramo, en términos ecológicos, es la regulación hidrológica o provisión de agua. Si bien hay páramos secos, la mayoría son húmedos y presentan neblina constante y lluvias frecuentes de baja intensidad. La clave de la alta capacidad de regulación hidrológica está en el suelo y la vegetación. El crecimiento de las plantas en forma de roseta, los pelos de las hojas y la alta capacidad de almacenar agua de los musgos hacen que el páramo actúe como una gran esponja natural que lentamente captura y libera agua, alimentando quebradas y ríos, algo vital para el suministro de agua en la región Andina. Este ecosistema se carga de agua durante las estaciones húmedas y en las estaciones secas la va soltando, permitiendo así un flujo continuo en los caudales de las quebradas.

Con respecto a la diversidad, existe una idea errónea de que los páramos son ecosistemas desolados con pocas especies, puesto que al levantar la mirada lo que llama la atención son los frailejones y los pajonales, estos últimos plantas herbáceas del género *Calamagrostis* (Poaceae), que dominan el suelo y le dan ese color particular al páramo. Pero a pesar de las condiciones extremas de baja temperatura, alta radiación solar y alta humedad —con períodos de escasez fisiológica de agua—, el páramo es un ecosistema muy diverso, que alberga muchas especies de plantas, aves, mamíferos, anfibios y reptiles, como el lagarto collarero, que no se encuentran en ningún otro sitio. En pocos metros cuadrados de páramo se pueden encontrar más especies de plantas que en otros ecosistemas como bosques secos o sabanas. En medio de la vegetación se encuentra escondida una gran diversidad de pequeñas plantas herbáceas que se deben observar con lupa, como orquídeas, puyas, líquenes, musgos, senecios, valerianas y arbustos de las familias Hypericaceae, Rosaceae, Melastomataceae, Asteraceae, Ericaceae, Caryophyllaceae, entre otras. La evolución en los páramos ocurre de manera relativamente rápida debido a la dinámica geológica y las fluctuaciones climáticas. Actualmente, la flora de los páramos comprende entre cuatro mil y cinco mil especies de plantas vasculares y alrededor de mil especies de plantas no vasculares, como los musgos.

Anatomía de un frailejón

Son plantas únicas y fascinantes, arbustos arrossetados con formas de crecimiento variadas —dependiendo de la especie y la edad—, que pueden ser rosetas pequeñas, sin tallo, de veinte centímetros de altura, hasta árboles leñosos ramificados, de seis metros de altura, que se adaptan perfectamente a las condiciones extremas del páramo. Tienen hojas largas y angostas, con una epidermis cubierta por células con potencial para almacenar agua. Estas hojas están cubiertas por unos pelos llamados tricomas, que forman una densa capa llamada pubescencia, generalmente blanca, grisácea o amarillenta. Esta pubescencia sirve como protección contra el frío extremo del páramo y la radiación solar intensa, además de ayudar a retener la humedad que generalmente está en forma de neblina o pequeñas gotas suspendidas en la atmósfera. Las hojas jóvenes crecen en rosetas y se disponen de manera espiralada en la yema apical, es decir, al final de un tallo erecto y fibroso, recubierto de hojas secas o muertas. A medida que el frailejón crece, las hojas más viejas mueren y se adhieren al tallo formando una especie de capa protectora, dándole un aspecto característico, como si estuviera abrigado. Estas hojas viejas unidas al tallo almacenan la humedad y crean un microhábitat compuesto por organismos vivos como hongos y bacterias encargados de descomponer la materia orgánica para liberar los nutrientes y retornarlos al suelo.

Las flores de los frailejones crecen principalmente en la parte superior del tallo por medio de inflorescencias, son de color amarillo y se agrupan en capítulos parecidos a las flores del girasol, el diente de león o las margaritas. En el caso de los frailejones están diseñadas para resistir las duras condiciones del páramo y son polinizadas principalmente por los insectos o el viento. Los frutos pequeños, redondeados o alargados, suelen ser de un color marrón o grisáceo. Las semillas, muy pequeñas, son dispersadas por el viento. Las raíces del frailejón están bien adaptadas al suelo de los páramos y son relativamente superficiales y fibrosas. Las características morfológicas de los frailejones les permiten cumplir con la función de retener el agua en las hojas y el tallo por medio de la condensación de neblina, agua que luego fluye al suelo en un proceso crucial para el ecosistema y sus procesos de regular el ciclo del agua. El frailejón es una planta de crecimiento lento y algunas especies pueden vivir cientos de años, lo que contribuye a su papel como símbolo de longevidad y resistencia en la cultura andina. El género *Espeletia* está en dos centros geográficos de la diversidad: la cordillera de Mérida venezolana y la cordillera Oriental colombiana. De las ciento cuarenta especies descritas, Colombia presenta la mayor riqueza con alrededor de noventa y dos especies, de las cuales setenta y cinco son endémicas, es decir, que solo se encuentran aquí, y unas sesenta y ocho especies se encuentran en alguna categoría de amenaza.

Una planta de dos millones de años

La historia evolutiva del frailejón se remonta a cerca de 2,5 millones de años. Es una planta icónica en los páramos por su papel ecológico, pero también por su profunda conexión cultural con las comunidades que habitan o dependen de este ecosistema. En la cultura de los habitantes del páramo, el frailejón es visto como un símbolo de vida y resistencia en un entorno bajo condiciones extremas. Su capacidad para sobrevivir en el frío y con alta radiación solar, además de un lento ciclaje de nutrientes, lo convierte en una insignia de adaptabilidad. Para algunos habitantes de los Andes, el frailejón tiene un significado espiritual al ser considerado una planta sagrada protectora del agua y de la vida. Algunos mitos y leyendas locales hablan de los frailejones como guardianes del páramo, como seres vivos que promueven el bienestar de la naturaleza. Los frailejones también han sido fuente de inspiración artística para poetas, músicos y pintores, que los han representado en sus obras. Además, tienen usos medicinales, con propiedades antihipertensivas, antiinflamatorias y antioxidantes. Por ejemplo, la infusión o decocción de las hojas ayudan con problemas renales, pulmonares y otras enfermedades respiratorias como el asma y la tos, y se usan como unguento. Por todo esto, la conservación de los páramos es prioritaria.

El páramo de Santurbán está en la estribación oriental de la cordillera oriental, entre los departamentos de Santander y Norte de Santander. Este páramo, reconocido como un ecosistema estratégico de alta importancia para la conservación de la diversidad y regulación hidrológica —ya que debe abastecer de agua a cerca de 2.200.000 habitantes de veinte centros urbanos en ambos departamentos, incluidos Bucaramanga y Cúcuta—, garantiza los sistemas productivos y agropecuarios. En Santurbán se encuentra el páramo de Berlín, ubicado en el municipio de

Tona (Santander), lugar simbólico por su diversidad y paisajes naturales, con aproximadamente quinientas cincuenta hectáreas en humedales, que hace parte de dos cuencas hidrográficas importantes, las de los ríos Arauca y Catatumbo. El páramo de Berlín ha sufrido impactos en su componente ambiental debido al desarrollo de actividades productivas como la ganadería, la agricultura y la minería. La siembra de cultivos de papa, cebolla y ajo sumada a los pastizales dedicados a la producción ganadera y ovina generan cambios en la cobertura del suelo, pérdida de la vegetación natural, aumento de la erosión y compactación del suelo. Estas alteraciones disminuyen la conectividad ecológica y afectan el equilibrio y funcionalidad del ecosistema, así como la provisión de servicios ambientales, alterando la regulación hidrológica y aumentando los caudales máximos y mínimos.

Un frailejón de cien pesos

Los frailejones son mucho más que plantas ancladas en los páramos, son un símbolo espiritual y cultural que conecta a las comunidades rurales con su entorno, por lo que su preservación es fundamental para mantener un equilibrio ecológico y cultural en los páramos. El frailejón es tan importante para Colombia que a partir de 2012 aparece en la moneda de cien pesos, además del personaje Ernesto Pérez, de la serie de televisión *Cuentitos mágicos*, caricatura inspirada en un frailejón que se ha popularizado en la cultura del páramo. Finalmente, muchas especies de frailejones presentan una pequeña área de distribución y en los páramos aún queda mucho por explorar. Por lo tanto, con el aumento de estudios se espera encontrar nuevas especies de frailejones, así como mejorar las estrategias nacionales y regionales de conservación y restauración, todo con el trabajo articulado entre las instituciones y los habitantes del páramo.

La historia evolutiva del frailejón se remonta a cerca de 2,5 millones de años. Es una planta icónica en los páramos por su papel ecológico, pero también por su profunda conexión cultural con las comunidades que habitan o dependen de este ecosistema. En la cultura de los habitantes del páramo, el frailejón es visto como un símbolo de vida y resistencia en un entorno bajo condiciones extremas.



591 MUSEUM 165

Tunjos que cobran vida

El legado muisca permanece en la laguna de Tinjacá con encantamientos y concepciones que la autora revela en este ensayo. GACETA presenta una versión de ese texto publicado en *Historias de territorialidades en Colombia* (2016).

Escribo estas palabras desde la experiencia de vivir la región y de investigaciones participativas realizadas como antropóloga e historiadora. Tristemente he sido testigo de la reducción del espejo de agua de la laguna: Reinel Valbuena cuenta cómo la laguna tenía trece mil hectáreas y hoy tiene tres mil doscientas, de las cuales dos mil quinientas están sedimentadas. ¿Cuáles pueden ser los aportes de la visión ancestral a la restauración y conservación de la laguna? La laguna de Fúquene es sagrada para los muisca. También los campesinos de la región reconocen sus misterios y encantos. La visión antropocéntrica los niega y ha propugnado históricamente por su desecación.

La Confederación Muisca de Tinjacá en el costado oriental de la laguna

Los restos arqueológicos de Fúquene manifiestan continuidad entre los periodos Herrera, Muisca Temprano y Muisca Tardío. La tradición oral muisca habla de una historia marcada por diferentes momentos y seres primordiales: Chiminigagua, Bachué e Indiguaque, y Bochica.

Las cuencas del río Suárez y el río Funza, también llamado Tinjacá, Ráquira, Suta, Sáchica, Saquenzipa y Monquirá, coronadas por las lagunas de Fúquene e Iguaque, correspondían a territorios independientes del Zipa y del Zaque. En esta región se conformaron los cacicazgos de Saquenzipa, Chíquiza, Sáchica, Suta y la Confederación de Tinjacá. En el macizo de Iguaque, de la laguna que hoy se conoce como San Pedro, surgió Bachué con Iguaque o Indiguaque. Desde la cima del macizo se divisa, hacia el noroccidente, la laguna de Fúquene, y hacia el nororiente el pico del Águila, en la serranía de Merchán, en el actual municipio de Tinjacá.

Bachué, progenitora de los muisca, llegó a este mundo con el niño Indiguaque. Bachué e Iguaque se dan vida mutuamente. En la geografía sagrada,

Iguaque es la cuna de la madre laguna. Bachué se encuentra como principio, encanto y vida en todas las lagunas y fuentes de agua. En el submundo, las lagunas y fuentes de agua se conectan entre sí. Según tradiciones campesinas de la región, las lagunas que vemos en este mundo están sostenidas por grandes columnas y entre ellas hay caminos subterráneos. En el caso de Chíquiza, estos fueron taponados por un terremoto. Para los muisca y sus descendientes, las cuevas, los cerros, las cascadas, los abrigos rocosos, los nacimientos y las lagunas han sido puertas, lugares de transición y comunicación entre este mundo y el de los ancestros; un mundo espejo de este, pero localizado en el lado opuesto de la esfera. En estos lugares hay encantos que transitan por umbrales entre mundos. En estos tránsitos el ser humano puede transformarse en animal —serpientes, patos— o viceversa. También el arcoíris, los truenos, la lluvia son manifestaciones de dicha comunicación.

Gracias a documentos de archivo, crónicas españolas y recorridos por lugares de importancia, me fue posible identificar y caracterizar, para el siglo XVI, el territorio de la confederación muisca de Tinjacá en la margen oriental de la laguna de Fúquene.

En estos documentos se encuentran variaciones del nombre Tinjacá como Tunjaca, Tonjaca, Zujaca, Funza, Junza o Tunja. Eduardo Londoño en *Santuarios, Santillos, Tunjos: Objetos votivos de los Muisca en el siglo XVI* (1989), plantea que la palabra «tunja» proviene de «tunjo» o ídolo, según la traducción dada por los españoles: «Tienen ídolos abogados de diversas enfermedades, otros de las sementeras, de las casas, de los partos, de los caminos [...] Lllaman todos los ídolos tunjos...». Tunjos también son los caciques momificados y sus cercados santuarios. Según Facundo Saravia en su *Diccionario muisca, tunjo* viene de la palabra *chunswa* o *chunswa*, que son casas ceremoniales. Así, Tinjacá, españolización del nombre Tunjaca, contiene en sí el carácter sagrado de la laguna. La confederación de Tinjacá cobijó la margen oriental de la laguna de Fúquene, cubriendo los actuales municipios de Tinjacá, San Miguel de Sema y parte de Saboyá, Guachetá, Ráquira y Chiquinquirá en las veredas de Sasa, Moyavita, Carapacho, Arboledas y la Balsa. De esta forma, Tinjacá fue una confederación formada por cuatro cacicazgos: Táquira; Tocavita; Tijo, con Chibabá y Uranchá; y Tinjacá. Todos la reconocían como la principal confederación, liderada en el siglo XVI por la cacica Furazipa y conformado por Gacha, Sema, Guenca, Sipayoque, Tercazipa, Sao, Toqueca, Cabra, Saca.

Dada la importancia y presencia en la cuenca alta del río Suárez de las lagunas de Iguaque y de Fúquene, a la región confluían muisca de distintas partes del altiplano. Al respecto dice el cronista fray Alonso de Zamora (1635): «En una de las islas de la laguna de Fúquene, dice Quesada en su compendio,

había un templo de gran veneración y donde de ordinario había gran concurso de peregrinos y donde había siempre cien sacerdotes para el culto de aquel santuario».

La laguna fue un centro ceremonial, político y económico. Había abundancia de recursos lacustres y faunísticos: venados, zorros, patos, curies, diferentes clases de peces y multitud de aves. Las tierras alrededor de la laguna fueron cultivadas y se utilizó un sistema de canales para regadío. Para esta época la laguna «se extendía desde el pie mismo de los cerros vecinos a Guachetá, hasta los contrafuertes de Simijaca y Susa, y en longitud aún mayor, desde Ubaté a las vecindades de Chiquinquirá».

Se destaca la presencia de doce islas en la laguna, de las cuales quedan dos en esta condición, Santuario y Villeta, entre las que se integraron a la orilla: Chiguy, Cerro Gordo o Bachué, Península o Aguilar, Isla Grande y Pequeña, y la de Futa. En esta última vivieron los últimos indios de Simijaca, según Roberto Franco en *Cambios en los paisajes y usos de especies silvestres en las fincas y haciendas de la cuenca de Fúquene* (2004).

En 1585, Egas de Guzmán, visitador de la provincia de Tunja, refirió «muchos indios sujetos y naturales, tienen sus bohíos y casas de vivienda en partes apartadas de esta población a dos y a tres leguas particularmente en un sitio que llaman Guachetá donde habitan diez o doce indios y en otro sitio que llaman Queaguata que es en la isla de la laguna tienen diez o doce bohíos de vivienda y por la orilla de la laguna otros tantos y en otro sitio que se llama Sema a las espaldas del pueblo de Chivaba tiene otros quince o dieciséis bohíos y junto al puente y desaguadero de la laguna hay otros muchos bohíos apartados en que asimismo habitan y están de asiento».

El proceso de colonización española satanizó la sacralidad de la laguna de Tunjaca

Tenían los indios de toda esta comarca un famoso templo en la laguna de Fúquene, venían continuamente en gran número de los lugares más remotos a ofrecerle dones y sacrificios. Los misioneros dominicos destruyeron ese foco de idolatría. La peregrinación continúa, libre de superstición, dirigiéndose al templo sagrado de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá.

Padre dominico Cornejo y Mesana, siglo XVI

En 1536, Jiménez de Quesada, con setecientos veinte hombres, subió por el río Magdalena hasta encontrar la ruta muisca del comercio de sal, la cual los llevó a pasar por la confederación de Tinjacá. Los cronistas Aguado y Zamora refieren con sorpresa que encontraron en un valle más de mil casas que, aunque pajizas, podían competir con las mayores de Europa. En Guachetá, dos mil o más muisca se fortificaron en los peñones. Los españoles siguen camino a Bacatá. En 1537 atemorizan a los muisca de Tunja. Tras

enfrentamientos y levantamientos tuvo lugar la colonización. Los españoles contaban con pólvora, caballos y perros asesinos.

La colonización se sustentó en la encomienda, el resguardo y la hacienda. Los encomenderos se comprometieron al adoctrinamiento católico de los muiscas a cambio de su tributación y trabajo servil. Congregar a los cacicazgos muiscas en pueblos permitió la usurpación de tierras para haciendas de españoles.

El oidor Egas de Guzmán estableció el pueblo colonial de Tinjacá en 1595. El 27 de septiembre señaló tierras y ordenó a los muiscas reunirse en la población, construida en el sector de Los Verdes, cerca de la actual cabecera municipal. Se les quemaron las viviendas que tenían a orillas de la laguna, amenazando con azotes y destierros a las minas de plata por cuatro años a los que se resistieran. La visita del oidor Juan de Valcárcel en 1636 ratificó lo estipulado y ordenó nuevamente quemar los bohíos de los muiscas que habían retornado.

En la región el sistema señorial permitió la pervivencia de aspectos como la alimentación, los conocimientos médico-botánicos, los tejidos en algodón (ahora también en lana) y la cestería.

Presencia de Bachué o María Gertrudis y de Mohanes

Para Adriana Muñoz –*Los cacicazgos muiscas de la región de la laguna de Fúquene* (1992)—, se ha dado un sincretismo entre la concepción muisca de Bachué y la devoción a la madre en la advocación de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá. Bachué emerge de las aguas y está asociada con la luna; Nuestra Señora del Rosario es representada en las imágenes sobre una media luna, como si brotara de ella.

Al respecto, la etnógrafa Mónica Cuéllar, en su manuscrito *Etnografía en el Occidente de Boyacá*, se pregunta si María Gertrudis es otro rostro de Bachué de acuerdo a los siguientes testimonios:

Don Campoelías cuenta que en un tiempo antes de nuestro tiempo la laguna era un charco, visitado por una lavandera llamada María Gertrudis. Ese charco se volvió la laguna de Fúquene, a la que también le dicen María Gertrudis. Doña Cenaida Guerrero cuenta que cuando la laguna crece hay que decirle «comadre María Gertrudis», para calmarla y no terminar ahogado. Doña Cenaida agrega que María Gertrudis también le dicen a la quebrada, a las crecientes.

María Gertrudis es la laguna, quebradas, creciente, y también es virgen que aparece sobre las aguas de la laguna. Doña Marina Pinilla contó que María Gertrudis es «hermosísima» y que ponía una mirada furiosa que se volvía tempestad y que podía llover hasta dos días sin parar.

Según Dayana Suárez –*Reflejos de vida encantada: discursos y representaciones locales en torno a la laguna de Fúquene como bien común*—, otros seres encantados son los mohanes, generosos, bromistas o

juguetones, algunos infunden miedo, otros enamoran o les gusta simplemente estar con la gente.

Don Benedicto, pescador en Fúquene, dice conocerlos, verlos salir a tomar el sol en una piedra y regresar al agua sin molestar a nadie; divisaba uno en forma de pato, cubierto de oro, que aparecía y desaparecía cerca de su casa. Con los trabajos que realiza la Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca (CAR), con tanta maquinaria, los mohanes se esconden: son espíritus que resguardan la naturaleza y los sitios sagrados.

Los muiscas ofrendaron e hicieron pago a la laguna con sus *tunjos*, representación de seres primordiales. Según Dayana Suárez, las figuras de oro y esmeraldas recobran vida en el agua.

Intento de desecar la laguna de Fúquene

Simón Bolívar entregó tierras a militares que se distinguieron en la gesta independentista. José Ignacio París y su hijo, Enrique París, fueron beneficiados con los «baldíos» correspondientes a la superficie de la laguna de Fúquene y sus juncales. París transfirió a Saravia Ferro las tres séptimas partes de su propiedad y el privilegio para la canalización y navegación del río Suárez. En 1915, José María Saravia Ferro emprendió las obras para sacar el agua de la laguna por medio de un túnel a la quebrada La Honda.

Libio Silva, en su libro *San Miguel de Sema: origen, historia y desarrollo*, nos cuenta: «Su interés era apoderarse de los tesoros de los muiscas. Pero a los trabajadores que abrían el túnel se les apareció una mujer bellísima, de cabellos tan rubios que parecían blancos, ojos verdes como esmeraldas, descalza y cubierta con una larga túnica, quien les pidió con llanto que desistieran de su empeño o ella lo impediría. Tres días después, los obreros tropezaron en el interior del túnel con una laguna encantada, cuyo caudal fluía sin cesar y empujaba con fuerza. Entonces, inició una tormenta que arrancó los rieles, inutilizó las plantas eléctricas y arrasó con vagonetas, carretillas, bueyes y demás elementos de trabajo».

De esta forma la laguna se defendió del proyecto de desecación. No obstante, la modernización trajo cambios en la propiedad, praderización e industria lechera en las tierras desecadas por canales. Al tiempo, hubo deforestación, crecimiento de los municipios de la cuenca y contaminación de los ríos que alimentan la laguna. Hoy, las aguas residuales, la ganadería y las obras de la CAR son factores determinantes en la desecación.

Para la restauración y conservación de la laguna es necesario detener las causas de su deterioro reconociendo su sacralidad. En este sentido es imperioso que los abuelos campesinos y muiscas retomen su voz, y que la isla santuario recobre su carácter como centro educativo, cultural y ceremonial.



Bajo el agua de la Salvajina

Una represa ha decidido la suerte de los afectados por la explotación de la caña de azúcar en el norte del Cauca. Esta es la historia del Consejo Comunitario de Mindalá, donde los intereses privados amenazan el beneficio colectivo bajo la sombra de la violencia.

Cuando estoy en la represa Salvajina por momentos olvido la violencia que la envuelve. A veces me quedo en silencio y veo el paisaje. Como ocurre con el oro, la represa tiene un brillo espectral que hace de ella un espacio *horriblemente bello*. Me maravillan sus aguas verdosas y la forma en que el quiebre de las montañas nace de ellas para luego juntarse con el cielo azul. En ocasiones mi mirada coincide con el paso de alguna embarcación y entonces la sigo hasta que se pierde en el horizonte. «¡Qué cosa tan linda!», pienso. Es como si tuviera el poder de hacerme olvidar que el embalse es un artificio humano que lleva la marca de la violencia. La cosa cambia cuando me acerco. Cuando bajo al puerto. Cuando navego sus aguas. Cuando camino las montañas en mi trabajo como abogado del Consejo Comunitario de Mindalá, una de las comunidades forzadas a convivir con la represa. Cuando escucho. Al cambiar el punto de vista se restablece en mí lo que la gente negra ha sabido siempre. La planeación y construcción de esta megaobra en el norte del Cauca hace parte de la historia del Hombre Blanco que, para producir las mercancías con las que se enriquece, tuvo que transformar el territorio y violentar las condiciones materiales que habían hecho posible la libertad negra luego de la terminación gradual de la esclavitud en la primera mitad del siglo XIX. La historia de la represa es la historia de la guerra contra esa libertad y de la lucha por defenderla.



Con la manumisión de las personas esclavizadas en 1851, no hace mucho como para haberlo olvidado, el sistema económico que tenía a la hacienda como principal unidad productiva entra en crisis y, con ella, las familias que obtenían de esta su poder. Como señala Michael Taussig, la región se vio inmersa en un camino de transición entre dos formaciones

socioeconómicas en conflicto: la forma de producción de pequeños propietarios rurales, basada en la subsistencia, y una agricultura capitalista a gran escala. Este proceso culminó con la imposición del capitalismo a partir de la plantación de azúcar destinada al comercio internacional y con el lugar indiscutible de Cali —y ya no Popayán— como centro económico y político de la región.

Las condiciones históricas que hicieron posible el proceso de modernización del Valle del Cauca coinciden con la vieja estrategia del poder colonial de ordenar el territorio y controlar a su población. El río Cauca y sus habitantes eran dos factores que debían reordenarse en función de la producción agroindustrial de caña de azúcar. Por un lado, era necesario expandir el poder de las élites azucareras sobre las tierras de mejor calidad, lo que podía lograrse por medio de la reducción de la pequeña propiedad campesina y el control de las aguas del río. Por otro, era indispensable extraer la fuerza de trabajo de la gente negra que había construido una nueva vida en libertad gracias al sistema ecológico de la finca tradicional. El acceso a la tierra como medio de vida hizo posible que las personas antes esclavizadas construyeran las condiciones materiales de la libertad republicana. Tener tierra donde reproducir socialmente la vida les permitía no depender de ninguna fuerza externa para vivir. Por esto, el desarrollo agroindustrial requería neutralizar las potencias desatadas de la libertad negra. Era necesario *hacer* que la gente negra fuera una fuerza de trabajo disponible y dócil. Con este objetivo se implementaron medidas para ordenar el territorio de tal forma que las tierras y las vidas campesinas sucumbieran ante la industrialización y la proletarización de la región alrededor de la caña. Producto de este proceso, los terratenientes se convierten en empresarios agroindustriales y una parte de los campesinos libres en una masa desposeída de trabajadores asalariados a disposición de los primeros.

Dentro de esta historia, las élites vallecaucanas fueron conscientes de que *la vida del río Cauca* era también un enemigo de sus intereses. Así como la dificultad por conseguir mano de obra disponible y la renuencia de los negros a trabajar para sus antiguos amos era un problema económico de primer nivel, las inundaciones de 1938 y de 1950 también fueron motivo de gran

preocupación. El correr vivo y sin límites de las aguas, sobre todo en temporadas de lluvia, implicaba una reducción de los terrenos disponibles para la producción. Por eso, como diferentes estudios de desarrollo del momento concluyeron, era indispensable implementar una estrategia para «defenderse» del «exceso de agua» y poder así «recuperar» la tierra.

A los ojos de los empresarios de la caña el río era un exceso que invadía los monocultivos. Para las comunidades negras, en cambio, el río era su espacio vital. La tierra, el río y la gente fueron puestos al servicio de la producción de una mercancía altamente codiciada: el azúcar.

En 1953, durante la vorágine de este proceso, se crea la Comisión de Planeación Departamental con el objetivo de construir un plan de desarrollo regional que tenía en su centro la regulación de la cuenca alta del río Cauca. En 1954, el Gobierno de Rojas Pinilla crea la Corporación Autónoma Regional del Cauca (CVC), siguiendo el modelo de la Tennessee Valley Authority (TVA) de Estados Unidos, creada bajo el New Deal —el programa con el que el Gobierno de Franklin Delano Roosevelt enfrentó en la década de los años treinta la Gran Depresión que amenazó la economía de Estados Unidos—, y las recomendaciones hechas por la misión en Colombia de su primer director, David Lilienthal. Una vez creada, la CVC solicita apoyo al Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) —antecesor del Banco Mundial— para la estructuración técnica y financiera del proyecto de la Salvajina. Finalmente, el proyecto se aprueba en 1978 y en 1979 comienza su construcción hasta 1985, cuando se cierran las compuertas y se inundan las tierras de los campesinos libres del norte del Cauca.

El poder político y el dominio económico están imbricados en la historia de la Salvajina. Harold Eder fue ministro de Fomento entre 1957 y 1958, durante el gobierno militar de Gustavo Rojas Pinilla. Su hijo, Henry Eder, fue director de la CVC entre 1967 a 1977 y, posteriormente, alcalde de Cali entre 1986 y 1988. Su nieto, Alejandro Eder, es el actual alcalde de Cali. Ellos forman parte de la familia dueña del ingenio Manuelita, beneficiado por la represa.

La Salvajina fue un proyecto impulsado por el Estado en nombre del interés general. Se anunció como una promesa de progreso y bienestar para toda la región. Sin embargo, las personas que la vieron

A los ojos de los empresarios de la caña el río era un exceso que invadía los monocultivos. Para las comunidades negras, en cambio, el río era su espacio vital. La tierra, el río y la gente fueron puestos al servicio de la producción de una mercancía altamente codiciada: el azúcar.

p. 64 El río Cauca, al atravesar las tierras semiáridas de Suárez, Cauca, fue represado en La Salvajina en la década de 1980, con el propósito de evitar inundaciones en el Valle del Cauca, aunque también funciona como generadora de energía hidroeléctrica. El río Cauca fue declarado sujeto de derechos en 2019, sin embargo, al igual que la represa de Hidroitango, la Salvajina tiene numerosos cuestionamientos por el desplazamiento de comunidades, la vulneración de derechos humanos y afectaciones ambientales. Foto de César David Martínez.

→ Marcha en contra de la construcción de la represa Salvajina, 1986. Foto de Israel Sánchez.

crecer ante sus ojos entienden que los principales beneficiados son los intereses privados de la agroindustria. Hoy en día, después de diferentes transacciones de privatización, la represa es propiedad de Celsia, empresa del grupo Argos.

El efecto catastrófico de la Salvajina fue inmediato. La agroindustria de caña floreció como nunca antes y la vida del territorio fue radicalmente transformada. Como cuentan sus habitantes, el encharcamiento los forzó a asentarse en la parte alta de las montañas,

de caña y, en el norte del Cauca, en la elaboración de otra sustancia que ya había comenzado a florecer en los años setenta: la cocaína, esa mercancía blanca altamente apetecida por el mercado internacional e incentivada por la guerra contra las drogas. Transformar en las montañas la hoja de coca en cocaína prometía recuperar el bienestar que se había perdido con la subida inmensamente del agua.

Desde esta perspectiva, la Salvajina es un momento fundamental dentro de la historia del



como si huyeran del río donde encontraron la libertad. Las casas y los cultivos quedaron bajo el agua. La gente perdió sus tierras y las minas de oro que sustentaron artesanalmente su vida desde tiempos coloniales. La subida del agua arrasó con los puentes, incomunicó a las personas y obstruyó las rutas principales para comercializar sus productos y acceder a los servicios de salud.

Trastocados sus medios de producción, las comunidades negras se incorporaron dentro de la producción de azúcar como jornaleros de los cultivos

desarrollo del capitalismo en el valle del Cauca: nace como una intervención planificada para *gobernar la vida de un río y su gente negra en función de la acumulación*. El río Cauca, un territorio para la vida, fue transformado en un espacio de racismo industrial.

Hoy en día, el paisaje del valle del río Cauca tiene como protagonistas a tres mercancías cuya producción se relaciona con la historia global y local del capitalismo: el azúcar (en el valle, aguas abajo de la represa); la electricidad (en medio), y la cocaína (en las montañas,

aguas arriba de la represa). Tres sustancias blancas que mueven la rueda frenética del capitalismo.



Este es el drama de un modo de producción que, para ser posible, se impone con violencia sobre todo lo demás. Quienes eran materialmente libres quedaron constreñidos a vender su fuerza de trabajo para vivir. En este proceso se privatizaron los territorios y los bienes comunes —como el río— para la producción de mercancías y la acumulación de capital.

Israel Sánchez, líder histórico de Mindalá, uno de los territorios afectados por la Salvajina, me cuenta que desde los tiempos de la esclavitud a los tiempos de la libertad las comunidades del norte del Cauca han persistido en la defensa de su vida territorial.

En 1986 se organizaron para protestar contra la represa, reclamar sus tierras y exigir la protección del Estado —a favor de intereses particulares—. Reunidos en juntas de acción comunal y organizaciones como la Asociación Pro Damnificados de la Salvajina (Asoprodasa), realizaron una gran marcha hasta la ciudad de Popayán. El resultado de la marcha fue un acuerdo con el Gobierno nacional, la Gobernación del Cauca y la CVC conocido como el «Acta del 86», cuando se acordaron una serie de compromisos sobre los derechos afectados.

Muchos años después, con el reclamo de que el Acta del 86 no se había cumplido y de que la construcción de la represa nunca garantizó el derecho a la consulta previa de las comunidades negras e indígenas, dos cabildos del territorio presentaron una tutela que derivó, en 2014, en una sentencia favorable de la Corte Constitucional. La decisión judicial determinó que el Estado y la empresa violaron los derechos de las comunidades y, por tanto, estaban obligadas a cumplir con los compromisos del acta todavía pendientes. También estableció que la empresa privada debía realizar una consulta previa al plan de manejo ambiental por el funcionamiento de la represa (no por su construcción, ya que este derecho está vigente en Colombia desde 1991 y por ende no existía en el nacimiento de la represa). La lucha

por el cumplimiento integral del acta y de la sentencia todavía continúan.

Entre la construcción de la represa en 1985 y la actualidad —antes y después de la Constitución de 1991—, han cambiado el escenario y las herramientas de las comunidades negras para tramitar su conflicto con la represa. Ya no se trata del terreno común de la lucha proletaria o de los trabajadores del campo, sin diferenciar sus identidades, sino de los mecanismos del discurso multicultural que a cada movimiento social le designa una identidad étnica delimitada, cultural y territorialmente, a partir de representaciones sobre qué es lo negro y qué es lo indígena.

En una ocasión, después de una reunión sobre la estrategia jurídica del Consejo Comunitario de Mindalá frente a la represa, Israel Sánchez me invitó a su casa en Suárez (Cauca). Me quería mostrar de primera mano la historia que, por momentos, la horrible belleza de la represa me hacía olvidar. Quería insistir en que debíamos afilar colectivamente los dientes de la estrategia legal. Después de escarbar con paciencia entre sobres y papeles viejos, levantó las manos sonriente. ¡Las fotos del 86! «¡Aquí están!», me dijo, antes de aclarar que él no aparecía en ellas porque se había encargado de tomarlas.

En una de las imágenes, Israel capturó parte de los marchantes que caminaban por la carretera panamericana rumbo a Popayán. La marcha parecía pausada y tranquila. Aunque los vea en silencio, siento que el rumor de sus pasos sigue vivo. Entiendo que, de alguna forma, esto era lo que Israel me quería mostrar con sus fotografías: la vigencia de la lucha por la defensa de la vida común contra la represa. Los marchantes cargan maletas, se apoyan en bastones y extienden pancartas con mensajes de protesta. En un letrero se alcanza a leer: VEREDA MINDALÁ. EXIGIMOS A LA CVC NUESTRAS PROPIEDADES.

Casi cuarenta años después de que se construyera la represa, el problema central sigue siendo el mismo: la defensa de la tierra como fuente de libertad. Frente al gobierno del río Cauca en función de la producción de mercancías para la acumulación del capital, recuperar la tierra se mantiene como la única garantía de libertad.

Desde esta perspectiva, la Salvajina es un momento fundamental dentro de la historia del desarrollo del capitalismo en el valle del Cauca: nace como una intervención planificada para gobernar la vida de un río y su gente negra en función de la acumulación. El río Cauca, un territorio para la vida, fue transformado en un espacio de racismo industrial.

Hacia la Antártida

«Lo que sí sé es que todos los icebergs nacen de los glaciares, son descendientes de una corriente matriz», nos dice Elizabeth Rush en este fragmento de su libro *The Quickening*, inédito en español y traducido por GACETA. Aquí está una primera expedición en barco hacia la belleza desconcertante del glaciar Thwaites, que les descubre a sus pasajeros el «gélido límite de la Antártida».

Escenario: Aquí, donde comienzan ciertos colores: albaricoque, crema de limón, escaramujo, nectarina. Todos nacen en este cielo austral jaspeado de mermelada.

Casi todos a bordo, con excepción del ingeniero, el cocinero y el oficial de guardia, duermen profundamente en sus literas ahora que el barco por fin ha dejado de balancearse. Levanto apenas la cortina para no despertar a Carolyn. La luz que entra del exterior corta como un bisturí, afilando los bordes de las nubes congregadas cerca del horizonte. Más allá de ellas, el cielo tiene una tonalidad similar a la del bigaro: ambigua y suave, que no alcanza a ser un púrpura. ¿Cuántos días han pasado desde que la mayor parte del color se ausentó del mundo? ¿Cuántos desde que dejamos atrás la isla Desolación y nos adentramos en mar abierto? ¿Cuántos desde que hablé con alguna persona que no se encontrara en este barco? Inmersa en estos extraños deslizamientos de tiempo y espacio, salgo de mi camarote y me dirijo a la cubierta superior.

—El Palmer atravesó una barrera invisible durante la noche —me informa Rick. La llaman la convergencia antártica o el frente polar, el lugar donde las aguas frías que se arremolinan alrededor del continente se mezclan con las aguas menos densas y más cálidas del norte. Como el pistón de una bomba, este simple intercambio impulsa la circulación oceánica en todo el mundo. Esta es, me explica, una de las muchas formas en que *aquí* y *allá*, a pesar de la gran distancia geográfica, se conectan. Luego añade: «Tengo algo para ti». Supongo que me va a entregar un libro de términos náuticos o un atlas del océano Antártico, ya que sabe que me gusta mucho expandir mi vocabulario del Antártico. En lugar de ello, señala el horizonte. Allí está, a los 66 grados sur: mi primer iceberg.

Afuera, la temperatura es notablemente más fría, la niebla marina se ha despejado y el viento prácticamente ha cesado. Me agarro a la barandilla y doy unos pasos tentativos por la pasarela que rodea el

Traducción: Juan Fernando Merino





AGUA 71

puente. Veinte metros más abajo, el océano oscuro ondula como una gran sábana de seda. Se me revuelve el estómago. Doy unos pasos más hasta llegar a una pequeña plataforma triangular de acero y me siento.

El solitario iceberg navega lentamente. Como un merengue horneado con una cresta asimétrica, aparece inclinado hacia la derecha. Su lado más cercano es de un azul vetado, la parte superior es de color gris perla. Mi mirada se clava en el hielo, aunque no sé cómo interpretar con exactitud esta cosa desaliñada y muy poco habitual. Un par de olas enormes se abren paso y se lanzan contra el enorme témpano, esparciendo espuma hacia lo alto. Es difícil precisar qué altura alcanza la niebla pues no hay nada alrededor que sirva como punto de referencia: ¿Diez o quince metros? No hay otros objetos, más familiares, a partir de los cuales se pueda inferir su tamaño. Cuanto más alto se eleva el sol, más azules se tornan el mar y el firmamento y más blanco el hielo, hasta que algunos de sus costados brillan tanto que parecen huecos.

El tacto desaparece de las yemas de los dedos y la distancia entre nosotros y el iceberg se acorta. Un momento después lo pasamos, o él nos pasa a nosotros, ya no estoy segura de quién o qué viaja hacia quién, ni por qué.

Lo que sí sé es que todos los icebergs nacen de los glaciares, son descendientes de una corriente matriz. Según el *Nuevo Diccionario Americano de Oxford, to calve* [parir] significa dar a luz un ternero y es también el momento en que una masa de hielo más pequeña se parte y se desprende. Estas definiciones —que se refieren tanto a animales como a glaciares— describen el instante en que una cosa se convierte en dos: de la división a un florecimiento, a un nuevo comienzo. Este eco lingüístico me ha encantado durante mucho tiempo, porque me ayudó a pensar en la Antártida no como una isla inhóspita en los confines de la tierra, sino como una madre, un ser lo suficientemente poderoso como para traer nueva vida al mundo. Sin embargo, mientras miro fijamente el rezagado trozo de hielo, tan mermado que casi ha desaparecido, la idea de que los grandes glaciares de la Antártida están respondiendo a nosotros, a nuestras acciones a miles de kilómetros de distancia, dando origen a icebergs cuyos cuerpos mismos son portadores de graves advertencias, me

parece totalmente errónea. Porque, me pregunto, ¿qué tan mal deben ponerse las cosas para que un padre o una madre hagan semejante sacrificio?

Al cabo de un rato me giro, saco el celular, extendiendo el brazo y me tomo una selfi. En la imagen mi sonrisa se ve forzada y el iceberg casi indistinguible de las nubes que avanzan a lo largo del horizonte.

—¿Por qué no le dijiste a nadie? —me pregunta Rick cuando me encuentro con él casi dos horas después, de camino al baño. Me sonrojo y murmuro como excusa que me distraje, pero soy consciente de que es una verdad a medias; una parte de mí no quería compartir la experiencia y en lugar de ello preferí quedarme allí sola haciendo esa primera guardia de la Antártida. De inmediato me siento culpable y un tanto hipócrita. El hecho de ocultarle este iceberg a mis compañeros a bordo me convierte en su única mediadora, una reacción instintiva, aunque no quiera admitirlo, que no está muy lejana del impulso de bautizarlo con mi nombre.

De modo que en lugar de ir al baño, me doy la vuelta y le digo a todos los que están trabajando en el Laboratorio Seco que finalmente hemos entrado en el gélido límite de la Antártida. En cuestión de minutos, la cubierta de popa termina abarrotada de pasajeros. El primer par de icebergs que pasamos son pequeños, como el que había visto más temprano. Y de repente surge en el horizonte un monolito que se ha desprendido del costado de una lejana cadena montañosa. El capitán Brandon decide ofrecernos un buen espectáculo y cambia el rumbo del Palmer para llevarnos muy cerca del monolito.

Mientras más nos acercamos, más extraña se muestra su forma. Su textura es desconcertante. El segmento superior tiene el aspecto de un papel de cera arrugado, esquinas afiladas y superficies lustrosas. No obstante, en los puntos donde las olas golpean la base, el hielo se ve tan suave como el glaseado de la crema de mantequilla. A medida que nos acercamos a la parte trasera, se alza abruptamente un chapitel de color aguamarina lechoso, como un pináculo rocoso en lo alto de la pared erosionada de un cañón. Es estriado en la punta, cerca de medio siglo de precipitaciones de nieve y calentamiento durante el verano han quedado registrados en él en franjas alternadas. Detrás del primer chapitel se encuentra otro trozo de hielo, cuyo baluarte bajo y alargado tiene el brillo perlado de la cianita. En el océano, una forma espectral muchas veces más grande que el barco, conecta uno con otro.

—Esta es una de las cosas más hermosas que jamás he visto —dice Guy.

El tacto desaparece de las yemas de los dedos y la distancia entre nosotros y el iceberg se acorta. Un momento después lo pasamos, o él nos pasa a nosotros, ya no estoy segura de quién o qué viaja hacia quién, ni por qué. Lo que sí sé es que todos los icebergs nacen de los glaciares, son descendientes de una corriente matriz.

—Como este hay un montón —añade Peter, extasiado, mirando más al sur—. Tú recibes un iceberg y tú recibes un iceberg —dice. Hace el gesto de arrancar cada uno de ellos del horizonte y entregarlos como obsequios.

Jack aparece con su uniforme de chef.

—Julían me dijo que tenía que echarle un vistazo a esto —nos dice.

Durante el par de horas siguientes, la mayoría de los pasajeros dejamos de trabajar. Caminamos de un lado de la cubierta al otro, de popa a proa, inclinados sobre las barandillas, dirigiendo nuestra atención hacia afuera, en un *ballet* cuyos movimientos están dictados por el hielo, por cuán embelesados nos mantiene.

FILIP

Estaba sentado en mi camarote, trabajando en el computador. No he podido avanzar mayor cosa, pues recibimos mucha preparación submarina en Punta Arenas, y después, con el balanceo continuo del barco, me sentí bastante enfermo. Por fin ayer pude empezar a trabajar. De pronto me asomo a la ventana y me topo con este inmenso iceberg como si hubiera salido de la nada. No tenía idea de que nos encontrábamos ya en el territorio de los icebergs. Uno de los costados era grueso y el otro delgado. Daba la impresión de que uno podría esquiar desde la cima y al llegar al borde dar un salto.

MEGHAN

Alrededor de la medianoche, el sol estaba a punto de ocultarse en el horizonte. El agua estaba muy calma, de modo que reverberaba bastante, pero al mismo tiempo se veía oscura y plana, algo que de por sí era maravilloso de contemplar, al igual que la travesía por el Pasaje de Drake. Me había quedado despierta viendo la película *La princesa prometida*. La batería de mi celular estaba muriendo, por lo que iba camino a mi camarote a cargarlo, pero se me ocurrió pensar: ya

que me encuentro en la escalera, no sería mala idea subir hasta el puente del barco, ¿verdad? Y cuando llegué allí, la vista me recordó los paisajes de Utah. Los icebergs parecían cerros y mesetas hasta perderse en el horizonte.

JACK

Es estupendo subir al puente y ver nevar, auténticos y enormes copos de nieve. Y además contemplar los icebergs. Me hacen pensar en la película animada *El pingüino*. Nunca me hubiera imaginado cuando estaba en la escuela primaria que algún día terminaría cocinando para cincuenta y siete personas en un barco rodeado de icebergs. ¡Nunca me lo habría imaginado!

LUKE

Recuerdo la primera vez que vi un iceberg. Realmente no sabía qué esperar, así que saqué mi cámara y tomé un montón de fotos. Y después de eso, por supuesto, volví a la navegación en el hielo, a concentrarme en mi tarea. Siempre tienes que volver tu atención hacia el radar y a lo que está sucediendo justo en frente de la nave. Y aunque más adelante vas a ver una tonelada de icebergs, todos y cada uno de ellos son algo único. Todos tienen sus propias características. Mira por ejemplo ese de allí: parece un cisne. Probablemente he visto miles, pero nunca pasa la novedad. Y es genial presenciar la reacción de las personas que los ven por primera vez. Me emociona verlos tan emocionados.

FILIP

Se siente como si realmente estuviéramos llegando allá. A la Antártida. Cuando vuelas no tienes más que abordar el avión y luego, unas cuantas horas después, estás al otro lado del planeta y no tienes noción de lo lejos que te encuentras del punto en que empezaste. Pero esto se siente totalmente diferente, como una expedición. Me gusta el hecho de que nos haya tomado tanto tiempo llegar hasta aquí.

Nota

En enero de 2019 cincuenta y siete personas navegaron hasta el glaciar Thwaites a bordo del buque de investigación oceanográfica Nathaniel B. Palmer. Aproximadamente la mitad eran miembros de la tripulación y personal de apoyo antártico, mientras que la otra mitad eran científicos financiados con fondos federales y miembros de los medios de comunicación. Los científicos pertenecían a tres equipos diferentes. Los equipos GHC y THOR se encargaban de reconstruir el comportamiento de las anteriores capas de hielo a través de registros geológicos encontrados en rocas y sedimentos. Los integrantes del equipo Tarsan observaban la interacción actual entre el océano y el hielo.

Conjuntamente, el trabajo de estos tres equipos permitió aumentar de manera considerable nuestra comprensión del comportamiento actual y futuro del glaciar Thwaites.

A continuación, se incluye una lista de los participantes en la expedición que aparecen en este fragmento del libro:

Brandon Bell (Estados Unidos): capitán.

Jack Gilmore (Estados Unidos): cocinero.

Julian Isaac (Jamaica): cocinero.

Richard «Rick» Wiemken (Estados Unidos): primer oficial.

Luke Zeller (Estados Unidos): tercer oficial.

Meghan Spoth (Estados Unidos): estudiante de maestría en Geología.

Carolyn Beeler (Estados Unidos): periodista radial.

Guilherme «Guy» Bortolotto (Brasil): ecólogo de mamíferos marinos.

Peter Sheehan (Inglaterra): investigador postdoctoral en Oceanografía.

Filip Stedt (Suecia): estudiante de maestría en Oceanografía Física.

Hidrorresonar

GACETA reproduce esta conversación con el artista Leonel Vásquez en «Hidroresonancias»: un día de escucha de algunos cuerpos de agua desde el Salto del Tequendama hasta la Laguna Sagrada de Colorados, en las faldas del páramo de Sumapaz. Su trabajo es solo un ejemplo de tantísimos artistas, creadores y curadores que investigan y exploran el agua y el bienestar hidrocomún como el centro de su trabajo.

Correrás. Tendrás una espuma blanca que desde lejos parecerá nubes densas. Las piedras que recorres estarán manchadas de verde y la caída será majestuosa. Si te desbordaras, esto serían unas cataratas. Pero ya estás desbordada. Esto ya son los residuos de una ciudad de millones de habitantes, ya son las aguas residuales, domésticas e industriales de los cuarenta y seis municipios de la cuenca... Caerás en círculos concéntricos y tu vibración formará otros círculos, otros nodos. La caída será lenta, hipnótica. En la caída parecerá que hay pájaros blancos que revolotean, pero es la espuma volándote alrededor.

Soy hijo de campesinos de Sibaté. Eso me crea un arraigo y una identidad que me asocia especialmente al páramo, la zona de donde viene mi familia. Desde chiquito empecé a vivir entre el páramo y el pueblo. Estudiaba en el pueblo, pero mi padre tenía todas las labores del campo y nosotros le ayudábamos. Mi padre fue líder político campesino durante veinticinco años. Apoyaba el proyecto político de un campesinado que buscaba garantía y acceso a los derechos básicos, como un acueducto rural. Eso no existía. A mi padre le tocó asumir la garantía de la calidad del agua. Cuando él muere, me nace

una pregunta por la herencia, no solamente desde lo material, sino desde lo simbólico, lo afectivo.

En la juventud empecé a darme cuenta de que vivo en Sibaté y que vivir en Sibaté es vivir al lado del embalse del Muña. Nunca lo había problematizado, ¿sabes?, porque siempre lo había visto ahí y porque quizás en algún momento no era tan grave la situación. Después empezó a ser un problema para habitar el territorio. Ser habitante del embalse es estar junto a uno de los espacios de sacrificio ambiental más tristes de la humanidad. Tenemos las aguas que vienen de Bogotá cargadas de la actividad de más de nueve millones de personas, más la industria y los desechos de todos los municipios que están a la ronda del río, desde donde nace, en el páramo de Guacheneque.

El embalse se construyó como parte de la estrategia de un proyecto hidroeléctrico. Se necesitaba un sistema eficiente para el alumbrado público que aprovechara la fuerza de la caída del salto del Tequendama. Hacia 1900 se inauguró la primera hidroeléctrica del país en El Charquito y con ella el servicio de luz eléctrica en Bogotá. En 1941 empieza la construcción del embalse del Muña para satisfacer las crecientes demandas de luz. Aquí se produce el 6 % de la energía del país.

Llegan carros, llegan sofás, llegan vacas muertas, llega plomo, llega cadmio, llega mercurio, todo llega al río por el sifón. Les damos la espalda a los ríos porque el agua se lleva todo. Llega la empresa. La empresa limpia el sifón con unas pinzas gigantes. Esto es un parque industrial. Llegan más empresas, aquí nadie vigila. Las empresas botan todo a las aguas del embalse. Pero para el Global Bird Day llegan todas las aves, dice la empresa. Todo es gracias a la empresa, dice la empresa. La empresa parece contenta cuando dice: vienen los niños de las veredas y ven los pajaritos volar. La empresa lo permite, dice la empresa.

Este embalse era idílico, las aguas limpietas. En el embalse pescaban carpa y pez capitán. La gente vivía de la pesca. Ese reguero de veleros en la laguna era muy bonito. El embalse del Muña al principio solamente recogía las aguas de dos afluentes principales que venían de la montaña: los ríos Muña y Aguasclaras. Con el tiempo no fue suficiente, necesitaron más agua y es ahí cuando entraron las aguas del río Bogotá.

En los años noventa todos los clubes que se habían construido alrededor del embalse empiezan a irse, ya no se podía hacer ninguna actividad en estas aguas. Empiezan los olores y los zancudos y las enfermedades y los animales con problemas producto de la diseminación de virus y bacterias.

1999: plan de vida Muña 2000. Fumigación de viviendas, entrega de angeos, plantas alelopáticas, construcción de dos diques para secar las zonas aledañas al municipio. Las jornadas de fumigación no lograban paliar el problema. En 2004: estudio de 400 viviendas, 100 % de estas infestadas del huésped; el culex.

La condición visible y lo que permitió generar cierta movilización para que la comunidad y las



Leonel Vásquez, Sitar (de la serie Instrumentos Fónicos Anfíbios). Objeto sonoro; instrumento fónico activado a través del agua. Foto de Andrés Brand.

instituciones empezaron a prestarle atención al problema se dio por la proliferación de los zancudos. Yo me acuerdo de salir a la calle a las 5:00 p. m., abrir la boca, y que se me metieran los zancudos. En las noches tocaba dormir con toldillo. En las películas salían casas que tenían angeo en las entradas, así eran todas las casas en Sibaté antes.

Tenía una amiga a la que le pagaban por kilo el zancudo muerto. Yo pensaba: esto es pura materia prima para hacer arte. Mi papá tenía una casa y yo le dije que

me gustaría montar aquí un proyecto de arte con zancudos, una tienda de souvenirs, que se iba a llamar Culex Shop. *Culex* es la especie. Alcanzamos a hacer camisetas, lámparas, y yo estaba estudiando y hacía papeles con zancudos, quedaban unas manchas, se veían las patas y todo el mundo creía que eran pedacitos de fibra, pero eran zancudos.

Cuando llegaron las aguas del río Bogotá, pues tú atiendes a lo que tu cuerpo te dice: esto huele feo. Pusieron buchón para que no oliera feo y por eso esto se llenó de

zancudos. Empezaron las máquinas, quitaban el buchón, pero se esparcía rapidísimo. Traían una suerte de barcos que tenían un rodillo atrás que recogía el buchón y lo trituraba.

Se hizo un censo de zancudos: 162.000 zancudos fue el resultado. Unas personas con trajes y aspiradoras iban a lugares y atrapaban los zancudos. Los expertos dicen que hay que remover el buchón, hospedero de zancudos. La receta: Aniquilamina 4sm.

Todas las noches venían avionetas fumigando por encima. Ya no era solamente el buchón lo que mataban. Si uno tenía plantas en la casa, se le morían. Dijeron perdón, hay que separar las aguas del casco urbano, pues el problema es la gente que está ahí. Pero el problema no es la gente, el problema es que la gente es capaz de darse cuenta de lo que está pasando en el embalse. El problema es el embalse. Las aguas freáticas están contaminadas, el zancudo sigue llegando, los grados de impureza en el aire siguen estando. Secaron una parte del embalse para que no molestaran. Alrededor del embalse las aguas no tienen tratamiento y no hay una autoridad que haga un control, entonces llegaron las fábricas de muchas empresas. A esto le llaman un parque industrial y todos botan sus residuos al embalse.

La empresa llega y saca la energía. Esto es un proyecto de Estado porque estamos construyendo futuro, dice la empresa. La energía prima sobre el agua y sobre las vidas de seres humanos y no humanos. Contemplar esta agua es contemplar una humanidad que tiene que sacrificar su humanidad para otra humanidad y que arrasa de paso con todo lo no humano.

Esto es un proyecto de Estado, no se les olvide, dice la empresa. Esto es el progreso. A los proyectos hidroeléctricos los ampara la Constitución. La empresa no lo dice, pero todos lo saben: entre



Leonel Vásquez. Sitar de agua (de la serie Instrumentos Fónicos Anfíbios), objeto sonoro; instrumento fónico activado a través del agua. Foto de Andrés Brand.

más densas las aguas del río, más fácil se produce electricidad. La empresa necesita ese río denso, cargado. Pero ven y conoce este gran mundo de la electricidad, dice la empresa. La pureza viene de la montaña, dice en un camión en el trancón de la salida por Soacha.

La mayoría de los terrenos de Sibaté pertenecieron a la Beneficencia de Cundinamarca, y desde allí se construyó un modelo del municipio como lugar de paso para enfermos psiquiátricos, personas con

discapacidades múltiples, huérfanos, cuatro hospitales neuropsiquiátricos. En un momento se tuvo una población aproximada a las diez mil personas entre pacientes y cuidadores, eso era más de la mitad del pueblo.

Cuando entendí qué significa estar al lado del páramo de Sumapaz y a la vez estar al lado del embalse del Muña, salieron muchos deseos de trabajar en torno a lo ambiental. Llevo muchos años trabajando con el agua. Desde ahí es desde donde se configura en

mí un ímpetu asociado al deseo de cambio en el territorio. La materia aquí es poderosa y tiene la capacidad de transformar; lo que no nos hemos dado cuenta es de que siempre estamos actuando frente a lo que es visible, pero no a la capacidad del material.

Jagüey fue una obra que hice en 2015, donde trabajé con los ríos secos y los criadores de agua en La Guajira. Los cantos que invocan la lluvia son parte de los ritos ancestrales de crianza del agua, prácticas de interacción y cuidado entre el agua y los humanos. Se canta al agua para expresar respeto y admiración, conectándonos como materias sonoras universales, ya que la voz, al igual que el cuerpo, es agua, y al cantarle resuena en el mundo real. Un jagüey es un pozo, un reservorio que se construye cada tres, cinco años, y se va transformando, porque son los medios de abastecimiento, no solamente de aguas para el consumo humano, sino nichos de vida.

El paisaje, al igual que todas las formas de representación, es una reducción de la realidad que hace cosas terribles con la concepción de las dinámicas vivas, vivientes y complejas. No es real. Debemos referirnos mejor al entorno, a las cosas que suenan alrededor nuestro. Por eso no me gusta la noción de paisaje sonoro.

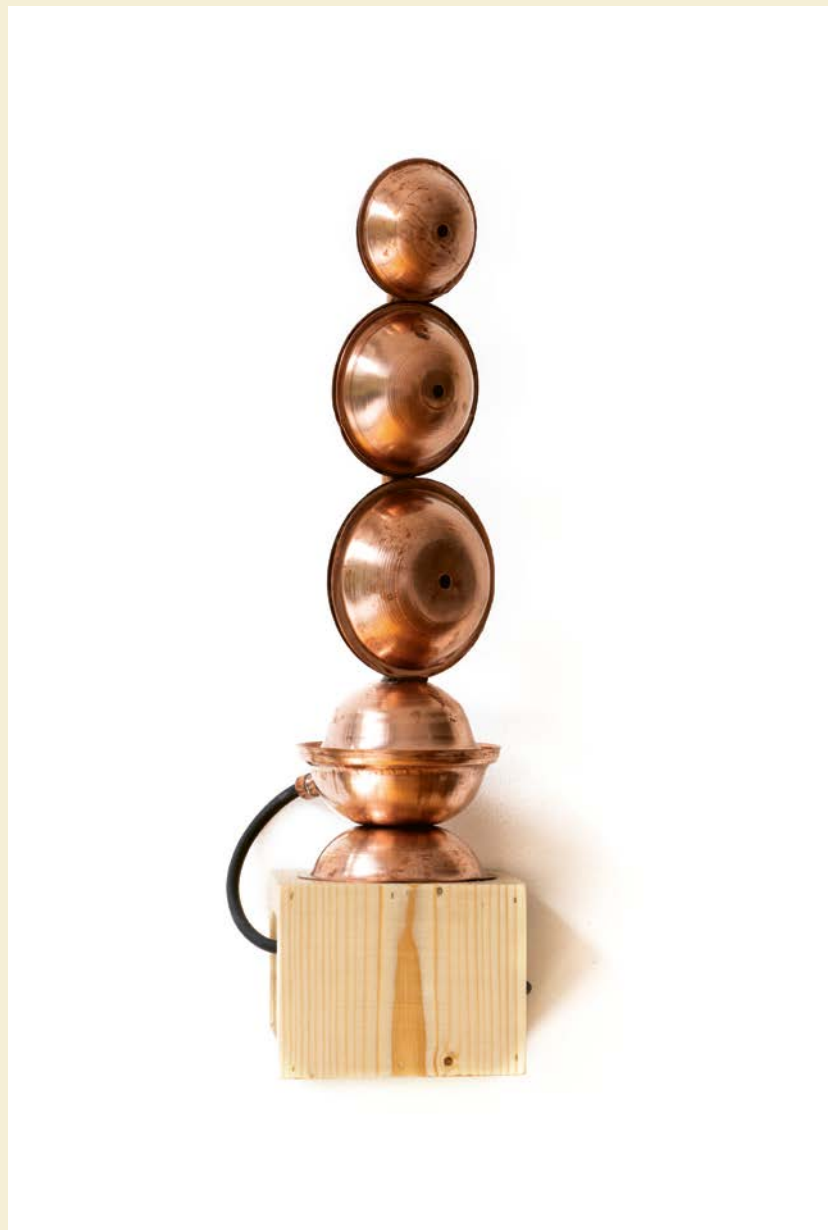
Yo no le puse el nombre de «Abuelas» a las piedras, el nombre se lo han puesto las comunidades indígenas que habitaron estos territorios, especialmente la comunidad Muisca. Para mí ha sido particular, porque en varios encuentros en otros lugares, como el pueblo Anishinaabe, en Canadá, para ellos también son las Abuelas, para el pueblo Dakota también son las Abuelas, y así me encuentro con muchas comunidades originarias que las ponen a participar en eventos rituales. A mí me han interesado las rocas de los ríos porque precisamente me hablan del origen, no de lo que estoy viendo ahí, sino del origen del

río, pero el origen también de las rocas del pasado. Me parece importante que tengamos un pie en el pasado y reconozcamos lo que había antes, porque nos cuesta y eso es lo bonito que aparece cuando uno escucha, se revelan aspectos de la realidad que están ocultos y que son importantes para poder descifrarla, para poder darle sentido y para poder hacer algo. En estos momentos de crisis, de dificultad de convivencia, las Abuelas, las rocas, los ríos, tienen mucho que aportarnos.

Lo que tendríamos que hacer es agachar la cabeza y dejarnos

guiar por los seres no humanos. Las rocas son seres y escucharlas a partir de lo que he venido trabajando es una manera de entrar en un campo de resonancia que nos elabore los afectos.

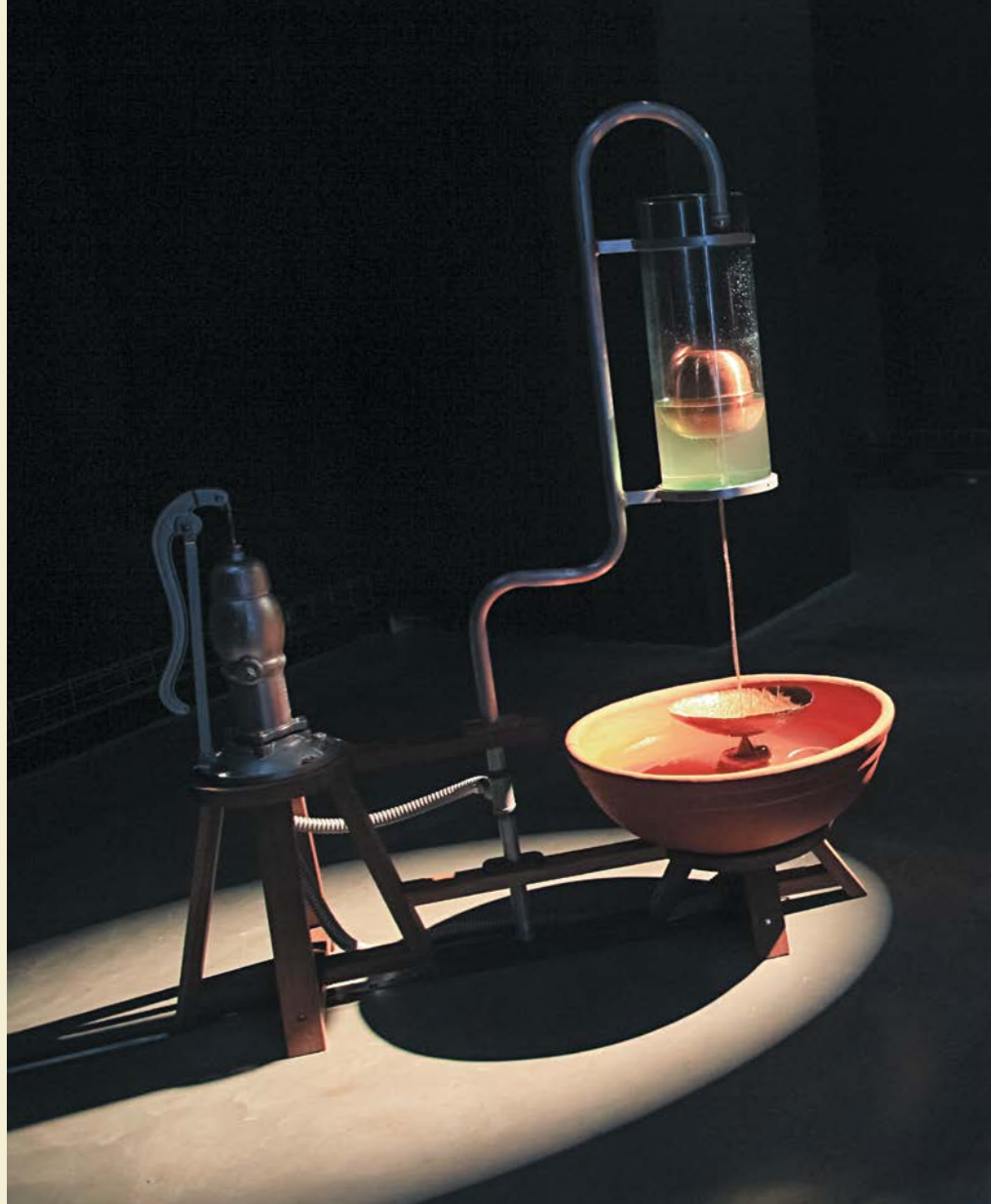
Vemos una cantidad de avances en lo tecnológico, una situación generada por el antropocentrismo y por la tecnosfera, que es producto de la inteligencia humana, pero no está al nivel, a la escala o la dimensión de las formas de acoplamiento inteligente de la biosfera y la geosfera. Los afectos de la tecnosfera están puestos en el lugar equivocado. El problema



Leonel Vásquez, Resonador (de la serie Instrumentos Fónicos Anfíbios), objeto sonoro; instrumento fónico activado a través del agua. Foto de **Andrés Brand**.

no es técnico, sino de sensibilidad. Por eso el arte tiene mucho sentido aquí, en este lugar: la Estación de Escucha de Alta Montaña y observación de los Ríos del Cielo, que bien puede ser un biocentro cultural, un salón comunal, un centro de arte contemporáneo, una iglesia cristiana, como nos dicen muchas personas. Este espacio es un proyecto en el que venimos trabajando hace un tiempo con mi familia, mi esposa, mis hijas, mis hermanos. Entendemos que una manera de relacionarnos con el territorio es a través de la disposición y la atención hacia lo otro. Nos queremos alinear y ponernos en función de los saberes, el conocimiento, las experiencias, para dialogar con el territorio y con otras formas de vida. Esa es mi apuesta, ahí es donde encuentro todo el sentido a lo que hago como ser humano. Y eso implica la escucha como un gesto bonito, porque es un gesto pasivo, no invasivo. Es un gesto que trata de atender. Desarrollamos muchas actividades, conciertos, talleres, encuentros, buscamos conectarnos con la comunidad campesina, con proyectos que vienen de afuera, de adentro. Esta construcción que tenemos es un templo del agua. Parece que es muy difícil, estando en nuestras casas, en la ducha, en la tina, en el baño, decirle gracias al agua.

Este páramo de Sumapaz es más o menos la radiografía de lo que pasa a nivel nacional: 20 millones de personas en Colombia toman agua que viene de los páramos y nosotros estamos aquí, frente al páramo más grande del mundo, que es el 40 % que tiene Colombia frente al resto del país. Estamos en un lugar único que podría ser el foco de un conflicto socioambiental. Este páramo tiene que ser preservado, así como sus comunidades y campesinos que han coexistido en este territorio y han llegado aquí, no necesariamente por gusto, sino porque es su territorio de vida. El desplazamiento tanto de la biofauna como

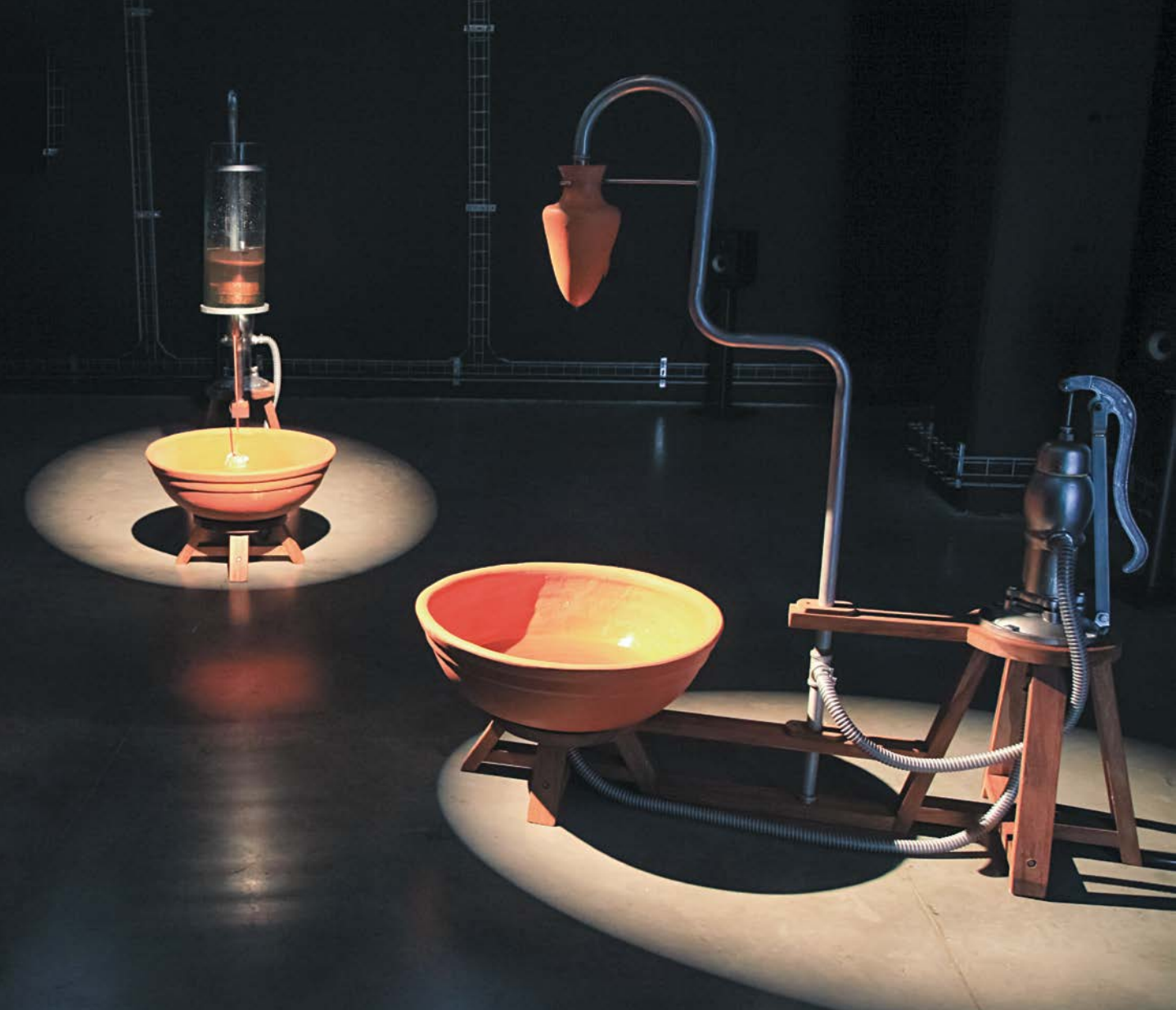


Leonel Vasquez. *Jagüey*, instalación sonora. 2016. Foto de Leonel Vásquez.

de la flora endémica es tan problemático como el desplazamiento campesino. Este páramo tiene que hablar, es un lugar sagrado. Tenemos que venir y aprender del maestro páramo.

Hay algo que se rompe en este modelo en el que vivimos: el agua es un ser y somos nosotros. Alrededor del 70 % de nuestro peso corporal es agua. Casi todos los días el 70 % de nosotros hacemos nuestras necesidades en el 70 % de nosotros. Me he dedicado no solamente en este espacio físico, sino en mis proyectos como artista, a hacer templos del agua, para que las personas vayan a una exposición de arte y se encuentren con una oportunidad de decirle gracias al agua.

Hago instrumentos anfibios, una serie de dispositivos tecnológicos y culturales que traducen las vibraciones del mundo natural a través de unas materialidades que buscan una resonancia para que aparezcan sonoridades que comuniquen y nos hagan sentir algo. La lutería es el arte de hacer instrumentos para la música. Pero en este caso, esta lutería experimental busca encontrar maneras en las que la naturaleza sea la intérprete. Son instrumentos para que la naturaleza toque, cante. Varios de estos instrumentos que pongo en el agua se asemejan a las cuerdas vocales. Por eso muchos instrumentos de cuerda forman un sistema en el que la resonancia de la naturaleza se proyecta



hacia nosotros en un flujo vibrátil para que conectemos con ella.

Todas las tecnologías asociadas al sonido han tenido un origen relacionado con la guerra. Los sonares, sistemas de captación del sonido bajo las aguas, no nacieron para cuidar los mares sino para detectar a los enemigos. Es una tecnología de guerra. Yo escucho ballenas con los sonares, ellas envían señales y yo también les envío. Cantamos juntos. Es un sistema de doble nivel: con los hidrófonos se escuchan las ballenas y con los hidroparlantes les cantamos.

Me dedico a crear otras maneras aparte de las que ya conocemos porque, quizás, ya estamos tan acostumbrados a lo que

conocemos que no vibramos con ese barullito que hay allí. Cuando ponemos estos instrumentos a sonar con la naturaleza, nuestro cuerpo se pone en un modo generoso, abierto, atento, y permite la apertura. Eso es lo que hacen los instrumentos anfibios. Tengo un arpa hecha para estar sumergida. Tiene un sistema en el que el agua no la afecta. La meto dentro del agua y el agua empieza a vibrar con el arpa. De alguna manera es el canto del agua lo que vibra. Hay varios tipos de cuerdas, de barras, en esta familia de instrumentos anfibios. Unos funcionan para estar fuera del agua, dentro del agua o también entre viento y agua. También los he metido dentro

del mar. Lo lindo es que además son micrófonos. Creemos que un micrófono es neutro, pero nunca es neutro. Aquí aprovechamos precisamente esa condición de no neutralidad para exagerarla. Cuando sumerjo estos instrumentos, suenan las aguas, pero también suenan las ballenas a través de los instrumentos. Las frecuencias resonantes de los cantos de las ballenas activan las cuerdas. Entonces las escuchamos a través del instrumento. Ellas también tocan los instrumentos.



Invasión inesperada

La historia de la música que ha navegado por las aguas del Caribe es el testimonio de una larga cronología agobiada por la esclavitud, el deterioro ambiental y la ilusión de conjurar el desastre con los ritmos de una geografía cifrada por el mar.

Tenemos tres clases de agua: dulce, salada y contaminada. Esta última es la que más inquieta porque crece incesante y se necesitan esfuerzos y recursos descomunales para contenerla y recuperarla.

Un poco de historia

Cuando nuestro continente aún no se llamaba América, transcurría sin sobresaltos bajo el dominio de los aborígenes, quienes con sus costumbres, creencias y rituales protegían la naturaleza y a los seres vivos que la habitaban.

Esa calma relativa de improviso se fracturó. La expansión del capitalismo comercial de Europa nos trajo en las carabelas a unos intrépidos personajes que se tomaron el mar en nombre de sus ambiciones y las de los reyes de España y de Europa. El Gran Caribe —que en su concepción más amplia abarca desde el sur de los Estados Unidos hasta el centro del Brasil, en Río de Janeiro, y, claro, comprende todas las Antillas mayores y menores, y las riberas y costas de los países que lo circundan en Centro y Suramérica— se iba a alterar de manera fundamental y por una actividad continua, intensa y violenta.

La invasión inesperada y dramática de los europeos (españoles, portugueses, ingleses, franceses, holandeses) trajo la esclavización de los africanos, que fueron vendidos en diferentes mercados de las islas del Caribe y sus tierras aledañas. Se les obligó a trabajar bajo el azote y los castigos del mayoral, solo con el alimento y la vivienda necesarios para sobrevivir.

La historia nos habla del primer desembarco masivo de esclavos en Cuba en 1517 y, poco después, en Cartagena de Indias y Santo Domingo. Nos dice Jesús Guanache: «La esclavitud alcanza su apogeo entre 1790 y 1860, periodo en que se introducen 1.137.300 esclavos, incluso los estimados del tráfico clandestino que coinciden con el auge de la economía agroindustrial y con el aceleramiento de la crisis estructural del

sistema esclavista por su forma, pero esencialmente capitalista por su contenido».

Esta situación constituye un crimen descomunal que se prolongó por más de trescientos años, hasta que las rebeliones de los cimarrones, el cambio de la explotación cañera y otras labores en el tabaco y el café, sumados a las revoluciones contra la nobleza en Europa y la aparición de las primeras repúblicas, allanaron el cambio hacia la condena de la esclavitud y la proclamación de la libertad.

En la siguiente obra del cubano Adalberto Álvarez, *Y qué tú quieres que te den*, hay una síntesis de ese devenir histórico:

*Desde el África vinieron
Y entre nosotros quedaron
Todos aquellos guerreros
Que a mi cultura pasaron*

*Obatalá, Las Mercedes
Ochún es la Caridad
Santa Bárbara Changó
Y de Regla es Yemayá*

*Va a empezar la ceremonia
Vamos a hacer caridad*

No obstante, es justo reconocer en la balanza histórica que los europeos nos dejaron innovaciones como las lenguas, las herramientas, otros animales, semillas nuevas, inventos, otras religiones, arquitecturas, costumbres, trajes, la rueda y medios de transporte, conservación de alimentos, entre otros asuntos. Alguien agregó: «Lo mejor que nos dejaron los españoles y los africanos fueron las mulatas».

Hay que añadir que luego llegaron, forzados o libremente, otros inmigrantes: chinos, polinesios, árabes, judíos, japoneses, gitanos, culíes, quienes debían pagar sus pasajes para trabajar en Cuba con un contrato de trabajo firmado, por ocho años, para obtener su libertad.

La música en el Caribe

Los europeos traían sonidos propios, instrumentos y géneros, que practicaron en estas tierras: cantos religiosos, danzas profanas, trovadores con sus vihuelas, rabeles y laúdes, a los que se sumarían violines, violas, chelos, arpas, clavicordios, pianos y órganos. Así empezaron a sonar, junto a las voces y los géneros en la Conquista y la Colonia como música oficial y

dominante, *La vencedora*, *La gata golosa*, *Cuatro preguntas* y *El agua*, de María Grever.

La irrupción de la música de los esclavos reconstruyó los tambores que reprodujeron y acompañaron los cantos de un solista con una respuesta coral tanto para los cantos y las danzas religiosas como para la música profana. «La superposición de planos tímbricos, que constituyen sistemas expresivos independientes, es el gran aporte que el africano ha hecho al perfil definidor de la música de nuestra América y que tuvo su principal centro de dispersión en lo que para todo el continente significa el Caribe», anota el musicólogo cubano Argeliers León. «Y fue la percusión africana la que intervino para fijar culturalmente este principio constructivo de toda la música caribeña».

También reconstruyeron marímbulas, marimbas o xilófonos y balafones. En ellos fueron usuales los ritmos binarios, la síncopa y un indefinible sabor o *swing* en el canto y el toque, adaptándose los ritmos cubanos por parte de los palenqueros que tomaron de trabajadores cubanos llegados para construir y trabajar en los ingenios de azúcar en Berástegui (1872) y Sincerín (1907).

Destaco la pieza *En las orillas de un río*, por el Sexteto Tabalá, y *Aguacero de mayo*, de Totó La Momposina:

*Bonita la mañanita, bonita la mañanita
Cuando viene amaneciendo, cuando viene amaneciendo
Los gallos merodeando y los trapiches moliendo
Los gallos merodeando y los trapiches moliendo.*

No hay que olvidar que los indígenas, despojados de sus tierras, no se apabullaron y, contra el desprecio y persecución, bailaron sus areitos grupales y resonaron con fuerza sus cascabeles, sus maracones, sus raspadores, sus flautas de varias dimensiones y los tambores gigantes de madera tales como el mayohuacán. Sin embargo, su música es la menos radiada, grabada y difundida en el país.

Volver al agua

Las músicas y los cantos dedicados al agua y al mar son, en su mayoría, sobre la diversión o el aprovechamiento irresponsable y cuantioso de peces y mariscos, así como también nos hablan del amor.

*En el mar la vida es más sabrosa
En el mar te quiero mucho más
Con el sol, la luna y las estrellas
En el mar todo es felicidad.*

En el mar es una pieza musical de Osvaldo Farrés, interpretada por Carlos «Argentino» Torres con La Sonora Matancera. Sin embargo, tendríamos que recordar cómo en el mar también hay saqueos criminales de parte de los conglomerados pesqueros de Japón, España, Reino Unido, Francia, Estados Unidos, la Federación de Rusia. «Se ha estimado en

La irrupción de la música de los esclavos reconstruyó los tambores que reprodujeron y acompañaron los cantos de un solista con una respuesta coral tanto para los cantos y danzas religiosas como para la música profana.

setenta y tres millones de ejemplares de tiburones a los cuales se caza o se les cortan sus aletas con el fin de satisfacer a los consumidores más exigentes que pagan hasta cien dólares por un plato o sopa de aletas de tiburón», según la BBC.

En Malpelo, en el Pacífico colombiano, denunció Alice Perry, de la Organización Internacional de Conservación Océano, que un barco de bandera costarricense sacrificó dos mil tiburones por sus aletas.

El compositor puertorriqueño Catalino «Tite» Curet Alonso escribió «Estampas marinas», cantada por Cheo Feliciano, que describe una tragedia masiva: son muchos los humildes pescadores que se enfrentan al mar sin los elementos apropiados para sobrevivir y encuentran la muerte.

Ni una bomba más

La música de Latinoamérica y el Caribe ha sido una compañera y defensora de las sociedades y sus recursos naturales.

El 7 de septiembre de 1977, Jimmy Carter y Omar Torrijos firmaron el tratado por el cual los Estados Unidos devolvían 1.400 km² a Panamá y se desmantelaban catorce bases militares norteamericanas. Lo firmado se materializó el 31 de diciembre de 1999 con intenciones de comenzar el nuevo siglo sin intromisiones coloniales.

Los trances de esta epopeya estuvieron respaldados por los músicos panameños: Bush y sus Magníficos, La Orquesta 11 de Octubre, el pianista Danilo Pérez, Rubén Blades con su tema «Patria», y muchos más. Asimismo se manifestó el infaltable Daniel Santos con su LP *Revolución* y el apoyo incondicional de Gabriel García Márquez.

Hay que recordar cómo, en mayo de 2024, se cumplieron veintinueve años del jubiloso triunfo puertorriqueño frente a los Estados Unidos. Lograron con amplia solidaridad internacional el retiro definitivo de la base naval de la Isla de Vieques, en una conquista que condujo radicalmente a parar la contaminación ambiental y radiactiva que causó daños graves a la fauna, la flora y los mares boricuas, y provocó la muerte de más de cincuenta pobladores viequeses, sin contar con el alarmante número de enfermos de cáncer.

Frente a esta situación se manifestaron, entre otros, «Tite» Curet, Norma Salazar, Andrés Jiménez, Antonio Cavan, Cheo Feliciano y Ricky Martín. Ray Barretto retrató lo sucedido en *Guajira para Vieques*, también conocida como *Ni una bomba más*.

Ondas musicales en las olas del mar

*Luna, ruégale que vuelva
Y dile que la quiero
Que solo la espero
En la orilla del mar.*

José Berroa, *En la orilla del mar*

El mar es quizás el recurso natural más inspirador a la hora de componer canciones y boleros para el amor feliz, el amor desdichado y otros estados intermedios. Muchos conocen la predilección de Gabriel García Márquez por el bolero *En la orilla del mar*, que gozó de fama internacional por la versión de La Sonora Matancera con Bienvenido Granda. Pero existen varios ejemplos menos reconocidos, de gran categoría, en los que convergen la música, la poesía, los amores y el mar.

La inspirada compositora puertorriqueña Sylvia Rexach creó una de las obras cumbres del «bolero filin» boricua, *Olas y arenas*, donde logra con muy pocos elementos una bella analogía entre una relación amorosa quimérica y el movimiento natural de las olas del mar sobre la arena:

*Soy la arena, que en la playa está tendida
Envidiando otras arenas que le quedan cerca el mar
Eres tú la inmensa ola que al venir casi me toca,
Pero siempre te devuelves hacia atrás.*

*Y las veces que te derramas sobre arena humedecida
Ya creyendo esta vez me tocarás
Al llegarme tan cerquita, pero luego
Te recoges y te pierdes en la inmensidad del mar.*

Otros boleros –*Prisionero del mar*, *El mar y el cielo*, *La barca*, *Nave sin rumbo* y *Reina del mar*– son la pasión hecha música, tanto así que el escritor Gonzalo Archila considera como un «bolero apocalíptico» el que nos dice *que se quede el infinito sin estrellas / o que pierda el ancho mar su inmensidad...*



Los caminos del agua

Un recorrido por las tradiciones, los saberes, la culinaria, los cantos y el agua del Pacífico que configura la cultura de las comunidades negras. Así es como un río determina un nombre.

A las mujeres nacidas en las orillas del Guapi y en los pueblos del Pacífico el río nos da el sustento, el alimento, el aliento y la templanza para vivir la vida. Es la señal del tiempo con las lunas y los truenos que traen lluvia. Nos provee fibras para artesanías y playamos en batea buscando el oro. En el río lavamos, bañamos, jugamos y nos enamoramos; es camino frecuente para ir y venir subiendo y bajando hasta donde el quehacer nos dé las señales de sabiduría innata que nos trasciende en generaciones.

Aquí, el río donde nacemos determina el gentilicio y suscribe identidades territoriales (guapi-reño/a, napireño/a, guajuireño/a). También demarca a la familia extensa con su repertorio de apellidos, y las historias de pobladores, que exaltan los oficios varios donde se mezclan el laboreo y el arte de mujeres y hombres. En la memoria colectiva pervive la historia del agua: forma los caminos que llevan y traen la esencia de quienes hemos aprendido por siglos en los extensos ríos que viajan, desde las cabeceras hacia las bocanas y las imponentes playas entre exuberantes esteros poblados de mangle y de barro.

Las mujeres del estero muchas veces están sin la compañía de un hombre. Crían a sus hijas y las sostienen con pujanza; mantienen el hilo conductor de la corriente y del hilero con la fuerza y la figura de lo que van construyendo con juicio, esmero y paciencia en los ríos de Guapi.

Las lunas dan cuenta de las mareas en los ríos que van al mar. El tiempo de luna señala los días para navegar y pescar, viajar por el inmenso mar afuera o por dentro de los esteros, disfrutando la belleza y la riqueza del manglar. Con las mareas hay dos tiempos: puja y quiebra. Los vientos señalan los buenos y los malos momentos para andar por las orillas o para salir

por alta mar. Hay tiempos de vientos secos sin lluvia ni tempestad, pero también llegan tiempos de intensos aguaceros que obligan a resguardarse y no salir ni a pescar.

En los oficios del agua, la biodiversidad se observa. Para la pesca de altura, las canoas se aventuran por alta mar, donde están los peces grandes como la cherna y el pargo. De la pesca con trasmallo se obtienen el camarón y algunos peces que abundan cerca de bocanas y bajos. Ahí se valora la suerte que deja ver la cosecha y el beneficio del día. Es oficio de valientes adentrarse en los manglares a recolectar la piangua, el cangrejo y otras especies, caminando en raizales recubiertos de barro, resistiendo jejenes, zancudos y el pejesapo.

Tal vez la pesca de altura no es oficio de mujeres, pero ellas sí están pendientes a la orilla del estero para comprar o arreglar la producción del día: el pescado de ahumar, el pescado de vender y el que queda para salar. Ahora, si hablamos de piangua, pregúntele a las piangueras qué tan duro es el oficio de adentrarse en un estero, andando en los raiceros y cobando en el barrial... Pianguar es tarea dura, solo apta para luchadoras de corrientes.

De junio a octubre, ballenas, cetáceos, hermanos mayores que con delfines caminan, son canto y sabiduría, nos regalan su energía lanzando chorros de agua, cantos, aletas, baile, sinfonía y belleza; seres de un mundo sutil que desde las profundidades nos visitan.

La travesía de la jaiba tiene su inicio en el agua, muy cerca de los esteros, llegando hasta las bocanas, con cabo que lleva anzuelos y carnada de pescado, bogando con canaleta, en banqueta y con potrillo. Si van dos es más fácil y entre conversa e historias se canta el canto de boga, mientras la jaiba va comiendo la carnada que la atrapa. Otro amigo de la jaiba es el camarón chambero, que se coge en el barrizal con canasto o con costal. La almeja es del arenal en playas que bañan el mar.

De los mariscos del agua son el piacuil, el ostión, la chorga, la zangara, el pateburro y el bulgao, entre otros caracoles, moluscos y crustáceos. También

hay distintas especies de peces: la pelada, la canchimala, el gualajo, el barbinche, la barbeta, la palma y el machetajo. A todas estas especies se las encuentra en los bajos, entre la arena y el barro.

Tradiciones en la pesca y la cocina

Si vemos a dos mujeres en potrillo, con sombrero y canasto, detenidas en medio del río, échele ojo al canasto para ver lo que pescaron. Las cutapas son pequeñas y en el buche llevan los huevos, para no acabar la especie. Si hay conciencia, no se pescan y se devuelven al agua; los machos son los más grandes y mientras más gordos, más carne. Pescar jaiba es un oficio grato, es un aporte para el diario en la economía de la mujer que sabe pescarla. Es un espacio bonito para pensar y soñar entre amigas.

La jaiba, el camarón y todos nuestros mariscos son delicias en la mesa: en suculento encocao o en un arroz atollao. Hay otros platos típicos que se cocinan en fogón, con coco o con corozo y con las hierbas de azotea que siembran al pie de la casa. En el mar que entra a los esteros habitados de manglar están los criaderos donde anidan múltiples especies para conjugar la diversidad biológica y cultural, conformando un entramado de ecosistema natural con sabiduría ancestral.

En la cocina tradicional la sazón de mujeres cambia según la zona demarcada por el río, sea baja, media o alta. Se hacen los platos típicos con los alimentos que proveen los ríos y lo que produce el monte, con aliños naturales que a nadie en la vida enferman. La sazón que la mujer negra lleva en su ADN es natural y sabrosa. Somos diosas para cocinar, para sanar y cantar, para sostener la vida en los ríos y en el mar, conservando y transmitiendo la memoria colectiva.

El río en la zona media aún es suave para andar y también son otras las artes con las que pesca la gente; son trampas de distintas formas hechas con bejuco y chonta: la matamba, el yaré, la pitigua, el gualte, la guada y el chacarrás, para armar y para amarrar el catangón o la catanga, para coger la canchimala o el camarón munchillá. También arman en el río los corrales para coger la mojarra y el sábalo, otras delicias del agua.

El tapao que es el más original, el caldo y el sudao; también hacen el pandao que envuelto en hojas de plátano le da un sabor especial. Otros platos con maíz son el cuscús y el quemapié, una especie de atollaos con carne del monte o del agua, tradición de zona media y zona alta, donde la cosecha cambia y la define la tierra que es buena para sembrar.

La rocería y el maíz

A la orilla de los ríos los cultivos eran de arroz, tradición que tiene historias de los tiempos de bonanza cuando el producto sí daba para comer y exportar en los barcos que cargados surtían a Buenaventura. Todo esto trae añoranza de buenos tiempos pasados, cuando

Tal vez la pesca de altura no es oficio de mujeres, pero ellas sí están pendientes a la orilla del estero para comprar o arreglar la producción del día: el pescado de ahumar, el pescado de vender y el que queda para salar. Ahora, si hablamos de piangua, pregúntele a las piangueras qué tan duro es el oficio de adentrarse en un estero, andando en los raiceros y cobando en el barrial... Pianguar es tarea dura, solo apta para luchadoras de corrientes.

aún no habían llegado de afuera con los proyectos y con modelos impuestos para producir y organizarse. Eran tiempos en los que las familias y la comunidad definían su sustento con minga o mano cambiada, con tonga y con mamuncia, las formas solidarias para sembrar, deshijar y cosechar. A la tradición de sembrar el arroz y el maíz se le dice rocería, y en el cultivo de arroz el deshije es importante; el arroz costeño, en los viejos buenos tiempos, era una fuente de ingresos, pilar de la economía y de la sana comida.

El maíz se ha dado desde tiempos inmemorables para alimentar a la gente y a los animales guardados en gallineros y corrales. Del maíz hay mucho que hablar, pues los platos típicos abundan en la cocina tradicional: cachín, envuelto sobao, arepa o majaja, con sopa o con sudado de pescado, con marisco o carne de monte. Las mujeres también hacen dulces preparados con maíz, les echan leche de coco, miel de caña y especias, en los que no pueden faltar las plantas de las azoteas para un sabor natural. Es comida tradicional, más frecuente en zonas medias y altas.

En la rocería está la tonga, la mano cambiada o la minga, con guarapo y con comida: en los tiempos de abundancia se podía matar un marrano para el evento al que acudían vecinas y parientes, dispuestas a la tarea. La rocería era buena cuando en la minga o la tonga la gente unida trabajaba y cantaba los cantos de laboreo para animar la jornada; las cosechas alcanzaban para vender y comer, para cambiar y regalar, para guardar la semilla y, en los tiempos de la próxima cosecha, todos volver a sembrar. Eran buenas épocas de abundancia, solidaridad y unidad.

A la zona de montaña la llamamos «partes altas», bañadas por los ríos. Allí la tradición cambia y es un misterio divino. La gente se mantenía en comunidad de forma natural hasta que el conflicto y la violencia llegaron a cambiarles la historia. Vivían comiendo guacuco en sudao con envuelto sobao o con cachín, otros manjares preparados con maíz y pepespán.

Espantos de vivos y muertos

De los espantos del agua, fíjese en el Maravelí, el Riviel, o la «Tunda». Si es la Tunda mareña, ella espanta a los muchachos groseros y malcriados que a la mamá no respetan. Se los lleva para el monte entre quebradas y ríos, les da camarón peido y solo es la madrina quien a su ahijado puede ir a rescatar con oraciones, con agua bendita y con cantos.

A los cambios de hoy en día se suman nuevos temores, son los espantos de vivos que suben y bajan por los ríos. Con poder y sin respeto llegan con nuevas costumbres, explotan los recursos propios, dañan la biodiversidad y transforman la cultura. Traen riesgos y amenazas de muerte y desarraigo, un peligro para la vida de la gente que aún está habitando el territorio.

Los espantos de vivos llegan desde afuera con mensajes de buena vida y riqueza; aunque no se sabe

para quién, pues en los pueblos de los ríos la miseria se acrecienta. En salud y educación, no hay presencia ni ocasión. El abandono estatal hace par con los espantos ya que, además de su ausencia, envenenó el territorio con el fatal glifosato que por el aire esparcía con sevicia y sin control, matando todo a su paso.

Los caminos del agua y sus cantos

El mar, rodeado de bocanas, esteros, pueblos y playas, es donde los ríos se funden en uno solo después de un largo camino de hileros, cantiles, corrientes, empalizadas y veredas, con historias de amoríos, espantos de vivos y de muertos, que se hacen mito con el tiempo y se cantan y se cuentan en la tradición oral.

Cantamos, siempre cantamos, en nuestra vida cotidiana. Cantamos para ir al río, para lavar, enamorar y pelear, cuando nace y muere alguien; si es muchacho en el chigualo y si es viejo en el velorio, el canto no puede faltar. Cantando espantamos las penas y aliviarnos el duro trabajo, les cantamos a los santos y a la Virgen Santísima para que nos protejan y nos libren de todo mal. Es nuestra herencia ancestral.

Si es fiesta está la marimba. Momentos ceremoniales con bombo cununo y guasá, las cantadoras cantan y los músicos tocan los instrumentos que cuelgan del centro de la sala; con el sentido del oído y con el agua afinaban. Buenos eran otros tiempos en los que la familia extensa se juntaba en unidad con vecinos y parientes que subían y bajaban por el río y desde el mar para alegrarse la vida. El canto es en nuestras vidas alimento para el alma; desde el tiempo de los mayores que clamaban libertad.

Subiendo o bajando el río se escuchaban cantos de boga, cantos que evocan historias de amores y desamores, las noches de luna eran de claridad inspirada para componerles versos a los amores del alma. De amores en los potrillos subiendo o bajando el río cantaban cantos de boga cuando el ruido de los motores no era tanto como ahora. Como dice la canción: «Comadre Juana María, póngale cuidado a su hija que ya ronca canalete»; es decir, allí va una jovencita en su potrillo contenta con elegancia y encanto, si ella «ronca canalete» puede que tenga, en algún lugar del río, un «amo/río bonito».

A los cambios de hoy en día se suman nuevos temores, son los espantos de vivos que suben y bajan por los ríos. Con poder y sin respeto llegan con nuevas costumbres, explotan los recursos propios, dañan la biodiversidad y transforman la cultura. Traen riesgos y amenazas de muerte y desarraigo, un peligro para la vida de la gente que aún está habitando el territorio.





Les decimos «río arriba» a las partes altas donde las playas de piedras, entre el verde de la selva, contrastan paisajes indefinidos en viajes de ríos secos, a motor y con palanca, experticia de marineros y proeros que acondutan con su fuerza el duro camino y hacen segura la ruta. Desde el pueblo hasta los cerros, son eternas horas de viaje dejando atrás la marea, subiendo a la zona media hasta encontrar la corriente, pasando por las veredas donde hay comadres, compadres, tíos, tías y parientes que obligan a la parada o al saludo. Con frecuencia un *ayupiii*, que hoy se escucha más en mayores: un adiós de tradición que se grita desde el río despidiéndose al pasar.

En los ríos del Pacífico los caminos son de agua. La vida es un navegar siempre y sin parar. El agua es a los sentidos como el aire es a la vida. Se funde en uno quien el Pacífico habita, desde el tiempo de nacer hasta el día de fallecer. En las tradiciones de vida, la cultura del agua es la esencia que determina de manera indefinida el rumbo por el que se camina. Caminar y navegar son dos palabras que se hacen una:

*En el Pacífico la vida
la sostienen las mujeres
por los caminos del agua
con la esperanza del verde*

*De mar y de río son los caminos,
de las mujeres son las historias
navegantes que caminan
con la luz de la memoria*

p. 84 Camilo García Valencia, de dieciocho años, se baña en las aguas claras del río Yurumanguí, a ocho horas en lancha de Buenaventura, Valle del Cauca. Varios jóvenes acuden al río al caer la tarde durante el fin de las festividades tradicionales de Manacillos, que se celebran en Semana Santa en la vereda Juntas. Según los mayores de la comunidad, solo al final de estas festividades únicas y ancestrales los junteños pueden bañarse en el río, marcando así el retorno a la normalidad —el trabajo en las minas— y la despedida de los matachines, el principal personaje de estas celebraciones. Foto de **Marina Sardiña**.

← Las comunidades navegan el río Nuquí desde la desembocadura hacia la selva en estos pequeños botes de proa baja, diseñados para romper las torrentosas aguas del río. Es el único medio de transporte en territorios donde solo hay agua para navegar. Foto de **Víctor Galeano**.



Los wayuu y la interminable sed de vida

En la mitología wayuu, la lluvia y la tierra son dos abuelos que se encuentran y llenan de vida al desierto. Pero cuando sus nietos dejan de soñarlos, la sed de la vida es amenazada: el agua desaparece de las entrañas de la tierra. Hay que recuperar entonces la sabiduría de los ancestros y fortalecer una cultura incomprendida.

Nuestro abuelo se llama Juyaa, el lluvia; y la tierra Mma, nuestra abuela. Dicen los viejos que cuando el abuelo visita a la abuela cae la lluvia sobre la tierra y el desierto comienza a reverdecer en un ciclo de vida que transforma a la península y los caminos son diferentes a los de la sequía. Cuando llueve, todo es fiesta entre los wayuu. Los chivos y las vacas engordan; hay carne y leche para todos; las cosechas que requieren poca agua —el maíz, el frijol, la ahuyama, la patilla, el millo o el melón— se vuelven abundantes y cambian por un tiempo la dieta de la sequía.

Pero el abuelo Juyaa ahora aparece poco y cuando lo hace es de manera violenta, trayendo ventarrones e inundaciones que se llevan animales y cultivos hasta que todo es desolación, hambre y sed. Cuando eso pasa los animales son arrastrados por los arroyos para recordarnos que la naturaleza tiene memoria. «Tormenta tropical», «huracán», «cambio climático», los llaman los expertos. Nosotros decimos que el abuelo Juyaa está muy molesto con sus nietos porque dejamos de soñar, dejamos de recordar su nombre, y ya no lo esperamos en los sueños, como era una tradición de los abuelos.

Antes invocábamos al abuelo Juyaa con las Yanama —los trabajos colectivos de reparación de las huertas para preparar el suelo o reforzar las cercas que protegen los cultivos de los animales—; los Kaulayawaa —con los que se imitan los movimientos de reproducción de los animales y las plantas, y se le recordaba al abuelo que seguíamos conectados con la vida—, o la Yonna —en la que hombres y mujeres danzan al ritmo del tambor Kasha sobre la pista de arena ante la algarabía de los asistentes y con el grito desafiante del jotsei, del danzante de turno, que nos recuerda la eterna danza de la vida con la muerte—.

Cuentan también que cuando una persona muy querida por la comunidad, un wayuu de alma grande, muere por causa natural, Juyaa llora desde el

cielo al nieto o la nieta y que por eso llovizna o cae un aguacero durante el velorio. Se dice entonces que «el difunto tuvo su lluvia».

Hasta hace algunas décadas había dos periodos de lluvia en el año. La lluvia menor, entre marzo y abril, conocida como *liwaa*, la lluvia suave, refrescante y leve, y la lluvia mayor, fuerte, *Juyou*, entre octubre y noviembre. La lluvia menor es tierna, fresca y nutritiva como la chicha del maíz; la lluvia mayor es impetuosa, rauda y fuerte como la estirpe de los antiguos guerreros *wayuu*. Ambas, en periodos normales y predecibles, eran la presencia del abuelo *Juyaa* que no abandonaba a sus nietos. Curiosamente, el intervalo que corresponde a un lapso de doce lunas (meses), se conoce también como *Juyaa*, año.

Estas lluvias moldearon la dieta y la gastronomía, y tejieron lazos de organización social, determinando el ciclo de la economía en lo que hoy es La Guajira. El intercambio de productos entre los *Apalainshii*, los hombres hijos y nietos del mar, y los *Arülejülii*, los que pastorean en la sabana, fue la forma de establecer lazos de amistad, compadrazgo y familiaridad. Los ciclos de sequía y lluvia también sirvieron para que los dueños de territorios acogieran temporalmente a los amigos y familiares con sus animales y su núcleo familiar en un proceso que se conoce como *O'onowaa*, «habitar temporalmente».

Cuando llegaba la sequía a sus regiones, las familias buscaban la solidaridad de amigos y de parientes lejanos para que les permitieran desarrollar su actividad económica y social en territorio amigo. A estas familias se les llamaba entonces *Wayuu O'onoshii*, «habitantes transitorios». Hoy en día, la tradición *O'onowaa* se ha visto afectada por las sequías prolongadas que azotan a la península y porque las familias temen que los habitantes transitorios no cumplan con su palabra, se queden a la fuerza y no abandonen jamás el territorio.

A mediados del siglo xx, el Gobierno del General Rojas Pinilla encontró en los pozos profundos una alternativa para que las comunidades pudieran tener

acceso al agua mediante la instalación de molinos de viento con los que pudieran extraer el agua subterránea. Esta solución complementó la tradición milenaria de excavar artesanalmente la tierra e instalar pozos profundos para extraer manualmente el agua para consumo humano y animal, especialmente en la Alta Guajira. Pero las aguas profundas son cada vez más escasas y al final de la jornada de excavación los rostros desconsolados se devuelven a sus ranchos sin encontrar lo que buscaban en las entrañas de la tierra.

También se dice que el desvío o el caudal escaso del río Ranchería está secando los pozos profundos de la Alta Guajira o que la gigantesca operación de extracción y exportación de carbón de El Cerrejón necesita millones de litros de agua para que el polvo del carbón no llene de nubes negras el cielo sobre la tierra expoliada por décadas en nombre del progreso y el desarrollo que aún no llega a La Guajira. Otros piensan que dejamos de soñar y que al perder el contacto con el dueño de los sueños, *Lapüü*, este dejó de enviarnos señales de buenos augurios e incluso dejó de contarnos en los sueños dónde se encuentran los pozos profundos más cercanos que tienen el agua que pueda calmar nuestra inmensa sed de vida.

Tanto en la opinión pública como en los diálogos entre los miembros de las comunidades *wayuu* de la Media y Alta Guajira, se recuerda la palabra «*miasii*», sed. Las comunidades *wayuu* padecen de sed. Los burros famélicos que transportan los recipientes para cargar el agua caminan lentamente kilómetros en busca del líquido vital. Pero los *wayuu* no solo padecen de la sed de agua, también tienen una interminable sed de vida, se niegan a desaparecer con una resistencia silenciosa que se ve en los rostros de ancianos, mujeres y niños. «Nos sentimos como los peces cuando se les está secando el agua», dicen algunos.

Los *wayuu* quieren que sean respetadas sus tradiciones, sus territorios y su cultura, y que esa cultura sea comprendida, entendida y tenida en cuenta por aquellos que toman decisiones en la política pública y el gobierno, especialmente con el tema del agua.

Recientemente, el Gobierno nacional propuso distintas estrategias para llevar el agua desde el sur hasta la Alta Guajira. Desde fórmulas fallidas como la creación de una empresa de agua potable con sede en Riohacha, hasta la ampliamente conocida idea de bajar el agua del río Ranchería por inmensas tuberías desde la represa El Cercado, en el sur de La Guajira, hasta la última ranchería en la Alta Guajira, ninguna propuesta se ha cumplido, en parte por intereses políticos y económicos y porque no hay una fuerza social que sea exigente con las iniciativas del Gobierno nacional. Por ejemplo, la mayoría de los municipios del norte de La Guajira (*Maicao*, *Uribia* y *Manauare*) consumen el agua que se vende en carrotanques destartados sin ninguna garantía de que es potable.

Hasta hace algunas décadas había dos periodos de lluvia en el año. La lluvia menor, entre marzo y abril, conocida como *liwaa*, la lluvia suave, refrescante y leve, y la lluvia mayor, fuerte, *Juyou*, entre octubre y noviembre. La lluvia menor es tierna, fresca y nutritiva como la chicha del maíz; la lluvia mayor es impetuosa, rauda y fuerte como la estirpe de los antiguos guerreros *wayuu*. Ambas, en periodos normales y predecibles, eran la presencia del abuelo *Juyaa*, que no abandonaba a sus nietos.

Me pregunto si el esfuerzo del proyecto Ranchería II para crear una infraestructura que sirva para trasladar agua potable es sostenible para los gobiernos locales que difícilmente han podido cumplir en los cascos urbanos de sus municipios o si los usuarios, en su inmensa mayoría miembros del pueblo Wayuu, asumirían mediante tarifas de servicios públicos domiciliarios el suministro permanente de agua potable en la Alta Guajira.

¿Estarán dispuestas las comunidades wayuu a utilizar un servicio público con un pago individual por algo tan básico, aunque no haga parte de una cultura basada en la colaboración colectiva? ¿Están preparadas las entidades e instituciones públicas para hacer una labor pedagógica tanto sobre el uso adecuado del agua como por pagar al consumirla? ¿Cuentan las instituciones Alíjuna con un personal que tenga el conocimiento y la sensibilidad para implementar algo tan diferente al modo de pensar del pueblo wayuu?

Son conocidas las experiencias fallidas en el diseño y la implementación de políticas públicas en el departamento de La Guajira y en los municipios con presencia de miembros del pueblo wayuu. Sus gestores no hablan wayuunaiki y sus métodos no conectan con las expectativas, necesidades o perspectivas culturales de los wayuu y demás pueblos originarios que habitan la península. Desde casos tradicionales de intervención en áreas como la salud, la educación y la seguridad, pasando por el ampliamente conocido tema de la desnutrición infantil, todos tienen algo en común: «No entendemos sus palabras», dicen los wayuu.

Es necesario que los gobiernos nacional, regional y local planteen un modelo de desarrollo donde confluyan los saberes ancestrales de las comunidades indígenas y el conocimiento técnico de las administraciones en territorios con amplia presencia de comunidades wayuu, especialmente en los temas relacionados

con el agua potable y su consumo para el bienestar humano y animal. Las instituciones gubernamentales en La Guajira tienen una idea del desarrollo que tiene que ver con solucionar necesidades básicas insatisfechas en lo que se refiere a los servicios públicos, la educación, la salud, el hambre o la pobreza, pero sin comprender una región y su cultura, sin dialogar con las comunidades locales.

Para los wayuu el asunto es más complejo. La idea de bienestar tiene que ver con la necesidad urgente de volver al origen, al Wayuuwaa a'in. Esto no implica abandonar los instrumentos ni los avances de la modernidad, sino darle sentido a la existencia trayendo las voces ancestrales al presente; en volver a soñar, honrar la palabra, reconectarse con la naturaleza de la cual somos parte integral; en recuperar nuestra espiritualidad con lo que nos enseñaron nuestros ancestros: los sueños, la lengua y la forma como nos relacionamos con otros seres vivos que forman parte de nuestra cultura —los animales, las plantas, los seres inanimados, los espíritus de nuestros sueños—.

Tal vez, de esta manera, podamos algún día cercano, hacer las paces con el abuelo Juyaa, y que él nos vuelva a nutrir con el agua para calmar la sed física y espiritual; para que después de tanta espera nos vuelva a arrullar con el canto alegre de la brisa, con las caricias de las gotas de agua que nos recuerdan que debimos creer en nosotros tal como hicieron nuestros antecesores, que cerraron sus ojos esperando un mejor modo de vida para todos. Entonces repetiremos los versos del poeta al pie de un árbol centenario:

Si llegas a nuestra tierra
con tu vida desnuda
seremos un poco más felices...
y buscaremos agua
para esta sed de vida, interminable.

Esta es mi palabra.

p. 90 Empalizada de cardón guajiro en una rancharía. El fruto de esta planta se conoce como lguaraya y es alimento para el pueblo Wayuu, que se ha acostumbrado a vivir con poca agua. Con dos temporadas de precipitaciones, conocidas como Juyapu, que ocurre de septiembre a diciembre, e lwa, de abril a mayo, La Guajira registra menos de cincuenta días de lluvia al año. Foto de **Jairo Escobar**.

p. 94 Sol Mallorca. Foto de **Miguel Winograd**.



Puerto quebrado

Si supieras que afuera de la casa,
atado a la orilla del puerto quebrado,
hay un río quemante
como las aceras.

Que cuando toca la tierra
es como un desierto al derrumbarse
y trae hierba encendida
para que ascienda por las paredes,
aunque te des a creer
que el muro perturbado por las enredaderas
es milagro de la humedad
y no de la ceniza del agua.

Si supieras
que el río no es de agua
y no trae barcos
ni maderos,
solo pequeñas algas
crecidas en el pecho
de hombres dormidos.

Si supieras que ese río corre
y que es como nosotras
o como todo lo que tarde o temprano
tiene que hundirse en la tierra.

Tú no sabes,
pero yo alguna vez lo he visto:
hace parte de las cosas
que cuando se están yendo
parece que se quedan.



Estrés hídrico

Despierto aturdida en medio de la noche y por un momento no sé dónde estoy. Me encanta el ruido que me rodea: el agua que cae del cielo azota las ventanas. Huelo la lluvia. «¡Qué bonito suena! Cómo me gustaría oír las aguas cayendo para siempre», es mi último pensamiento antes de volver a dormir.

Vengo de Berlín y de una sensación que nunca antes había vivido: fobia a la sequedad. Puede que no sea un término oficial, pero describe con exactitud mi estado durante las noches de insomnio en las que el aire se hacía cada vez más denso y no refrescaba. Un dato: los humanos somos más sensibles al olor de la lluvia que los tiburones al de la sangre. Solo necesitamos unas pocas moléculas por billón de moléculas de aire de un compuesto químico llamado geosmina. Proviene de una palabra griega que significa «olor a tierra». También es la sustancia que da a la remolacha su sabor. Los científicos no saben por qué somos tan sensibles al olor de la lluvia. Existe la teoría de que nos ayudó a sobrevivir porque nuestros antepasados debían buscar agua fresca, por ejemplo, donde había llovido recientemente.

Pero nada que llovía en Berlín. «¿Y si la única agua que quedara disponible fuera la de mis propias lágrimas?», pensé, cuando ya no era capaz de manifestar optimismo. El verano de 2023 batió récords con sus altas temperaturas y es, de hecho, el más caluroso del que se tiene noticia en Europa en las últimas décadas. El agosto más cálido siguió a los meses de julio y junio más cálidos y dio lugar al verano boreal más caliente de los registros, que se remontan a 1940. A raíz de esta circunstancia, el secretario general de la ONU, António Guterres, anunció en septiembre de 2023 durante una rueda de prensa dirigida al mundo entero: «La era del calentamiento global ha terminado; la era de la ebullición global ha llegado».

¿Volverá a llover? Esta pregunta me llena la cabeza de ansiedad, ruidosa y burbujeante, como cuando abres una botella de agua con gas Bretaña y su contenido te salpica. Claro que volverá a llover, pero a la vista de las temperaturas récord, los árboles resignados desprendiéndose de sus hojas en su lucha por la supervivencia y la tierra encostrada en los prados donde debería haber hierba verde, se impone el miedo a la sequía en Alemania. En mi vecindario en Berlín nos turnamos para irrigar los árboles de nuestra calle y salvarlos de la deshidratación. Estas plantas tienen suerte, porque el barrio dispone de una de esas anticuadas bombas de hierro fundido que podemos utilizar para llenar las regaderas.

El señor Kowalski, viejo y patizambo, es el conserje de mi edificio, y ya residía en este distrito en tiempos de la RDA. Es el padre de todas las matas de la calle y se encarga del rescate. Una vez me lo encontré en la fuente, furioso, pero a la vez contento de haber espantado a unos niños que habían estado jugando con el agua en vez de llenar las regaderas y rociar. «Chinos desgraciados», refunfuñaba, y no se andaba con rodeos: «Sí, el fin está sobre nosotros», afirmó siguiendo con las letanías habituales de un pesimista consumado, un nostálgico del pasado, cuando todo iba mejor, los jóvenes eran educados y había muchas más fuentes hidráulicas operables en Berlín.

Cuando nos duchamos, lavamos la ropa o hacemos café, casi nunca pensamos en lo fácil que es obtener el agua que necesitamos. Simplemente abrimos el grifo y el agua corre. Sin embargo, hasta bien entrado el siglo XIX, todo esto llevaba asociado un esfuerzo considerable: antes de que existiera un suministro de agua centralizado en Berlín, la población obtenía el agua diaria de pozos subterráneos. Hasta el siglo XVIII había pozos en todos los patios traseros, de los que se sacaba agua con un cubo atado a una cuerda. Con el tiempo fueron sustituidos por bombas de hierro con palancas. La construcción de las primeras obras hidráulicas en 1856 puso fin a su uso, aunque todavía existen varias fuentes callejeras en diferentes lugares de la ciudad, como en mi calle. Según el señor Kowalski, estas bombas son una bendición, sobre todo en el caso de interrupciones a gran escala de la red principal de agua, porque funcionan independientemente de ella. La última vez que accioné la larga barra metálica que, tras varios movimientos arriba y abajo, dejó fluir el líquido, me pregunté: «¿Y si esto estuviera prohibido, tendríamos que sacrificar los árboles para que alrededor de cuatro millones de berlineses pudieran sobrevivir?». Los bombardeos, la ocupación, la división, la construcción del muro, la Guerra Fría y, ahora, en la lista de crisis de esta ciudad, que siempre ha sido bendecida con una cantidad infinita de agua subterránea, ¿la muerte por desertización?

Cuando se habla de escasez de agua casi nadie piensa en Alemania. Menos aún los propios alemanes. Hasta hace poco se daba por sentado que los problemas de calidad se habían resuelto y que los de cantidad no desempeñaban un papel importante. Los hechos ilustran el dramatismo de la nueva situación: en veinte años Alemania ha perdido una cantidad de agua equivalente a unas 2,5 gigatoneladas por año. Los investigadores del Instituto Global para la Seguridad del Agua de la Universidad de Saskatchewan (Canadá) han descubierto que esto la convierte en una de las regiones con mayor pérdida de agua del mundo. Los datos de la investigación muestran un claro indicio de las condiciones de sequía. Además del cambio climático, otra causa parece ser el aumento del bombeo de aguas subterráneas en respuesta a la menor disponibilidad de aguas superficiales. Según la misión GRACE de la NASA/DLR (Experimento de Clima y Recuperación Gravitatoria, misión espacial conjunta entre la NASA y el Centro Aeroespacial Alemán), el patrón de sequía en Alemania es similar al de las sequías del sur de Europa, un área que también se ha vuelto cada vez más seca en las dos últimas décadas. Según la Agencia Federal de Medio Ambiente, el 74 % del agua que circula por las tuberías en Alemania procede de aguas subterráneas. Más de la mitad de los principales acuíferos del mundo, incluidos los que se encuentran bajo suelo alemán, se bombean más rápido de lo que se reponen y, por lo tanto, se están agotando.

Mi vida transcurre entre Colombia y Alemania, más concretamente entre Berlín y Bogotá, lo que también significa que soy consumidora de agua en ambas ciudades. Esto me recuerda mi infancia y por qué siempre he pensado en el agua. Por aquel entonces, La Dorada

(Caldas), donde se encontraba nuestra hacienda, desempeñaba el papel principal en mi vida, aunque también viajábamos con regularidad a Alemania, donde el agua que salía del grifo era potable, mientras que en la hacienda el agua procedía del río Doña Juana, afluente del Magdalena. El agua saludable nos llegaba a hombros de un jornalero que volcaba una enorme botella boca abajo en un dispositivo con un pequeño grifo. Después de que mi hermano y yo enfermáramos de paratifoidea, por fin nos tomamos en serio las advertencias de nuestra madre de no beber agua cuando nos bañáramos en el río y de no utilizar agua de la llave para lavarnos los dientes. De ahí una de las primeras preocupaciones que marcaron el fin de mi inocencia: al final de cada viaje, la pausa habitual y la pregunta ansiosa, ¿dónde estoy? Y, ¿podré beber el agua sin enfermar gravemente?

La primera noche que paso en Bogotá en 2024 comienza con la misma desorientación y tras unas pocas horas de sueño me despierto ofuscada. Esta vez me invade una sensación de pánico por haber olvidado llenar de agua cubos, botellas y cualquier otro recipiente que pudiera encontrar. La situación se ha invertido. Ahora no llueve en el trópico. El nivel de los embalses es alarmantemente bajo y el alcalde de Bogotá ha ordenado el racionamiento de agua. La enorme capital, que desde su fundación no ha hecho sino crecer independientemente de si hay suficiente agua o no, ha sido dividida en nueve sectores y, a partir de las ocho de la mañana, mi apartamento no tendrá agua. Son las cuatro de la mañana y todavía tengo tiempo de almacenar suficiente agua para lavarme, cepillarme los dientes, hacer café y fregar los platos. Casi sonámbula, me pongo manos a la obra. Decido que lo más práctico será reunir en la ducha todos los recipientes disponibles y luego llenarlos uno a uno. Miro mi silueta en el espejo y pienso en las niñas de África, condenadas a sacar agua de los pozos y a caminar largas distancias hasta sus casas, porque los hombres africanos jamás asumen semejante faena. Y ahora yo, que una vez fui la hija despreocupada de dos naciones vencedoras en materia de riqueza hídrica, tengo que enfrentarme a los hechos: el agua es un bien amenazado y en grave peligro, aquí en Colombia y allá en Alemania.

De regreso en Alemania visito la exposición *Water Pressure*, que se exhibe en Hamburgo. «La presión del agua» pone de manifiesto hasta qué punto hemos perdido de vista su valor. Alrededor de la mitad de la población mundial sufre una grave escasez de agua, al menos estacionalmente. Según las previsiones, cada vez más países sufrirán un estrés hídrico extremadamente elevado de aquí a 2050. No cabe duda de que la situación es catastrófica, aunque las numerosas ideas ingeniosas sobre cómo ahorrar el recurso más valioso que tenemos nos llenen de optimismo.

Una pared con fotos en blanco y negro me llama la atención. Lo que a primera vista parecen tomas aéreas de paisajes son en realidad lágrimas secas observadas a través de un microscopio. La artista norteamericana Rose-Lynn Fisher captura lágrimas de dolor, alegría, risa e irritación con extremo detalle. Aunque la naturaleza empírica de las lágrimas es una composición de agua, proteínas, minerales, hormonas y enzimas, la topografía de las lágrimas es un paisaje momentáneo, pasajero como la huella dactilar de alguien en un sueño. El mensaje de los curadores que decidieron incluir una obra de arte en una exposición que informa sobre la problemática y las tecnologías que nos podrían salvar es inequívoco. Por un breve instante me pongo en la piel de mi conserje en Berlín y estoy de acuerdo con él: en cierto modo, los buenos tiempos se han acabado; a partir de ahora cada lágrima cuenta.

Agua

La relación con el agua de los pueblos ancestrales está teñida de ensueño y reverencia. El agua es madre de todo lo que vive, testigo de la historia del tiempo, vehículo de sanación y pureza. GACETA presenta siete miradas al agua desde territorios ancestrales.

Kelly Quilcué

Pueblo Nasa - Tierradentro

Yu' quiere decir «agua» en el idioma nasa yuwe. El agua tiene un significado espiritual muy importante conectado a la Ley de Origen del Pueblo Nasa. Dicen los abuelos y las abuelas que las energías que decidieron ser animales y otros nasas, venimos de ahí. Y que, a grandes caciques, como Juan Tama, los trajo este gran espíritu. Yu' teje la vida, es fuente de sanación y de conexión, algo que podemos ver en sus remolinos, que simbolizan la espiral del espacio-tiempo, es decir, de la vida, y nuestra relación equilibrada con el universo y la transición de la vida en este espacio que llamamos madre tierra, con otros espacios espirituales.

Jóvenes del pueblo Kankuamo

Sierra Nevada de Gonawindúa

El agua es la fuente de vida.

Los jóvenes indígenas kankuamos tenemos claro que en nuestro origen provenimos de la madre tierra. Debemos cuidar nuestras propias fuentes hídricas, ya que sin ellas no podríamos contar con el privilegio de vivir, sentir y subsistir dentro de nuestro territorio. Se sabe que nosotros los humanos, desde nuestro ciclo o creación, provenimos del agua y logramos ser cuidados por ella durante nueve meses. Por lo tanto, todos los indígenas y no indígenas somos cuidadores y protectores del agua.

Valeria Valcárcel Ahuanari

Pueblo Tikuna - Amazonas

El agua es la fuente de vida que nos permite sobresaltar sus riquezas y beneficios, la cual podemos disfrutar a través de los peces sanos, cero de contaminación. Para mantener ese tipo de beneficios, el agua dice: «Mantenme limpia y protegida que yo te lo agradeceré a través de las delicias de los peces».

Gunnara Jamioy

Pueblo Ikú (Arhuaco) – Sierra Nevada de Gonawindúa

Zaku Je, madre agua del origen de los ciclos que gestan la vitalidad de los seres, hoy como mujer ikú comprende que la ley natural ordena un ciclo de cuidado, protección y relacionamiento desde los espacios en los que estás porque entre cada montaña encontramos una hondonada que se convierte en una laguna o un río, un sitio de pagamento que orienta desde lo femenino la manera como debemos relacionarnos para vivir en armonía con cada uno de los seres.

Zaku Je, madre agua, aprender a vivir en armonía y respeto con todos los seres, como lo has enseñado, es respetar la memoria y los saberes que intergeneracionalmente nos han transmitido las abuelas y los abuelos. Ya que respetar la memoria es ser como el río, así intenten cambiar su rumbo, siempre regresa, ya que sabe dónde nació y adónde debe llegar a nutrir otro río o el mar. Tiene una misión que cumplir y un espacio en el que se desarrolla esta misión.

Jhon Moreno

Pueblo Kotiria – Vaupés

Origen de los kótiría máshá.

La gente de agua.

Es un pueblo que tiene su territorio en el medio río-aguas abajo del río Vaupés, hasta más allá de los límites con Brasil. Gran parte del territorio de los kótiría está en el departamento del Vaupés.

La narración inicia de la siguiente manera:

«Koamáskú (el creador), habitaba las riberas de las bocas del gran río Amazonas, lugar en el que se halla pétchótaró (laguna de leche o aguas del origen).

Eran los tiempos en que él comenzó a poblar el mundo que conocemos. Envió poblaciones enteras en dirección a donde sale el sol. Serían los que hoy se conocen como los hermanos menores o blancos. Una

de las hermanas, al ver que no dejaba de enviar un sinnúmero de grupos en esa dirección, le pidió que le asignara dos grupos para que se les enviara en dirección a donde se pone el sol.

Koamáskú, en los momentos de la creación, dormía plácidamente en una cama que llevaba como soporte el cuero de la danta. Sus alimentos eran a base de tabaco, kápý (yagé) y una tinaja de barro que contenía una bebida que nunca acababa. Cuando roncaba, este mismo sonido se convertía en el descomunal sonido de rayos y truenos. Todo cuanto se conoce en el mundo de hoy se estaba diseñando, creando y acomodando en ese momento (ríos, montañas, seres, etc.). En eso se le acercó su hijo, Vanarý Kóámaskú (Cubay), y le habló a Koamáskú, quien dormía despreocupado. Lo llamó tres veces para despertarlo y contar con su atención, pero no obtuvo respuesta. En cambio, desde su lecho de sueño, Koamáskú rodó y cayó a un pozo de aguas cristalinas y frescas. Al salir, se secó el cabello con un movimiento, pero seguía en un estado de sueño y de embriaguez por los elementos que usaba y le servían como inspiración para crear todo cuanto existe en el mundo. El padre batió en tres ocasiones el líquido que había en la tinaja para brindarle a su hijo. En tres ocasiones bebió hasta caer en estado de trance y en un sueño de enseñanza el padre le indicó que fuese a un lugar en el que encontraría las matas de ají y de tabaco. Al despertar, Vanarý Kóámaskú (Cubay) le pidió a su esposa que fuese al lugar indicado por su padre en el momento del encuentro ritual. Al llegar al lugar, observó que estaban la mata de ají y de tabaco, pero también pueblos enteros, con quienes iban a poblar todos los territorios bañados por el río Amazonas y sus afluentes.

Narciso Beleño Belaides

Líder social de la serranía de San Lucas, campesino, minero, y director de la Federación Agrominera del Sur de Bolívar para la protección del medioambiente en la región.

Eloísa Berman Arévalo

Magíster y doctora en Geografía Humana de la Universidad de Ámsterdam y la Universidad de Carolina del Norte, respectivamente. Es docente en la Universidad del Norte en Barranquilla. Sus temas de investigación incluyen las intersecciones entre raza, género y despojos cotidianos de tierra y agua, redes agroalimentarias y prácticas de cuidado en la ruralidad.

Alejandro Camargo Alvarado

Geógrafo y profesor universitario. Está interesado en la relación entre naturaleza y sociedad en ambientes fluviales.

Carolina Cerón

Escribe cosas por ahí. Leyó hace poco una definición de curadora que siente como una habitación de la casa donde le gusta estar: «alguien que tiene espacio para las historias de los demás». Es profesora. En este momento es la directora del Departamento de Arte de la Universidad de los Andes.

David Consuegra

Diseñador gráfico, editor e ilustrador con maestría en Artes de la universidad de Yale, EE. UU. Reconocido por crear marcas como Inravisión, Artesanías de Colombia y el Museo de Arte Moderno de Bogotá. Fue profesor emérito de la Universidad Nacional de Colombia y profesor invitado en la Virginia Commonwealth University, (VCU), EE. UU. y la Universidad de Barcelona.

Andrea Cote

Poeta, traductora y doctora en Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Pensilvania. Actualmente es profesora de poesía de la Maestría Bilingüe en Escritura Creativa de la Universidad de Texas en El Paso. Sus poemarios han merecido premios internacionales como el Premio Internacional de Poesía Puente de Struga (2005) y el Premio Città de Castrovillari (2010), entre otros. Su obra ha sido traducida a varios idiomas.

Wade Davis

Profesor de Antropología. Estudió en la Universidad de Harvard Antropología y Biología y se doctoró en Etnobotánica. Autor de *El río* (1996), *La serpiente y el arcoíris* (1997), *Sombras en el sol* (1998), *La selva húmeda* (1998), *El leopardo ensombrecido* (1998) y *Los guardianes de la sabiduría ancestral* (2009). En 2012 obtuvo el Premio Samuel Johnson por su libro *Into the Silence*.

Ignacio Manuel Epinayu Pushaina

Wayuu del E'iruku Pushaina, profesional en Ciencias de la Información, Documentación, Bibliotecología y Archivística; especialista en Archivística. Cuenta con una amplia experiencia en gestión de bibliotecas, archivo, memoria y patrimonio en diferentes organizaciones y entidades. Actualmente es subdirector de Inspección, Vigilancia y Control del Archivo General de la Nación.

Jairo Escobar

Fotógrafo y realizador de documentales históricos, experto en investigación de archivos filmicos y fotográficos. Iniciador del rescate del archivo de Inravisión, lo que dio nacimiento a los programas y videoclips llamados Teleayer, que impulsaron la importancia de este archivo. Produjo la serie *Remedio para la memoria* con RTVC.

Rose-Lynn Fisher

Una de sus principales áreas de interés es la microfotografía. En 2008 comenzó a fotografiar las lágrimas para su libro *The Topography of Tears* (2017), donde se encuentran más de cien diversidades de lágrimas, desde las «lágrimas de cebolla» hasta una amplia variedad de emociones.

Francisco Javier Flórez Bolívar

Historiador de la Universidad de Cartagena con doctorado en Historia de la Universidad de Pittsburgh, EE. UU. Realiza investigaciones centradas en la historia afrolatinoamericana desde los campos de la historia intelectual y las migraciones. Publicó el libro *La vanguardia intelectual y política de la nación* (2023). Actualmente es director del Archivo General de la Nación.

Víctor Galeano

Artista documental, cofundador y director de Baudó Agencia Pública, un medio de cobertura e innovación periodística que trata temas de derechos humanos. Trabaja la imagen como herramienta de comunicación personal y colectiva.

Carlos Hernández

Periodista. Participa en este número tras haber publicado en *Vorágine* el reportaje «La Calera: agua para Coca-Cola y Bogotá, pero no para su gente». Ha ganado en equipo los premios Gabo y Simón Bolívar por investigaciones sobre violencia en contextos de protesta social.

Alfonso Hamburger

Cronista y comunicador social de la Universidad Autónoma del Caribe, con maestría en Multimedia del Intech de Barcelona. Ganó el Premio Nacional de Literatura

Manuel Zapata Olivella en novela (2012) y dos premios a la mejor crónica del carnaval de Barranquilla, además de nueve premios Mariscal Sucre.

Paulo Ilich Bacca

Subdirector de Dejusticia. Estudia las cosmologías indígenas de los Andes y la Amazonía para promover la justicia ambiental. Ha escrito libros académicos, textos escolares, guías interculturales y crónicas periodísticas utilizando diarios de campo. Actualmente, finaliza *Indigenizando el Derecho Internacional*, una etnografía sobre la crisis climática y la justicia más allá de lo humano.

Rosario López

Artista Plástica e investigadora en asuntos relacionados con el paisaje y los territorios; utiliza la fotografía, el dibujo y las materialidades textiles para registrar las fuerzas entrópicas que modifican la naturaleza, desde donde reflexiona a partir de la construcción de objetos escultóricos e instalativos que ubica en el espacio museal. Su trabajo es una poderosa afirmación de los oficios como una fuente de conocimiento.

César David Martínez

Fotógrafo de Naturaleza y Patrimonios con veintisiete años de experiencia. Ha publicado en cuarenta y ocho libros de fotografía y ha recibido cuarenta y cuatro premios nacionales e internacionales. Primer lugar en el Salón Colombiano de Fotografía 2022, seis primeros lugares en los Latino Book Awards de Nueva York y exposición en el Museo de Historia Natural en Alemania.

Óscar Muñoz

En su obra incluye elementos vitales como el agua, la luz y el vaho como metáfora o soporte de la imagen. Utiliza técnicas no tradicionales a través de las cuales cuestiona la noción de realidad y tiempo. Pasa de la precisión en el trazo del dibujo y formatos bidimensionales a una experimentación dinámica con recursos alternativos.

Camilo Mutis Canal

Artista interesado en la experimentación conceptual, la performatividad del lenguaje, la escritura y la instalación. Trabaja entre Colombia y España en proyectos de arte-educación, urbanismo comunitario y participación ciudadana, así como en la creación de proyectos editoriales, multimediales y de intervención de archivos. Actualmente es profesor de la Escuela Sur del Centro de Bellas Artes de Madrid (CBA) y residente en Los Tientos, Granada.

Víctor Negrete – José Galeano Sánchez

Docentes e investigadores sociales de la Fundación del Sinú en Córdoba. Han trabajado temas sociales, culturales, ambientales y relatos de gente y territorio. Junto con otros colaboradores crearon el Foro Córdoba que analiza y publica investigaciones sobre el departamento de Córdoba.

Natalia Ortiz Mantilla

Fotógrafa y gestora cultural. Suele sumergirse en los territorios que afloran en sus recuerdos, entre el cañón del Chicamocha y el Magdalena medio santandereano.

Mateo Pérez Correa

Filósofo de la Universidad de los Andes con una especialización en el International Center of Photography de Nueva York (ICP). Actualmente trabaja como profesor en la Universidad de los Andes y en la Universidad del Rosario en Bogotá. Colabora como editor en Colombia para la revista de fotografía suramericana *Sueño de la Razón* y como colaborador permanente del proyecto multidisciplinar *Sinfonía Trópico*.

César Pagano

Musicólogo, conferencista, periodista cultural. Autor de varios libros sobre música del Caribe, entre los que se cuentan *El imperio de la salsa* (2018) y *¡Aquí el que baila: gana!* (2018). En la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá pueden consultarse las dos mil doscientas entrevistas que ha hecho con músicos de Iberoamérica. Actualmente tiene dos programas en la emisora Javeriana Estéreo: *Conversación en tiempo de bolero* y *Sóngoro Cosongo*.

María Andrea Parra

Artista Visual de la Pontificia Universidad Javeriana y Máster en Fotografía Documental y Artística de la Escuela TAI de Madrid, actualmente se desempeña como fotógrafa documental y realizadora audiovisual. Su trabajo sobre comunidades rurales ha sido exhibido en Colombia y España.

Andreiev Pinzón

Sociólogo. Integrante de la Red Territorial de Acueductos Comunitarios de Bogotá y Cundinamarca. Coordinador de proyectos para Colombia de la Asociación Equidad, Sostenibilidad y Derechos Ambientales (ENDA).

María Cecilia Roa García

Profesora de la Universidad de Los Andes, doctora en Recursos Naturales, Ambiente y Sostenibilidad. Actualmente, participa en investigaciones sobre transición energética en América Latina, medios de vida anfibios en contextos de desarrollo urbano, cambio climático y las relaciones del Estado con el agua en territorios energéticos de Colombia.

María Isabel Rueda

Nació en Cartagena y vive en Puerto Colombia. Integró el hoy desaparecido espacio artístico El Bodegón, Bogotá. En los últimos años codirigió el proyecto autogestionado La Usurpadora, en Puerto Colombia. Actualmente participa en el espacio de experimentación La Casa de Meira, antiguo hogar de la poeta Meira Delmar en Barranquilla.

Elizabeth Rush

Finalista del premio Pulitzer en la categoría de no ficción por *Ehvándose* (2021). También es la autora de *Still Lifes from a Vanishing City: Essays and Photographs from Yangon, Myanmar* y *The Quickening*, traducido por primera vez en GACETA. Rush ha recibido becas de la National Science Foundation (NSF), la Fundación Alfred P. Sloan, National Geographic, la Fundación Andrew Mellon y la Fundación Howard entre otras. Es profesora en Brown University.

Marina Sardiña

Periodista, fotógrafa documental, migrante. Se especializó en periodismo político internacional. En la actualidad, trabaja como fotoperiodista, productora y realizadora audiovisual independiente. Desde Colombia cubre diversos temas para la prensa extranjera con un fuerte enfoque en los derechos humanos, género, comunidades y medioambiente; todo bajo una mirada feminista.

Diego Suescún Carvajal

Ingeniero Forestal formado académicamente para promover, desarrollar e implementar estrategias que propendan por el bienestar social y la conservación de ecosistemas desde un enfoque ambiental. Su campo de investigación es la ecología de bosques naturales tropicales, tanto de tierras bajas como altoandinos. Combina la diversidad y estructura de las comunidades vegetales con el suelo, la hidrología, el ciclaje de nutrientes y las interacciones entre especies.

Julián Trujillo Guerrero

Director de la Clínica Jurídica sobre Derecho y Territorio de la Pontificia Universidad Javeriana, donde se graduó como abogado y magíster en Filosofía. Es estudiante de doctorado en la Universidad de los Andes e investigador para la incidencia de la Fundación Gaia Amazonas. Desde el 2019 es abogado del Consejo Comunitario de Mindalá, en el norte del Cauca, en la defensa de los derechos territoriales por la construcción de la represa Salvajina.

Patricia Vargas Sarmiento

Antropóloga, magíster en Historia Andina con posgrado en Geografía Cultural y candidata a doctorado en Estudios Cultu-

rales Latinoamericanos. Se destacan sus publicaciones: *Construcción territorial en el Chocó* (1999) e *Historias de territorialidades en Colombia: biocentrismo y antropocentrismo* (2016). Cuidadora de la Reserva Natural de la Sociedad Civil El Zorro y las Luciérnagas, vereda Santa Bárbara, municipio de Tinjacá-Boyacá.

Leonel Vásquez

Artista sonoro. Desarrolla su trabajo a partir del sonido como material plástico y como centro de sus prácticas investigativas y de interacción en contextos culturales, políticos y ambientales. En sus proyectos se interesa por los límites de la escucha humana, la potencia de entornos sonoros, las formas de fijación y memoria sonora, la sustancia electromagnética, la vibración mecánica del sonido, las escuchas en medios líquidos, entre otros. Es profesor de la Universidad del Tolima, la Universidad Nacional de Colombia y la Universidad de los Andes.

Aura Elena Velásquez Sevillano

Gestora cultural y social de Guapi, Cauca. Especialista en planificación participativa para la autoayuda y la gestión local. Apoya la integración y transmisión de las tradiciones culturales a nuevas generaciones desde la escuela Tejiendo Saberes. Promueve y reivindica la presencia y participación de las mujeres negras como sujetas colectivas de derechos.

Gustavo Vejarano

Realizó estudios de pintura y dibujo en el taller de David Manzur. Sus obras hacen parte de colecciones privadas y públicas. Su exposición más reciente es «Apariciones Autónomas» (2024) en la Galería Sextante en Bogotá. Vive y trabaja entre Paris, Bogotá y Taganga.

Isabella von Bülow

Licenciada en politología, historia e historia de la economía de la Universidad de Múnich. Después de dejar el periodismo trabajó muchos años en comunicación de empresas. Hoy vive entre Alemania y Colombia y se dedica a escribir. Su primer libro, *La niña alemana de El Palmar* (2023), cuenta la vida de sus ancestros prusianos, de sus padres después de la Segunda Guerra Mundial y su propia infancia en el Magdalena Medio.

Miguel Winograd

Historiador y fotógrafo. Le interesan las complejas interconexiones entre los paisajes de los Andes tropicales, las historias de resistencia y regeneración ambiental, y las narrativas del conflicto social. Trabaja con procesos fotográficos análogos en gelatina de plata. Sus fotos han sido expuestas internacionalmente y publicadas en distintos medios.



COP16
COLOMBIA
Paz con la Naturaleza

LA BELLEZA ES **BIOCULTURAL**

**LAS CULTURAS, LAS ARTES
Y LOS SABERES SON PROTAGONISTAS
EN LA CONFERENCIA MUNDIAL
SOBRE BIODIVERSIDAD.**

AGÉNDATE CON LA
PROGRAMACIÓN
CULTURAL
EN LA COP16

DEL **21** OCTUBRE AL **01** NOVIEMBRE



**SON 280
EVENTOS**

artísticos, culturales
y académicos
que se realizarán
**EN 25 ESCENARIOS
DE CALI, COLOMBIA.**



WWW.MINCULTURA.GOV.CO



Comisión de Regulación de Agua Potable y Saneamiento Básico.

CUIDEMOS EL AGUA, CUIDEMOS LA VIDA.

El agua es un susurro de vida que corre por nuestras manos.
Cada gota que salvamos es una promesa de futuro.
No dejemos que ese susurro se apague.

#AguaComoBienComún

@cracolombia

WWW.CRA.GOV.CO





Culturas



¿SABÍAS QUE...?

Más de 2.200 líderes sociales, maestros, amas de casa, gestores culturales, entre otros pobladores de comunidades campesinas, indígenas y afro, dedican su tiempo —de manera voluntaria— a movilizar a sus comunidades alrededor de proyectos bibliotecarios rurales en 629 veredas y corregimientos del país.

Esta es la apuesta del Programa Nacional de Bibliotecas Itinerantes - PNBI, que incentiva la creación de Bibliotecas Rurales Itinerantes - BRI, como procesos comunitarios para la circulación y revitalización de la palabra, los saberes y las memorias, en las ruralidades colombianas.

Conoce más sobre las BRI en:

 [rnbpcolombia](#)

 [rnbpcolombia](#)



Archivo General de la Nación

Resguardamos las diversas memorias del país

EL VOTO Y YO

S
E
R
I
E

C
I
V
I
S
M
O

No. 2



UNION DE CIUDADANAS DE COLOMBIA
APARTADO AEREO 21249 - BOGOTA 1974



Archivo General
de la Nación



Documentación lingüística

Jesús Rodolfo Giagrekuado, indígena uitoto. - Foto ICC

La documentación audiovisual de lenguas nativas es fundamental para la preservación cultural, la revitalización lingüística, la investigación, la memoria histórica y el intercambio cultural. El Instituto Caro y Cuervo promueve estos procesos de formación desde 2023 en Amazonas y este año además en Cauca, Nariño y Bogotá. A través de estos procesos, se crean espacios para el aprendizaje intergeneracional, la discusión, la remembranza y la valoración de la herencia cultural.



Culturas



f i d y x
caroycuervo.gov.co

Exposición temporal

Oh Naturaleza



¿Inmarcesible?

7 de agosto - 15 noviembre 2024
Calle 21 #4A-30 Este Bogotá, D.C.

Formato itinerante
15 de octubre - 15 noviembre 2024
Av. 2E # 23-N 59, Cali

¡LA MÚSICA SINFÓNICA NACIONAL ESTÁ EN SU MEJOR MOMENTO!

Descubre lo más destacado de la programación

Orquesta Sinfónica Nacional de Colombia

30 • OCT

Harry Potter y el Cáliz de Fuego
Movistar Arena, Bogotá

Entradas en tuboleta.com

Coro Nacional de Colombia
7 y 8 • NOV

REQUIEM de Giuseppe Verdi
Orquesta Sinfónica Nacional junto al Coro Nacional de Colombia
Teatro Mayor Julio Mario Santo Domingo

Entradas en tuboleta.com

9 • NOV

Niche Sinfónico
Arena Cañaveralejo, Cali

Entradas en biotickets.com

21 • NOV

"Colombia Tierra Querida"
Auditorio León de Greiff
Un homenaje a compositoras y compositores colombianos

[Entrada libre](#)

Banda Sinfónica Nacional de Colombia

3 • DIC

Participación en el Certamen Internacional de Bandas de Música Vila D' Altea - España

@amnsinfonica    

Consulta toda la programación:
www.anms.com.co

En el agua, como líquido vital

que ha ensamblado los sistemas ecológicos del planeta a lo largo de la historia, el ser humano ha encontrado tanto percepción como ideal: el palpitar de la vida. La diversidad biocultural es un entramado espiritual y de sistemas de saberes que abarcan y entretajan el mundo, constituyendo una red fundamental para su bienestar.

El palpitar de ese entramado late

en el Centro Nacional de las Artes, la casa grande de las culturas en Colombia. Explorar los puntos de conexión entre la ecología, las ciencias y las artes. Trabajar con propuestas artísticas que reflejan esas relaciones que a menudo pueden resultar imperceptibles. Abrir un diálogo para profundizar en la interacción entre el ser humano y su entorno. **Ese es el ideal que da vida al Centro Nacional de las Artes Delia Zapata Olivella.**



Más información
eneldelia.gov.co

Delia
Centro Nacional de las Artes
Delia Zapata Olivella



Un país de espaldas al agua	Francisco Javier Flórez Bolívar	10
Moldear la tierra, dominar el agua	Eloísa Berman Arévalo - Alejandro Camargo Alvarado	14
Agua llorada, agua soñada	Alfonso Hamburger	20
Origen sagrado	Wade Davis	27
El porvenir del agua	Carlos Hernández - Andreiev Pinzón - María Cecilia Roa García	33
Los alfabetos del agua	Paulo Ilich Bacca	40
El agua potable	Narciso Beleño Belaides	45
La trama de la vida	Entrevista a Yayo Herrero	50
Entre nubes y silencio	Diego Suescún Carvajal	57
Tunjos que cobran vida	Patricia Vargas Sarmiento	61
Bajo el agua de la Salvajina	Julián Trujillo Guerrero	65
Hacia la Antártida	Elizabeth Rush	69
Hidrorresonar	Carolina Cerón	74
Invasión inesperada	César Pagano	81
Los caminos del agua	Aura Elena González Sevillano	85
Los wayuu y la interminable sed de vida	Ignacio Manuel Epinayu Pushaina	91
Puerto quebrado	Andrea Cote	95
Estrés hídrico	Isabella von Bülow	97

AGUA explora los límites de la vida en las prácticas culturales contemporáneas. Las diferentes dinámicas de consumo en los territorios han forzado las fuentes hídricas hasta hacerlas desaparecer. **GACETA** ofrece una mirada a la situación actual y se acerca a los mitos fundacionales para buscar alternativas a la crisis.

Editorial	7
Agua	100
Colaboradores	102